

EL COJO ILUSTRADO

Año VI

15 DE MARZO DE 1897

Nº 126

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



LA CARIDAD. — Cuadro del Caracci — Roma

SEÑOR JOSE ANDRADE

MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE VENEZUELA
EN WASHINGTON

En los momentos de constituir la República á raíz de nuestra independencia, ni durante su desarrollo y crecimiento hasta hoy, habíase presentado en la Cancillería venezolana un asunto de tanta trascendencia como el ruidoso litigio con la Gran Bretaña, propio por sí solo para poner en

evidencia la virilidad de una raza, la capacidad intelectual y moral de un pueblo, su grado de cultura política y el derecho y justo título con que ha tomado asiento en los estrados de la civilización contemporánea. Sucesivas complicaciones, inesperados incidentes y una obstinada resistencia por parte del más fuerte, le hacían cada día más grave y alejaban gradualmente la esperanza en una solución aceptable para nosotros.

Por eso creemos que los servicios prestados á la Patria para ayudarla á salir airoso de tan intrincada y grave cuestión, son los más meritorios, los más plausibles; y que los honorables ciudadanos que han tenido la envidiable suerte de prestarlos, se han hecho acreedores á la gratitud y al respeto de todo buen patriota.

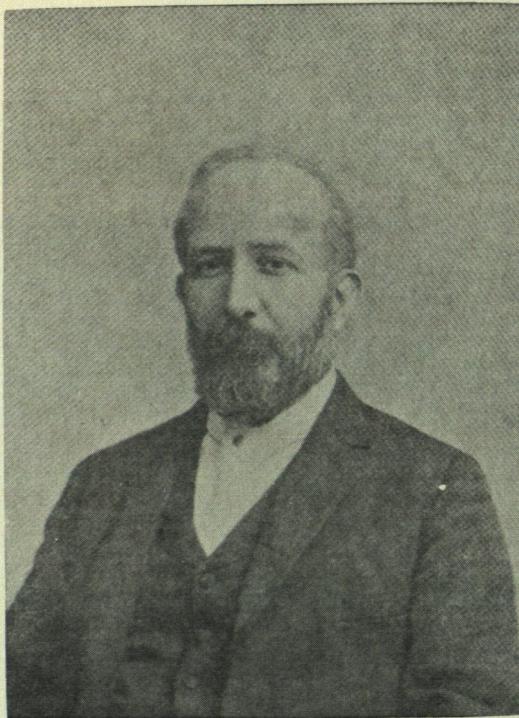
El señor JOSÉ ANDRADE, cuyo retrato estampamos al comienzo de estas líneas, ocupa un puesto prominente entre aquellos servidores: sus talentos, sus estudios, su carácter público le conquistaron la fe del Gobierno Nacional y la confianza de nuestra Cancillería, y hoy los brillantes resultados en el encargo con que le honrara la República, preconizan su indiscutible idoneidad en el delicado ejercicio de la Diplomacia y ratifican sus títulos de patricio benemérito.

Véase lo que de él dice el *Trafic*, de Filadelfia, uno de los varios órganos de la prensa norteamericana que han publicado el retrato de nuestro distinguido compatriota y hecho mención de sus méritos públicos y privados:

“En 1888 el señor Andrade condujo las negociaciones con el Comisionado francés, como miembro de la Comisión mixta reunida en Caracas, que terminó por un satisfactorio arreglo de las reclamaciones de Francia contra Venezuela, que previamente habían causado alguna irritación. En 1889 y 1890, actuó como Delegado de Venezuela en el Congreso Pan-Americano reunido en Washington. Reclamaciones Americanas contra Venezuela habían sido decididas en Caracas por una Comisión mixta. La resolución no fue satisfactoria para el país de Sur América, y fue nombrada una nueva comisión que debía reunirse en Washington, con instrucción de revisarse de nuevo todas las reclamaciones. Esto fue puesto por obra á esfuerzos del señor Andrade que servía la nueva Comisión y llegó rápidamente á un nuevo arreglo, aceptable por los dos países. Otra reclamación fue presentada contra Venezuela después de haberse disuelto la comisión, que el señor Andrade consideró y terminó en marzo último, sin desacuerdo ni disgusto. El pago ordenado por la sentencia fue efectuado prontamente por Venezuela, y desde entonces no ha habido más cuestión ni disputa por reclamos pendientes entre las dos repúblicas.

“Antes de este nombramiento de Ministro, el señor Andrade no había tenido experiencia diplomática en los países extranjeros. Sin embargo, ha competido como de

igual á igual en la cuestión de límites con el astuto diplomático de larga preparación y de vasta experiencia, sir Julián Pauncefote, quien fue enviado á este país como Embajador por Inglaterra, teniendo particularmente en mira la cuestión venezolana por ser un consumado conocedor en el asunto. No obstante la gran influencia y prestigio adquiridos por el Embajador británico con la Administración, el señor Andrade por su



SEÑOR JOSÉ ANDRADE

talento y habilidad ha ejecutado una gran suma de valiosa labor para su país. Cada diestro movimiento de la diplomacia inglesa, ha sido eficazmente combatido. Por la manera equitativa con que el señor Andrade condujo el arreglo de las reclamaciones americanas contra Venezuela, puso los fundamentos de una favorable influencia con el Gobierno Nacional, que le ha colocado en situación de lograr que se incline de su lado en la presente controversia. Sin aparecer importuno ni agresivo, insta con firmeza y con persistencia sobre la materia, llamando la atención del Departamento de Estado y en todos los puntos da jaquemate á cada ventaja que es procurada para ser aprovechada por sir Julián Pauncefote.

“La República Sur Americana es afortunada en tener en esta ocasión, una discreta, seria y hábil representación diplomática.”

Hemos traducido gustosos los párrafos que preceden, no sólo por lo que tienen de honroso para nuestro actual Ministro en los Estados Unidos, sino porque ellos revelan el buen concepto que la diplomacia venezolana va alcanzando en el extranjero y que estimula las consideraciones de respeto que todos ambicionamos para la amada Patria.

El señor JOSÉ ANDRADE ha desempeñado varios cargos de significación en la política interior; ha sido Gobernador del Zulia, Presidente de la Cámara de Diputados, Senador, etc., etc. Estudió todo el curso de Ciencias Políticas y no ha recibido el grado de Doctor acaso porque su carácter, que se distingue por una rara modestia y una moderación nada común, no le ha dado vagar para procurarse el merecido lauro.

DOCTOR MANUEL M. PONTE, HIJO

La inteligente juventud á la cual ha venido ofreciendo generosos estímulos EL COJO ILUSTRADO y en cuyo honor edita esta importante Revista no pocas de sus páginas, tiene, en todos los ramos del saber, gallardas representaciones que la hacen apta para trazar desde luego los futuros rumbos de la patria en su progresivo desenvolvimiento, y vigoriza cada día con mayores testimonios de indiscutibles aptitudes, las esperanzas que en ella hemos fundado.

A las especulaciones científicas como á las concepciones artísticas; á las luchas políticas como á las labores sociales; á las academias, á los centros industriales, á la tribuna popular, al foro, á la prensa, al taller, á todas partes han llegado como corrientes galvánicas las múltiples energías de esa juventud que, con la pluma, con el pincel, con la palabra, con el martillo, comunica su aliento, su espíritu, la fecunda savia de sus nobles entusiasmos, á cuanto constituye la vida nacional de la Venezuela moderna. Siente en sus venas el calor del siglo y se considera capaz del triunfo; conoce su ilustre procedencia, sabe que su génesis es timbre de la Historia, y, depositaria de sagrada herencia, aspira á rendir honrosa cuenta á su posteridad.

En la Diplomacia tiene esa rigurosa generación no pocos representantes distinguidos, y entre ellos puede exhibir muy honrosas credenciales que le recomiendan á la consideración y al aprecio de sus conciudadanos, el joven Doctor Manuel M. Ponte con cuyo retrato obsequia hoy EL COJO ILUSTRADO á sus numerosos lectores.

Hijo del eminente ginecólogo cuyo nombre hace ya tiempo traspasó las fronteras de la patria, y fue á brillar entre las sumidades más notables del Viejo Mundo como prez de la ciencia médica en la América hispana, recibió esa educación severa y exquisita que es tradicional en su honorable familia, y cursó en las aulas de nuestra Universidad Central, la misma ciencia en que descuella hoy su ilustre padre. Pero ni su juventud, ni su inquieto nervosismo, ni sus impacientes aspiraciones le permitían sujetarse á las austeras imposiciones de tan grave ministerio, y, luego que cidió á sus sienes el ansiado lauro, y perfeccionó sus conocimientos al lado de su padre, acompañándole en sus viajes á Francia, Austria, Suiza, Alemania, España y Estados Unidos de América, se consagró al estudio de la Diplomacia.

Ocupó entonces el Consulado General de la República en Filadelfia, y á poco andar, conocidas sus dotes y apreciados sus servicios en el Ministerio de Relaciones Exteriores, fue nombrado Canciller de nuestra Legación en España. En Madrid asumió, en los casos previstos por la ley, la responsabilidad de la Plenipotencia como Encargado de Negocios, y en el manejo de los delicados asuntos que á su cargo estaban, como en el cultivo de relaciones amistosas con el Cuerpo Diplomático, comprobó su prudencia, su discreción, la ilustración de su criterio y esa esmerada cultura y fina cortesía con que sabe granjearse las simpatías de cuantos le tratan.

Durante los últimos tres años, período de prueba para nuestra Cancillería, por las complicaciones en que llegó á verse el peligroso litigio anglo-venezolano, y en el cual á tanta altura han brillado el sentimiento público y la pericia del Gobierno en sus operaciones diplomáticas, alcanzando al fin los medios de satisfactorias soluciones, la Plenipotencia de Venezuela en Washington ha desempeñado papel importantísimo en el alegato de nuestro derecho; y al cabo de im-

De Ginebra á Turín

(FRAGMENTO DE MI CARTERA DE VIAJES)



DOCTOR MANUEL M. PONTE, HIJO

probas tareas, tan sabias como patrióticas, encaminadas á secundar la activa acción del Ministerio de Relaciones Exteriores y á satisfacer las legítimas aspiraciones de la República, aquella Legación ha hecho célebre en el mundo diplomático la inteligente actividad y acabada corrección con que nuestra patria sabe conducirse en sus relaciones políticas con los países más adelantados. Tocóle ese alto honor al señor Doctor José Andrade, experto veterano en las justas del Derecho, como Jefe de aquella Plenipotencia, y lo comparte con fundamentos irrecuables el joven Doctor Manuel M. Ponte, que, en su calidad de Secretario, ha colaborado eficazmente en tan áduos y delicados trabajos.

En su corta pero fecunda vida diplomática, ha cosechado honrosos títulos; y las diversas condecoraciones con que adorna su pecho, dan fe del merecido aprecio con que le han acogido los gobiernos extranjeros.

Quiera el cielo que los mortales desengaños y crueles amarguras con que tan frecuentemente se hiere el corazón de los que sirven á su patria con fe y entusiasmo, no vayan jamás á enervar los impulsos generosos que en el joven diplomático Manuel M. Ponte, son gaje de honra nacional para mañana y de futuros triunfos para la juventud á que pertenece.

P. FORTOULT HURTADO.

Versos sueltos

Responde al aura el ave;
la flor responde al céfiro
el iris á las nubes;
á la luz el reflejo;
responde el río al soto;
responde al grito el eco,
y al vendaval las olas,
y la montaña al trueno;
responde al león la selva,
y al simoun el desierto,
y la muerte á la vida,
y lo infinito al tiempo.....,
mas, al clamor del alma,
¿quién responde?... ¡El silencio!

JOSÉ SALVADOR.

Nos despedimos con dolor de Ginebra, patria de J. J. Rousseau y de Mme. Staël.

Me hubiera quedado más tiempo respirando aire de libertad en aquel pueblo generoso que brinda hospitalidad á todos los proscritos de la tierra, pero mis compañeros querían seguir á Turín.

El camino que conduce á Turín corre una larga distancia á la orilla del lago *Aix-les-bains*.

Este precioso lago está, como el Léman, rodeado de espléndidos castillos y de casitas rústicas, que ofrecen paisajes muy risueños y variados á la vista del viajero.

Algunas enseñadas se me parecían á mi querido lago de Valencia, que fue el primero que conocí.

Ay! cómo venían á mi memoria aquellas mañanitas frescas que pasé en el sitio de La Cabrera, llevado por mi padre, á cazar patos y garzas desde la ribera!

¡Con qué tristeza se mira desde la vejez la edad dichosa en que la vida corre deliciosamente entre ilusiones que no se desvanecen y esperanzas que se tocan con la mano!

Yo amo los lagos desde aquella época.

Si me fuera dado elegir un retiro, sería á orillas de aguas dormidas, y rodeado de bosques frondosos, donde me gustaría fabricar un nido humilde, sin más pompas que las de la naturaleza....

Cuando dejamos á *Aix-les-bains*, seguimos atravesando las serranías y recorriendo los valles de la Saboya, desnudos de vegetación natural, y donde sólo el esfuerzo constante del hombre, logra arrancar miserable sustento á aquellos despeñaderos y arenales bravíos.

En las estaciones intermedias venían grupos de muchachas, calzadas con sucios de madera, á vender á los viajeros cerezas rojas como sus mejillas, salchichón fresco y queso blanco.

El tono humilde y suplicante que empleaban para ofrecer sus golosinas despertaba más la caridad que el apetito.

El dinero no salía del portamonedas sino del corazón.

Recordé muchas veces el tipo del mendigo saboyardo que hemos visto representado en *La Gracia de Dios*.

Encontré un grupo de labriegos, á la hora del almuerzo, sentados á la orilla de un arroyo, cortando rebanadas de pan negro y duro, y mojándolas en el agua para poderlas comer.

¡Y no comían más que pan!

No comprendo cómo aquellas pobres gentes se resignan á habitar país tan estéril.

Los pueblitos, suspendidos sobre los cerros, parece que se derrumban. Las casas se ven, desde lejos, unas sobre otras, como formando escalones.

Ninguna verdura rodea aquel hacinamiento de muros pardos y techos rojos.

Si acaso alguna higuera con las hojas amarillentas ó una parra deshojada.

—¿Cómo vive la gente aquí?—me preguntaba algunas veces; y después me respondía:

—Ah! porque la dicha no está en el lugar donde se vive, sino en el corazón!

Dichosos los que se conforman con su suerte, porque esa es la única felicidad de la vida!

Estos hombres han nacido entre estas rocas; aman los sitios donde jugaron cuando niños; adoran la *Madona* que está dentro de aquella iglesia, donde su madre los enseñó á rogar á Dios, y veneran aquel cuadro de paredes blancas donde reposan los huesos de sus padres!

Dichosos ellos que pueden vivir junto á despojos tan queridos, y renovar todos los días

la esperanza de reunirse con ellos, al ofrendarles flores frescas, lágrimas tiernas y oraciones piadosas!

Por fin salimos de los lindes de Francia y entramos en los dominios de Italia.

Corrimos sobre verdes campiñas regadas por ríos caudalosos, y llegamos á la bella Turín.

FRANCISCO DE SALES PEREZ.

A un vencido



A no lo recuerdo, pero no olvidó yo que en esparcimientos íntimos te placía hablar de la muerte.

La amabas. Te atraía. Si no te lanzaste en sus brazos fue no más porque te angustiaba hacer llorar á la anciana; hacerla llorar tanto que el corazón se le rompiera sobre tu cuerpo rígido á la luz

de los cirios, te siguiera á la sombra á que habías huido y, derribada la diosa de lo alto del ara, llegase hasta los senos de la tumba, persiguiéndote como remordimiento acusador de culpas irremisibles el eco del dolor que sacudía tu hogar.

Te resignaste á la vida y asistías á ella por pura cortesía, espectador aburrido, ocultando el perenne bostezar de tu hastío.

Esquivabas la farsa de salones y de alcobas y te refugiabas en donde celebra sus ágapas la bohemia y surge de las copas uno como espíritu de fraternidad que junta las almas y las desnuda, y cruzan ráfagas de verdad disipadoras de tapadijos y aparecen los hombres tales cuales son, brutales por el instinto, generosos por la idea: fieras que quisieran ser ángeles.

Ese aspecto de la vida te interesaba. Asistías á esas misas negras como espectador curioso y tu cerebro lleno de luz encontraba fórmulas lapidarias, breves, de cortante relieve, para la verdad que salía de tu boca en desprecio ó castigo de poderosos engreídos y de hipócritas y de malvados.

Rencoroso jamás; justiciero siempre, tu incurable hastío se vengaba de la vida retratándola en frases que tenían el vigor, el arte y la intención de las aguas fuertes de Goya.

Eras temido, porque á nadie temías.

Se te creía hosco porque guardabas toda la suma de afecto que el corazón encerraba, para los pocos que te eran caros. Cuando, por azar, hablabas de tus sueños se revelaba la hidalga delicadeza de tu alma de artista, se ansiaba oírte más y se soñaba el ideal que hacían amable las transparencias de tu frase concisa y vibradora.

Pero ¿es que el desprecio á todo es fuerza suprema, y fue ella quien te sacó ileso é invicto de tanta y tan continuada prueba á que expusiste tu altivez?

Ahora que la muerte vino á libertarte quisiera yo saber para revelarlo; cómo despreciando las cosas y los hombres, pudiste en el fondo de cuanta real y aparente fragilidad formó el tegido de tus días, bajar á donde todos caen y mantenerte en pie, y conservar y ejercer el derecho de constituirte en juez de los que acusan y ser un carácter, y guardar bajo la máscara de bohemia la cabalidad de la virtud, la indómita fiereza de un orgullo sin alarde y las energías todas de un alma estoica é insurrecta! Quien lo supiera, haría: de tu vida, libro: de tu memoria, ejemplo.

CÉSAR ZUMETA.





FATALIDAD

(DE ADA NEGRI)

Anoche, de mi alcoba en el recinto
Vi aparecer fatídica figura;
Al acercarse á mí, puñal al cinto,
Centellante el mirar, absorta quedo.
Hízome horrible mueca, y sentí miedo
Y me dijo: "Yo soy la Desventura."

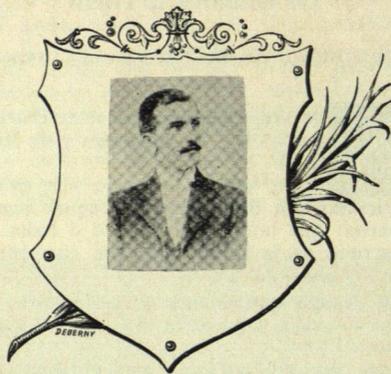
"Tu sombra voy á ser, tímida niña!
Ya no he de abandonarte, no lo esperes:
Tu inflexible destino así lo exige;
Zarzas huelles ó espléndida campiña,
A la muerte, á la nada, á donde fueres,
Te seguiré tenaz."—Véte! le dije.

Pero firme á mi lado permanece—
Y me dice después: "Eso está escrito:
Flor incolora que en las tumbas crece,
Flor donde insecto alguno esencias liba,
Flor de nieve, de muerte y de delicto,
Eso eres, niña: escrito está allá arriba."

—No, no!—grité—yo busco la esperanza
Que á el alma en sus abriles arrebola,
Quiero el amor, su dulce bienandanza,
Quiero el cielo alcanzar que él me promete,
Quiero el beso del genio y su auróla.....
De tí yo nada espero: aparta! véte!

"Tan sólo á aquél que entre dolores crea
(Dijo) y sabe sufrir, ríe la gloria;
La Desventura soy que al genio rige
Y da sublimes alas á la idea;
De quien pugna valiente es la victoria:
Sólo ése es grande."—Quédate! le dije.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.



SIN NOMBRE

(DE ADA NEGRI)

No tengo nombre. De la choza oscura
Soy la hija doliente;
De la plebe naef, pero fulgura
Clara, indómita luz sobre mi frente.

Siguen mis pasos un maligno enano
Y un ángel suplicante;
Mi pensamiento va por monte y llano
Como Mazzepa en su corcel errante.

Soy enigma de odio y de dulzura,
De fuerza y de cariño;
Me atrae del abismo la negrura,
Y me conmueve el ósculo de un niño.

Río cuando el Dolor á mi morada
Viene, grave y sombrío;
Y río cuando caigo anonadada,
Y aun sin consuelo ni esperanza río.

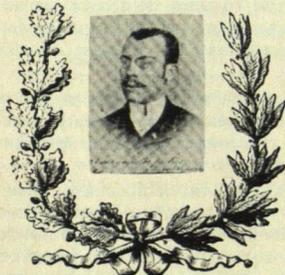
Mas para el infeliz, á los humanos
Piedad y pan imploro;
Y lloro por los niños, los ancianos,
Por todo ignoto sufrimiento lloro.

Y cuando la amargura me sofoca,
En el ardiente canto
Que me tiembla en el pecho y en la boca,
Lanzo mi alma y mi copioso llanto.

Que lo oigan no me importa. Y si la Envidia
Su saeta me lanza,
Altiva paso en mi terrena lidia,
Y el venenoso dardo no me alcanza.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

RECUERDOS DE MURCIA



Dijérase que
Murcia no es una
ciudad española.

Porque en España—ya se sabe—lo mismo en sus capitales más importantes que en sus pueblos más temerosos á las irrupciones de la civilización, la gente vive entregada en

cuerpo y alma á la política.

En Murcia, por el contrario, se desliza la existencia tranquila, simpática, serena..... Murcia parece que vive sola, en medio de una relampagueante y tumultuosa fiesta de sol y de colores; sumergida en un espléndido mar de verdura que le forman sus jardines, sus bosques, sus colinas, sus huertas siempre jóvenes, opulentas, hinchadas, por así decirlo, de una vegetación flamante que se confunde, se apiña, se entrelaza, se amontona, brota, crece, bulle y se levanta prodigiosa y feliz en donde quiera que hay un pedazo de tierra cultivada.

La encantadora paz de la huerta murciana, como dije más arriba, apenas si se turba de tarde en tarde por los escándalos que, envueltos en frases clamorosas, le llevan los periódicos de Madrid. Y es entonces que allá se preocupan momentáneamente del asunto y lo discuten y comentan en los cafés, en el Casino y, á veces, en el teatro los hombres graves; porque la juventud generalmente anda socorrida de cuestiones más trascendentales que estas del eterno politiquero de la coronada villa y corte.

*

Por eso y porque en Murcia el Casino es uno de los centros más cultos y liberales lo frecuentaba yo tanto: en el Casino hay magníficos salones de lectura, de baile, de billar, de descanso; un café regio; un comedor que ya lo quisieran muchos restaurantes de lujo para sus días de fiesta; un jardín bellísimo; un gran patio con marquesina de cristal; y sobre todo eso un confort admirable, exquisito: tapices, decorados, pinturas, espejos, portiers, divanes, alfombras, cortinajes: todo resplandeciente y bello; el parisién más exigente no echaría allí nada de menos.

De tal suerte que entrando al Casino ya hay enervamiento para rato; se le pasan á uno las horas insensiblemente hasta que tocan á paseo.

El paseo principal comienza flanqueando el río Segura, y se llama, ó lo llaman el Malecón: es una gran explanada, en forma de sartén gigantesca, construida á guisa de muro para defender la ciudad de las inundaciones. Aquello es una vía rara y hermosa, una verdadera originalidad artística.

A la caída de la tarde sobre todo, desde ese malecón, la vista de Murcia resulta adorable; diríase que es la hora del regocijo de la campiña y la ciudad. De esta parece que brotan ingenuas algazaras que alegran la vida mientras de la otra parece que se desprenden perfumes deliciosos que embriagan el espíritu. Y á medida que la tarde muere el espejismo crece: los últimos resplandores del ocaso bañan los cercanos montes y éstos semejan regios y fantásticos cortinajes que pretenden cubrir el horizonte; caen sobre el río y como el río va trazando curvas vertiginosas por la huerta, tiene, á ratos, el aspecto engañoso de una gran serpiente de fuego golpeada de oro. Y en medio de aquel hermoso desvanecimiento del día, de aquellos temblores de sol, de aquellas agonías de crepúsculo se alza con toda su excelsa magnitud, como desafiando las maravillas de la naturaleza, la torre de la Catedral de Murcia.

Es una torre que se ve de todas partes: á distancia se cree que está cerca y cerca de ella parece que se va á echar encima de uno, tal es lo imponente y colosal de aquella mole de piedra construida ha más de tres siglos por los árabes, ó por sus más inmediatos descendientes.

Confieso que me siento pobre de facultades intelectuales para la descripción cumplida de esta Catedral. Pero, á mi juicio, de las que he visitado en España, es la que mejor responde á la idea religiosa. El que no tiene fe se siente impulsado á ella al entrar en esa Catedral.

Lástima y grande que los aficionados á regeneraciones se hayan atrevido á poner mano irreverente en las obras antiguas que cuenta el interior del templo.

Por quererlas arreglar las han echado á perder de manera deplorable.

*

Resulta allí el mercado un tanto extraño y un poco pintoresco en los días de Navidad; porque á él concurren, generalmente, las señoras y señoritas con sus criadas y doncellas, y es de ver aquella graciosa mescolanza de damas bien puestas y de domésticas vestidas con la clásica saya de percal, el rameado pañuelo por los hombros, muy ceñidas las chaquetas y la airosa cabeza peinada, al descubierta.

Es fácil adivinar el aspecto de la plaza, que señorea desde el plano de San Francisco hasta los primeros peldaños que dan acceso al malecón. Hay allí un rumor tal de alegría sana y tan extraordinario tumulto de colores y de cosas, de patatas y naranjas, de dulces y juguetes, de aves que aletean y vendedores que gritan, de chicos traviosos y muchachas charlatanas, que os dan ganas de entrar en el "oleaje mercantil" á discutir el precio de los pasteles y á tomar el puñado de frutas que os ofrecen con melancólico dejo las hermosas huertunas.

Pero el placer de tal extravagancia dura sólo un instante, porque sale uno de aquel *maremagnum* aturrido y menos mal si sale con algún prosaico manchón de aceite en el traje, pues tocante la indumentaria—lo confieso formalmente—me declaro enemigo de las arbitrariedades que se permite la multitud.

*

De las calles, de las casas, del progreso material de la población hay poco que hablar: Murcia fue todo lo que tenía que ser en los buenos tiempos de su reinado y sólo.



FE — Cuadro de Paúl Chumann

en edificios modernos puede la crónica fijarse en su gran Plaza de toros que es magnífica y en su teatro principal, que figuraría con ventaja en cualquiera capital de primer orden.

Lo que más me seduce entre todo lo mucho bueno que tiene Murcia, es su gente, sus costumbres, su modo de ser sencillo y franco.

De sus mujeres, lo menos que me atrevo á decir con perdón de mi señora que pretende ser murciana es, que cada vez que me acuerdo de ellas hago votos al cielo por la conservación de su hermosura esplendorosa y á todo cristiano, soltero ó viudo que por allí pase le aconsejo, por otra parte, que se encomiende á Dios; porque el soltero cae allí, aunque no quiera, y el viudo reincede.

Tuve ocasión de tratar en Murcia familias distinguidísimas, de excelente, encantadora educación. Y á las que no tuve el honor de tratar las veía con bastante frecuencia, aunque de lejos, en el Casino.

Porque en el Casino se celebran en días señalados unas simpáticas fiestas que llaman *matinées*, á los cuales concurre lo más florido de la localidad. Allí, alrededor de las mesas que hasta última hora fueron ocupadas por socios, parroquianos impenitentes del café, se sientan formando núcleo respetable las señoras, mientras las solteras colocan las sillas en alas abiertas y en espera de los galanes que las inviten á bailar.

Desde los primeros acordes de la música (léase piano) se nota grande, extraordinaria animación en toda aquella juventud: ellas intranquilas, desazonadas, con la palidez del placer ansiado en el rostro y ellos á las puertas del salón estirándose los trajes, arreglándose á tientas las corbatas y sacándose los puños de la camisa, dispuestos á romper el fuego. Terminada esta trascendentalísima operación, atraviesan la sala los más osados, presididos por *el pollo de moda*.

El pollo de moda es un ente originalísimo, perfectamente convencido de su incontestable superioridad sobre los otros jóvenes. Mas no creáis que es algún apuñetísimo mancebo de rostro varonil, figura gallarda y hechos aún más gallardos y varoniles que su figura,—nó; pero á justificar su dictadura va la ropa más ó menos elegante de Madrid que, las muchachas frívolas, juzgan indispensable para todo chico que las baile y las floré.

Y aunque en punto á indumentaria nuestro pollo es siempre el primero, es también el más exagerado, por no decir el más estrafalario: llegan á Murcia, por ejemplo, los cuellos altos, pues él lo usa hasta las orejas; se estilan los pantalones anchos y en vez de pantalones se pone sayas; se inventan los chaquets prolongados y ya tiene el sujeto preocupación para rato: no está contento con la prenda hasta verla crecida más allá de las corvas.

Estas, y otras eminentísimas facultades, hácele invencible, según el insustancial entender de algunas bellezas locales harto refididas con el mal gusto sastreril de otros jóvenes que se cuidan poco su exterior y no usan cosméticos para el pelo, ni polvos para afeitarse, ni tenacillas para rizarse cuidadosamente las puntas del bigote. Por eso al pollo de moda se le ve entre ellas, grave y patético en el paseo; retozón é irreverente en la iglesia; charlatán en el teatro; indispensable, como "los impertinentes" de algunas damas del gran mundo en todas las fiestas, ceremonias y solemnidades de la villa.

*

Por lo demás,—como decimos los que no encontramos con frecuencia frases fáciles y nutridas de bellezas para terminar un artículo—Murcia es por donde quiera que se la estudie moralmente, una ciudad para ser gozada á todas horas.

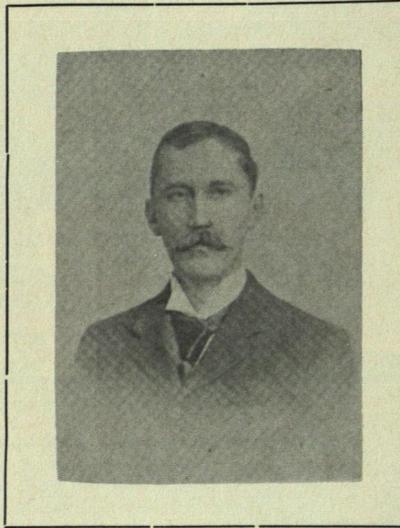
Jamás olvidaré la tarde en que imperiosos deberes me arrancaron de aquel pueblo tan hospitalario y tan simpático.

Cuando partió el tren me entró una gran tristeza; porque salía de un recinto feliz y semipatriarcal para volver á los combates, á los azares, á los negocios humanos; esos que apenas me dan tregua para gozar de la salud á mis anchas, de la paz que tanto deseo, de las sublimes, poéticas armonías de la luz y del sonido.

Y eso es precisamente lo que hay de mejor y más hermoso en Murcia: una campiña fértil, un sol alegre y bullanguero que me trae recuerdos de algún amado rincón que nunca olvido; un cielo muy azul y una gente que no abunda en muchas partes.....

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Madrid: 1897.



DON ENRIQUE W. FERNANDEZ

Un nuevo poeta se incorpora como campeón modesto al estadio de la literatura suramericana. No es un justador que pisa la arena armado de todas armas provocando á la luelia en busca de laureles; es un adepto que trae en las manos incienso y mirra para sacrificar en el altar de las Musas: él mismo es una ofrenda valiosa por el sentimiento, la ternura y la honestidad, y si se quiere por la sencillez, calidad que ha llegado á ser nueva en la moderna literatura.

El librito impreso en Londres que hemos recibido sin atavíos ni recomendaciones, como un obsequio del autor, y que se titula simplemente "Versos" contiene las poesías inspiradas por su numen. Ellas nos dicen más de lo que necesitábamos para conocer al hombre y al poeta. El primero, rodeado de los gocees de la paternidad, encendido el hogar con el fuego del amor legítimo, vuelve los ojos al Cielo y exhala himnos de gratitud: el segundo observa la naturaleza, el mar, el monte, el río, el ave, la flor, y dibuja con sus impresiones cuadros de sublime colorido resultando así la unidad perfecta del espíritu y la materia. Pero como ambos son de aquilatado temple, fenece la dualidad y sólo queda la identificación.

Basta leer entre sus poesías la que dice: "No crezcas" plegaria que entona á su hija, tierna niña, fruto primero de su conyugal unión.

Bien se ve que estas poesías no son escritas á las orillas del Támesis. Esos paisajes que parecen soñados, esas auras tibias y perfumadas, ese correr de arroyuelos rumorosos, esos

bosques verdinegros que convidan al reposo como en los idilios de Teócrito, esas flores, en fin, *no nacen en el hielo*. Nacerán las altas concepciones de la filosofía, Psiquis tomará de la mano al poeta y lo llevará al azul imaginario del cielo, el arte vendrá con su espléndido cortejo y creará la estética; pero la espontaneidad del sentimiento, la conformidad del alma con la naturaleza, eso no; eso es privilegio del sol radiante, de las noches estrelladas, de las eternas primaveras.

Sobre todo es preciso amar con el amor que inspira el sol de los trópicos, es preciso recorrer los espacios luminosos que la densidad del aire tiñe de vívidos colores, es preciso haberse detenido en la nubecilla que flota solitaria en la inmensa bóveda, como el ala de un ángel, para sentir lo grande y lo pequeño, lo infinito y lo precedero á la vez. Esas imaginaciones tropicales favorecidas por la transparencia, miran esos espectáculos como con vidrio de aumento, enriquecen su fantasía con nuevos tintes, y con ese mágico anteojo descubren la mansión de Dios, y son poetas.

A este género de poetas pertenece el señor Enrique W. Fernández; mas no se crea que por sencillo y modesto se circunscribe á los asuntos idílicos, desdefiando la esfera de la filosofía y deleitándose en los devaneos de la versificación. Al contrario, no hay una composición suya que no lleve una idea filosófica ó un fin de enseñanza; ni refrena el estro ciñéndose á la zampofia pastoril ó al címbalo hebreo. No; con pie firme se remonta á las cumbres y entona la trompa épica para cantar á Bolívar y á Napoleón, dejando profundas impresiones en el lector, tanto por la belleza del verso como por la significación filosófica. Asimismo cantó al mar y descendiendo á la tierra concibió "La moneda y la estrofa" que es un poema encerrado en tres cuartetos. Si se quiere una poesía descriptiva con toda la robustez y prepotencia de los mejores tiempos del clasicismo, esmaltada de símiles y metáforas llenas de novedad y bizarría, no hay más que leer la poesía que se titula "Viajando," camafeo antiguo guardado en turquesa recién cortada.

En nuestro humilde concepto es, pues, cultísima la labor poética de este bardo tropical encantado de su zona y enamorado de sus paisajes. ¡Cuánto no lamentará en Europa la ausencia de sus palmeras, de su sol y sus festones!

En cuanto á literatura justo es decir que en diceción y retórica maneja el lenguaje con propiedad y soltura, y sostiene con garbo el artificio de la versificación. No hay tropezos en su métrica ni perfrasis sufocantes: la música del verso suena en el acento, en la eufonía de la palabra y en la armonía del conjunto. Por poeta le tenemos, y poeta bueno, pese á nuestra insuficiencia.

Una vez que hemos juzgado el libro del señor Fernández, nos parece necesario darle á conocer por los rasgos más salientes de su vida material.

Nació este caballero en Medellín, capital del Departamento de Antioquia en la República de Colombia. Hizo sus estudios de literatura y filosofía en la Universidad de la misma capital con gran provecho, adquiriendo fama de inteligente, aplicado y de una moralidad á toda prueba. Alentado por el aplauso y ávido de saber, venció dificultades sin cuenta y logró trasladarse á Bogotá donde las ciencias y las letras fulguraban de mucho tiempo atrás. Entró al Colegio del Espíritu Santo y más tarde pasó á la Universidad católica, foco de luces superiores y centro de aspiraciones para los hombres de talento.

Esta época fue en la que Fernández se dio á conocer como poeta, y como cautivase la deferencia del doctor Rafael Núñez, éste le alentaba con sus aplausos y le excitaba á pulsar la lira, prometiéndole las coronas de

la fama. No podía menos de influir en los destinos de Fernández la voz autorizada del Presidente, poeta y estadista reformador.

Así, *El Porvenir* de Cartagena repercutió con frases halagüeñas estos cantos que hoy celebramos á distancia de lugar y de tiempo. Aquel Mecenas generoso cayó en la tumba; mas hé aquí que este simple rasgo de amor á la bella literatura le ofrece el recuerdo de la posteridad.

La guerra de 1885 que azotó á Colombia con la dureza propia de las discordias civiles, le obligó á abandonar las aulas y dedicarse al desempeño de algunos destinos públicos para atender honestamente á su subsistencia. No tomó parte, sin embargo, en la política activa, pues su carácter es refractario á esas luchas febriles de hombre contra hombre de que no se derivan sino odios y rencores, tanto más ardientes cuanto menos justificables. Mas en cuanto á su opinión la conserva firme é invariable como todo espíritu convencido. Pertenece á la escuela conservadora y profesa sus principios con la mayor lealtad, pero también con la mayor circunspección. Nadie hasta ahora le debe un sufrimiento por causa de sus creencias. Y es fama que en esta adhesión á dicha escuela entra por mucho su respeto á las cuestiones católicas y su interés por ellas, pues es tan rígido observante de su religión, que se le compara con aquellos puritanos ingleses cuya historia terminó con el advenimiento de Cromwell y el patíbulo de Carlos I.

Su desafección á la política, de que se ha hablado, fue también causa de que abandonase la carrera pública y se dedicase á la del comercio.

La reputación que como hombre de bien gozaba, la buena educación de que daba muestras en todas las sendas, la amabilidad de su trato y la distinción de su persona en sociedad granjeáronle universales simpatías é influyeron en su suerte grandemente.

Unido en matrimonio á una señorita de las primeras familias de Bogotá, vio abierta ante sí la más hermosa senda de un venturoso porvenir. El comercio ejercido con rectitud y afán llenó de oro sus cajas y hoy recorre la Europa con la dulce compañera de su vida y el ángel que como premio envió el Cielo á aquel virtuoso hogar.

Las relaciones mercantiles que sin duda habrá sabido conquistar en Europa, darán vuelo á sus negocios en Colombia y acrecerá el tesoro del trabajo y vendrá á la riqueza bien adquirida, que es uno de los mejores títulos.

El señor Fernández es todavía joven, orla su frente el laurel de las bellas letras, las galas del honor, la dicha de la familia y la estimación de sus conciudadanos. Bien puede augurarse que no todos estos dones serán disminuidos por las vicisitudes de que va acompañada la vida humana.

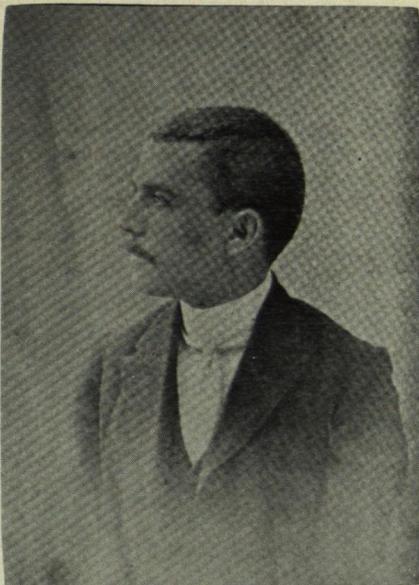
EL COJO ILUSTRADO se complace en registrar en sus páginas el nombre del poeta colombiano señor Enrique W. Fernández.

ODOARDO LEON PONTE

Hé aquí un obrero de la civilización que se nos viene á la mente y se inerustra en ella, nos arrebató el pensamiento y nos obliga á elevarle un pedestal para que descanse de los importantes servicios que presta al país.

León Ponte nació en Barquisimeto y desciende de una honorable familia. Sus padres don José Nicolás León y doña Encarnación Ponte abrigaron respecto á este hijo no sólo aquel tierno amor que dicta la naturaleza sino también aquel solícito interés por su brillo y elevación que les permitía darle una holgada posición monetaria.

León Ponte fue, pues, enviado á París y



DR. ODOARDO LEÓN PONTE

en aquella capital del mundo civilizado hizo los estudios necesarios para terminar su carrera.

Reincorporado á su familia y patria nativa tomó cartas en la política y asistió como bravo campeón á los comicios luchando por la candidatura de Muñoz Tébar.

Electo Diputado al Congreso Nacional asistió á la Legislatura en el período de Andueza Palacio.

En la misma época formó parte del cuerpo de redacción de *El Partido Democrático*, periódico que ha dejado honrosos recuerdos de civismo y de noble y elevada discusión. León Ponte, con su natural franqueza y espíritu independiente, condenó el continuismo á que aspiraba el Presidente, y contribuyó en gran manera á unificar y vigorizar la opinión, dejando nota de escritor concienzudo y patriota.

Terminada la guerra no fue León Ponte á pedir al nuevo Gobierno la recompensa de sus servicios. Apeló al trabajo dignificador, y en octubre de 1893 fundó el diario que se llama *El Pregonero* y que debía llamarse *El Pan del Pueblo*.

Sorprendíase la ciudad de que se vendía por un centavo, no una simple hoja de noticias sin interés, reducidas al perímetro de la ciudad, sino un periódico de gran formato, con editoriales llenos de ideas sensatas y culto lenguaje, correspondencias de distintos y lejanos lugares, composiciones en prosa y verso de buenos autores, artículos de útil lectura, juicios literarios, revistas extranjeras de Europa y América y todo lo demás que puede contribuir al brillo de una publicación diaria.

Considerábase aquella producción como un *tour de force* que debía parar en ruina del empresario. Mas no fue así. *El Pregonero* cumplió dos años y su fundador, lejos de arruinarse, aumentó sus gastos trasladándose al foco de la ingeniosa maquinaria y proveyéndose de los últimos y más costosos inventos. Las oficinas de *El Pregonero* gozan hoy de todas las ventajas apetecibles para el servicio de un periódico que está obligado á sostener las dos condiciones principales de su creación: rapidez y baratura.

Cómo ha podido León Ponte hacer frente á esta empresa, nadie podrá decirlo. El atrevimiento solamente pasma. Porque no basta el capital en ciertos casos: es preciso ingenio, fuerza de voluntad, entusiasmo por el trabajo, constancia para sobreponerse á los obstáculos, tino para vencer el antago-

nismo de las costumbres y cierta dosis de patriotismo inquebrantable y bien sentido para jugar en obsequio del progreso un patrimonio. Esto ha hecho León Ponte y ha triunfado.

Inútil nos parece extendernos más sobre este punto. Hay hechos que todo el mundo conoce y juzga bien; pero paga con el silencio. Nosotros estamos obligados á pagar con el aplauso.

Ahora preguntémosnos quién es León Ponte y por qué ha resultado ser un audaz empresario, héroe del trabajo que tienta la fortuna y la vence. Nació entre mimos y caricias en dulce vivir y con ejemplos de holganza, razón sobrada para amar el *far niente* y pasar la existencia soñando bellas imágenes y viendo correr la fuente. Se nos dirá que la educación europea modificó sus tropicales instintos. Ah! en todas partes hay sauces, pájaros y auroras! Fue la naturaleza y nada más. De ella heredó el ardimiento y de la educación los medios de ponerlo en juego.

Volvamos á sus progenitores. Sus abuelos maternos eran patriarcas que recordaban á Isaac y Rebeca, su tío abuelo, el doctor Juan de Dios Ponte, era un sabio juriconsulto, amado de todos, que como el armíño se hubiera dejado sacrificar por no mancharse; especie de Sócrates valeroso y mauso, cuya escuela era el ejemplo. Su tío materno era Monseñor Ponte Arzobispo de Caracas, cuya piedad y bondad de sentimientos hemos conocido los hijos de la presente y de la pasada generación.

Hé aquí, pues, que este Hércules de *El Pregonero* ha surgido de una cepa de plantas de dulce frutos.

El mismo León Ponte con sus vuelos de condor vive como la aveilla, sin ruido ni alardes vanidosos. Sin duda espera confiado en la justicia de la conciencia pública, porque no habla más palabras de las necesarias, ni se recomienda de ninguna manera. Hasta ahora, valga la verdad, no tiene enemigos ni sabemos que se haya intentado nada para desquiciarlos. Si se intentara, creemos que tendría por escudo el más fuerte de todos, como es la opinión pública.

El retrato de este distinguido periodista va á la cabeza de las presentes líneas como un obsequio de EL COJO ILUSTRADO.

¡AHÓRQUENLO!

[REMINISCENCIAS HISTÓRICAS]



CUANDO estalló en Caracas el movimiento político del 19 de abril de 1810, que dio en tierra con la autoridad del Capitán general español Empáran, se hallaba Simón Bolívar en una de sus haciendas de los Valles del Túy; pero como hacía tiempo que venía consagrado al noble propósito de contribuir á la independencia de la América del Sur, apenas tuvo noticia del extraordinario acontecimiento en que fueron distinguidísimos actores Madariaga y Salas, se puso en camino para Caracas con el objeto de comunicar su poderoso aliento y de cambiar en radical revolución lo que había comenzado siendo un acto favorecedor de los derechos de Fernando VII al gobierno monárquico de España y de sus colonias.

En realidad el 19 de abril fue un paso atrevido, que debe tomarse como la iniciación de la homérica lucha de la independencia suramericana; y aunque es cierto que en aquel día fueron reconocidos los derechos de Fernando, quedó también sancionada la existencia del gobierno propio de los sur-americanos, hasta

entonces tenidos como parias en la torpe política colonial.

Bolívar sabía que el movimiento debía ser gradual, y cuando se presentó ante la Junta de Caracas á ofrecerle sus valiosos servicios, hubo de decirle que, en su concepto, la lucha estaba empeñada: que el 19 de abril era el génesis de la independencia: que la guerra era inevitable: que la América no podía luchar sola contra sus antiguos dominadores: que necesitaba pedir apoyo á algunas naciones europeas, y que creía lo más conducente al logro de tales propósitos enviar una comisión á Inglaterra y á cualquier otro país.

La Junta escuchó atentamente á Bolívar, aceptó sus servicios, le dio el grado de Teniente-coronel de milicias de infanterías, en las que ya era Capitán, y al llegar al punto concreto de la comisión que se debía enviar á Europa, se excusó diciéndole que carecía de los recursos monetarios indispensables para sufragar un gasto de esa naturaleza.

—Cómo! exclamó Bolívar: cuando he venido á ponerme al servicio de la Junta ha sido con el propósito de ofenderle lo que soy, lo que valgo y lo que tengo: los gastos que cause la comisión serán de mi cuenta.

La Junta no pudo resistir y la comisión quedó nombrada, componiéndose de los señores Luis López Méndez y Simón Bolívar, dándosele por secretario al joven caraqueño Andrés Bello, que fue más tarde el príncipe de los poetas suramericanos.

En los primeros días del mes de junio de 1810 partió la comisión para Londres; y como Europa era para Bolívar un teatro muy conocido, donde contaba con numerosas y valiosas relaciones, y no escaseaba gastos para obtener un éxito completo, se desempeñó con habilidad prodigiosa. No logró que el gobierno inglés se comprometiese á apoyar la independencia de las Colonias españolas, pero sí hubo de conseguir muchos prosélitos y traer al General Francisco de Miranda para que con sus talentos militares y su reconocida experiencia se pusiese á la cabeza del movimiento independiente.

Bolívar sabía que Miranda había fracasado en Coro en el año de 1806; y atribuyendo aquel fracaso á causas independientes de la voluntad y del patriotismo del girondino luchador por la libertad de la Francia, combatió los recelos que contra éste tenía la Junta de Caracas, y lo vio con placer ocupando puesto prominente en la sociedad patriótica, después en el Congreso de 1811, luego en el célebre 5 de Julio, firmando el Acta de la Independencia de Venezuela, y por último constituido en la alta gerarquía de Generalísimo del ejército republicano.

Las primeras ciudades venezolanas que al saber el suceso del 5 de Julio se pronunciaron contra la República y en favor de la monarquía, fueron Valencia y Coro; por rivalidades de metrópoli, al decir del historiador Heredia; y fue en la primera de dichas ciudades que Bolívar tuvo su bautismo de sangre el día 12 de agosto; habiendo hecho aquella corta campaña á pesar de que Miranda había comenzado á disentir con él en opiniones por causa de procedimientos políticos.

No es del caso averiguar si Miranda quiso alejar á Bolívar de la actividad del servicio militar, pero es lo cierto que lo destinó á mandar la plaza y Castillo de Puerto Cabello, empleo el menos adecuado á su genio y aptitudes. Devorando en silencio aquel reproche, aceptó, rindiéndose al espíritu disciplinario, pero mirando con pena que se le apartara del campo donde le era fácil brillar, para llevarlo á un puesto pasivo donde podía sucumbir sin gloria.

Así sucedió en efecto.

En el Castillo de Puerto Cabello se encontraban confinados algunos reos de estado, entre los cuales figuraban don Francisco Inchauspe, don Francisco Sánchez, don J. Antonio Baquero y don Jacinto Izueta, perso-

nas ricas y de influencias, por lo cual Bolívar hizo presente á Miranda el peligro de conservar allí tantos reos de importancia. Sus manifestaciones fueron desatendidas, y el 30 de junio de 1812, en momentos en que el comandante del Castillo, Ramón Aymerich, había ido á tomar órdenes á la plaza, los reos se apoderaron de la guarnición, proclamaron al Rey y convirtieron las baterías contra la ciudad.

Alguien ha dicho que la traición es imprevisible. Empero Bolívar la temía, y en este caso dio pruebas irrefragables.

La traición es el más infame de los delitos, precisamente porque destruye las más resplandecientes virtudes.

La lealtad, la gratitud, la confianza y el honor, perecen ante el monstruo de la traición, y por eso no existe legislación antigua ni moderna que no anatematice á los traidores.

La madre del espartano Pausanías llevó la primera piedra para emparedar á su hijo traidor.

Jesús, que se interpuso entre la mujer adúltera y los que pretendían lapidarla; Jesús, que perdonó á todo el mundo, aun á sus propios verdugos, no interpuso su brazo entre el dogal y la cabeza de Judas.

Y es Judas, del Cristianismo para acá, el tipo de los traidores.

Corren los tiempos, cámbianse las costumbres, modificanse las opiniones, transfigúranse los pueblos: sólo es inmutable la personalidad del traidor. Para él no existen atenuaciones, ni metamorfosis. Está como tocado de parálisis. Va á caminar, y la valla de la traición se lo impide. Pretende subir, y el peso enorme de la traición lo baja al abismo.

El traidor del 30 de junio de 1812 se llamó Francisco Fernández Vinoni.

Cuando Bolívar se apercebía del suceso, volvió á la defensa, arrojado, ardiente, casi fuera de sí.

Durante 6 días peleó con denuedo, pero sin éxito, porque, como alguien ha dicho, no siempre el Dios de la victoria es el Dios de la justicia.

Sus fatigas fueron sobrehumanas, y en vano buscó una bala que tronchase en flor su atormentada vida.

Reducido á la última extremidad, sin tropa, sin municiones, el ánimo desolado, y el cuerpo rendido por las enfermedades, escapa de aquel antro de desgracia y va á Caracas, desde donde, presa de tribulación terrible, comunica á Miranda el infausto suceso y le dice: "Yo hice mi deber, mi general, y si "un soldado me hubiese quedado, con ese "habría combatido al enemigo. Si me abandonaron no fue por mi culpa. Nada me queda por hacer para contenerlos y comprometerlos á que salvasen la patria; pero ah! ésta se ha perdido en mis manos."

Es el grito del desesperado . . .

A poco vuelve Miranda á tener otro fracaso, pero en esta vez más grave y más grande que el de 1806. Sus vacilaciones lo pierden y pierden también á la República, con la cual desaparecen los grandes esfuerzos del heroico pueblo de Caracas, espléndidas primicias de la causa de la Independencia.

Pero el sentimiento de la libertad es inextinguible, y Bolívar lo lleva dentro de su corazón como precioso amuleto; y mientras que el feroz y pérfido Monteverde viola tratados, persigue, roba, encarcela y mata, Bolívar va fugitivo, como escapado de los escambros de la libertad, pidiendo á todos los pueblos una limosna de heroísmo para con ella redimir á su patria.

Nuestros hermanos de la Nueva Granada lo escuchan, lo atienden y lo ayudan. Con un puñado de valientes emprende la campaña de 1813, y desde las riberas del Magdalena hasta las orillas del Guaire recorre dilatado espacio, bordando de victorias su camino y cautivando multitudes, para escalar las cumbres de la gloria y ceñir á sus sienas la inmarcesible corona de Libertador.

Después, la suerte es varia, como es incierto el destino humano. Sucesos múltiples, complejos é inexplicables, malogran el esfuerzo portentoso de 1813: el monstruo de la anarquía devora la República: otro monstruo la ahoga en sangre, Boves: la insubordinación hace sus víctimas en las filas del patriotismo: Bolívar cae postrado, pero al tocar la tierra, como Anteo, recobra sus prodigiosas fuerzas: explica á los granadinos el misterio de tantos infortunios: vuelve con su fe inquebrantable al campo de la lucha: sálvase del puñal asesino, y nuevamente se presenta en escena, alto, brillante é indomable, abriendo una difícil campaña que se prolonga en el tiempo y que se inmortaliza en las acciones heroicas.

Ya no es Colombia únicamente el sueño de Bolívar, porque su delirante pensamiento se dirige á otras regiones. Muchos lo creen loco, pero su desequilibrio está en la inmensa diferencia que existe entre la superioridad y el vulgo, entre el genio y la mediantía; y cuando habla de colocar la bandera tricolor sobre las almenas del Cuzco, los seres medianos creen escuchar el grito de un enagenado, cuando era aquella la sublime palabra de la inspiración dictada al genio por la voluntad de Dios.

No es posible en estas breves reminiscencias históricas abarcar, aunque sea en ligerísimas síntesis, la variada y grandiosa obra de Bolívar realizada en esos 7 años de 1812 á 1819, y para llegar al objeto que nos hemos propuesto al trazar estas líneas, diremos que después de haber vigorizado la campaña sobre Venezuela y dádole á ésta fisonomía de nación independiente, concibe la idea de libertar á la Nueva Granada del dominio español, y en una choza arruinada de la desierta aldea de Setenta, á orillas del río Apure, queda decidida la admirable campaña que en 75 días había de dar mayor renombre á la causa americana y permitir á los venezolanos pagar con creces á los granadinos el inmenso servicio de 1813.

El ejército libertador salió del pueblo de Mantecal el 26 de mayo de 1819, compuesto de cuatro batallones de infantería y tres escuadrones de caballería. El plan de campaña era por demás difícil puesto que se trataba de travesar los Andes en la estación de las lluvias. Muchos, que dudaban del éxito, desertaron vergonzosamente de las filas patriotas. Otros, más criminales que aquellos, avivaron la intriga para que Bolívar fuese desconocido y depuesto del mando del ejército. Algunos dejaron de cumplir las órdenes que se le habían transmitido de asistir á la campaña. Empero el ejército marchaba adelante, á pesar de las maldades humanas y de las inclemencias de la naturaleza.

El 4 de junio entró en la provincia de Casanare, el 11 llegó á Tame, el 27 dispersó á 300 realistas que encontró en Paya.

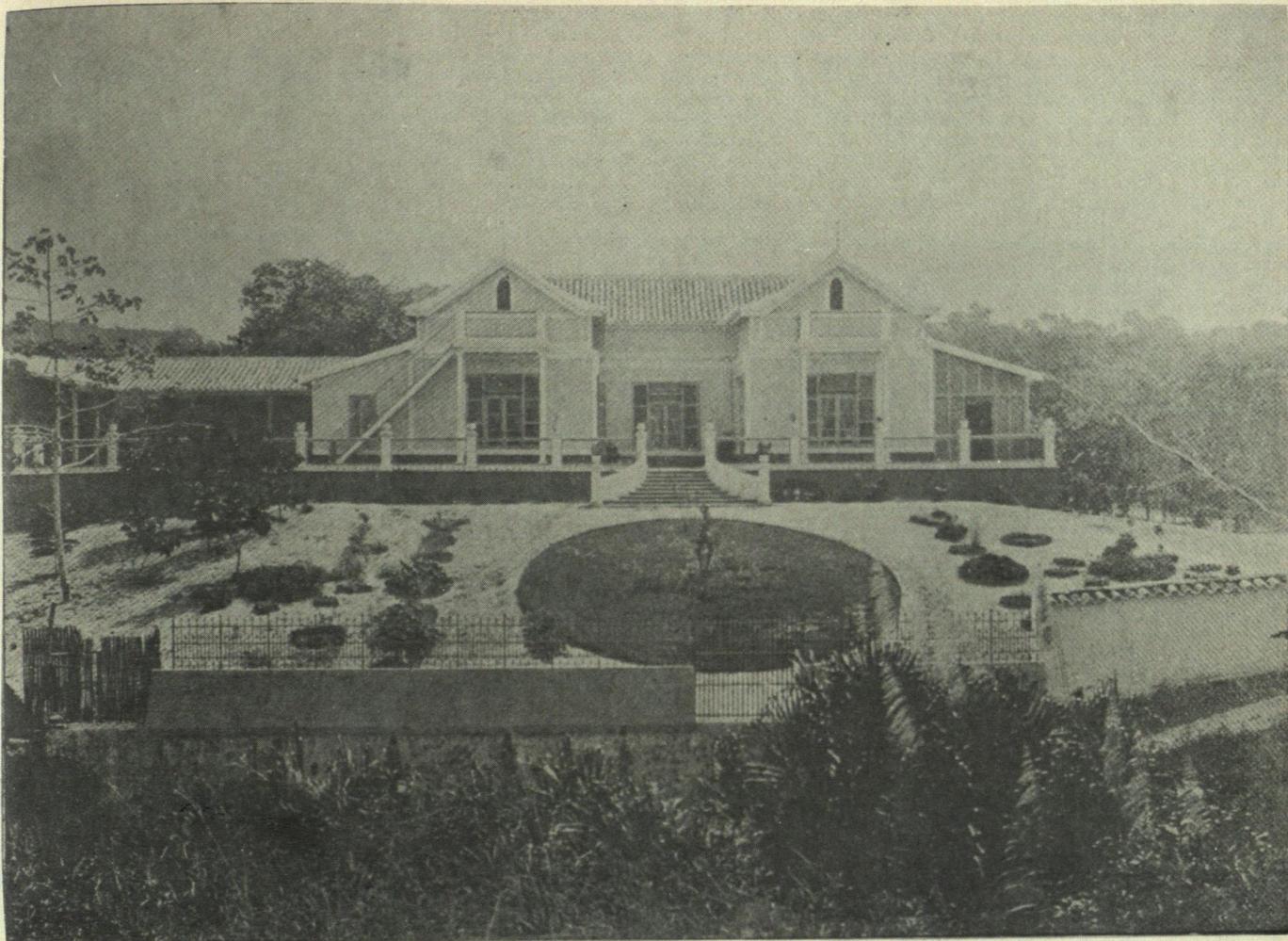
Las fatigas se aumentan y las miserias se multiplican, pero el ejército va adelante, reforzado ya con el contingente de los casanareños, que manda Santander.

El 6 de julio invade la provincia de Tunja, dejando atrás las ásperas y elevadas montañas cubiertas de bruma. Ya la retirada es imposible y no queda otro recurso que vencer ó morir.

Cuando los realistas supieron que Bolívar había llegado á la Nueva Granada fue grande su sorpresa; pero como estaban mandados por un jefe tan valeroso como Barreiro, se presentaron á la lucha y creyeron cerrar el paso, como si fuera posible al débil follaje del árbol contener el huracán furioso.

El 7 fue sorprendido y capturado un destacamento realista en los corrales de Bonza. El 8 disputó Barreiro á los patriotas el puente de Gámeza y efectuó Bolívar un movimiento de flanco.

En la mañana del 25 de julio pasó el ejército patriota el río de Sogamoso, que atraviesa las llanuras de Bonza, y al desfilarse por



QUINTA WOLFRAM. — San Cristóbal. — Los Andes

el Pantano de Vargas, preséntanse los realistas coronando las alturas. El conflicto es inminente y comienza la batalla. Barreyro manobra con sus batallones con admirable pericia y con indiscutible valor. La resistencia que opone Santander es débil y hace flaquear á los batallones patriotas *Rifles* y *Barcelona*. Ante un peligro tan grande Bolívar reúne los cuerpos diseminados y ordena una carga enérgica. Ceden por un instante los realistas, pero á poco atacan con vigor. En este momento, y cuando ya el suceso parecía inclinarse en favor de las tropas españolas, Bolívar acude á su reserva, levanta con el fuego de su palabra el espíritu de sus conmitones, ordena á Rondón que salve la Patria, y el jefe de los lanzeros del Alto llano se lanza como un torbellino á la pelea y queda decidida la victoria.

Después de este feliz acontecimiento, aunque era lastimoso el estado físico del ejército patriota, su entusiasmo no reconocía límites, porque presentía que Bolívar había de conducirlo al triunfo definitivo. Reorganizase, repara sus pérdidas, recompone su equipo y sigue con paso firme aquella campaña inmortal.

El 3 de agosto continúa la marcha.

En la mañana del 4 ocupa la ciudad de Tunja, y al apercibirse Barreyro de estos movimientos, avanza hacia su adversario como guiado por deplorable fatalismo.

Rápido como el pensamiento, acude Bolívar con su ejército á interponerse entre la capital de la Nueva Granada y las tropas de Barreyro.

A las 2 de la tarde del 7 de agosto llega al puente de Boyacá una columna realista, y

al punto se ve acometida por retaguardia por la vanguardia patriota: la división Santander corona las alturas y la batalla comienza con escaramuzas de guerrillas. Ordena Bolívar que Santander pase el puente y que Anzoátegui ataque á los realistas por el ala derecha y por el centro: generalizase el combate, y aunque la infantería española hace esfuerzos denodados, Anzoátegui con sus lanceros, la envuelve, le toma la artillería, acuchilla la caballería enemiga y con una carga, tan esforzada como brillante, decide la inmortal jornada.

Tal fue la victoria de *Boyacá*.

Los restos fugitivos del ejército vencido fueron perseguidos por Bolívar en persona.

En el campo de Boyacá quedaron cautivos los jefes. 1.600 realistas depusieron las armas, y entre los prisioneros que se hicieron en la persecución, fijó Bolívar su penetrante mirada en un hombre de aspecto siniestro, y evocando recuerdos de un pasado remoto y presa el alma de terrible reminiscencia, exclamó airado:

—*Alto ahí: á este hombre funesto no alcanza la magnanimidad de la victoria: la moral reclama un ejemplar y la virtud un desagravio, ahórquelo!*

Y en el acto fue ahorcado.

Aquel hombre se llamaba Francisco Fernández Vinoni, el traidor del 30 de junio de 1812.

Aquel rapto de Bolívar, ¿ fue fiereza? ¿ fue venganza? ¿ fue crueldad? ¿ fue justicia? Aquello fue el dogal de Judas cayendo sobre la cabeza del traidor, porque es la traición delito que jamás prescribe ante el tribunal de la conciencia humana.

F. GONZÁLEZ GUINÁN.

Valencia, Venezuela.

LA VIDA PARISIENSE

ERNEST LAJEUNESSE

Un hombre malo.—Las bromas de Lajeunesse.—Las noches, los fastidios y las almas de nuestros más notorios contemporáneos.—Un exasperado del ideal.—Intimididades.—La novela de Lajeunesse.



NA tarde, en casa del autor de *Yanthis*, diez ó doce personas

hablaban alegremente de todo lo que los literatos y las actrices pueden hablar sin decir muchas tonterías y sin fastidiarse demasiado. Hablaban de teatros, hablaban de

libros y hablaban sobre todo de actrices y de literatos ausentes.

—“¿Quién ha leído el último libro de Daudet?”—“¿Y las memorias de Goncourt?”

—“Un médico acaba de inventar unas pastillas para perfumar la boca y las ha dedicado á madame Rejane.”—“¿Y Marie Krisinska?”

—“¿Y Luisa?”—Los nombres ilustres iban y venían en la conversación, envueltos en frases irónicas ó acompañados de juegos maliciosos de palabras. Y como todos estaban de buen humor y como las personas de quien se hablaba eran amigos cuyo verdadero defec-

to consistía en no estar presentes, las maldades inofensivas brotaban en general de los labios sin dejar una impresión verdaderamente cruel.

De vez en cuando, sin embargo, una vocecilla aguda, agria; desagradable, una vocecilla de polichinela carnavalesco, sonaba en un extremo del salón, articulando frases de una dureza rencorosa.—“D'Esparbes—decía alguien—ha oído la palabra del Emperador.”—“Lo que ha oído—respondía la voz estridente—es la palabra de Cambonne.”—Otro aseguraba: “Cuando dos personas se encuentran juntas, entre los dos casi siempre hay un estúpido.” Y la vocecilla replicaba: “Sí; y cuando usted y yo nos encontramos, el estúpido no soy yo”

El que tan duramente expresábase, era Ernest La Jeunesse.

—Un hombre muy malo—me dijo Lorrain al presentármelo.

* * *

. . . . Y la casualidad quiso que al salir de la casita de Auteuil en donde el poeta perverso y adorable de la *Floresta Azul* recibe á sus amigos, La Jeunesse y yo nos encontrásemos en la puerta. Y como los dos íbamos hacia Montmartre, nos fuimos juntos. Y durante una hora charlamos de muchas cosas y de muchos amigos—que los amigos me perdonen.

—Esa actriz que acaba de felicitarme por mi artículo contra el director del Odeon, me ha proporcionado un verdadero disgusto.

— ¿Disgusto?

—Sí, porque si mi artículo le gusta á ella, mi artículo debe de ser muy malo.

La broma es antigua, gastada, casi vulgar. Moratín, en el siglo XVIII dijo:

. . . Pedancio, poco me altera,
Más pesadumbre tuviera
Si te gustaran á tí.

Y sin embargo, en labios de La Jeunesse esa vulgaridad tenía algo de macabro, algo que era como una mueca de bufón real ó como un chiste tonto y triste de payaso contrahecho.

Porque en La Jeunesse todo contribuye á producir un efecto de maldad áspera y envidiosa. Su voz, como ya lo he dicho, es chillona y estridente, y su figura no es más afortunada que su voz. Parece un chiquillo mal formado, con los ojos pequeños é incoloros bajo una arcada enorme de cejas negras, con las mejillas y los labios barbilampíños, con la boca un sí es no es torcida y con las orejas más bien grandes que pequeñas. Y para completar ese conjunto de niño feo, un par de anteojos y un enorme sombrero de fieltro.

Al despedirnos me preguntó:

—¿Le parezco á usted muy malo?

—¿Malo? No. Más bien desagradable.

* * *

Buffon, un escritor que dijo muchas tontas de una manera deliciosa, asegura en el más famoso de sus discursos que “el estilo es el hombre.”

Superficialmente considerado, La Jeunesse literato se confunde con La Jeunesse personal.

Su libro, su único y verdadero libro *Las noches, los aburrimientos y las almas de nuestros más notorios contemporáneos*, es una colección de parodias y de sátiras, agrias, sangrientas, épicas, entre las cuales desfilan en teoría burlesca, desfigurados, envueltos en andrajos de clowns, cargados de jorobas, pintados de amarillo y de verde, con grandes relojes en las nalgas, reyes de naipes en los carrillos, con las manos hinchadas ó exagües, con las piernas como cañas de pescar y los vientres como melones fabulosos, los hombres que más emociones nobles nos han proporcionado durante estos últimos diez años.

Convertido en moderno y bilioso Asmodeo, La Jeunesse se ha introducido en los palacios de

la literatura moderna y no contento con levantar techos, ha entreabierto las almas y los cerebros y ha visto pensar y sentir:—Ese viejo lleno de pelos grises, muy miope, caduco y raquítico que trata aún de hacer algún ruido con un tamboril destemplado, es Alfonso Daudet. ¿Y el que está á su lado, el joven fatuo y fastidiado y fastidioso que habla en largos períodos oscuros y llenos de palabras dignos de un saca-muelas pedante? Ese joven es León Daudet, el hijo del maestro. Ese otro que se pasea por las calles de París creyéndose un “mundano,” un hombre *chic*, un príncipe de la elegancia, y que de pronto, al encontrarse frente al espejo de un peluquero exclama: “pero si parezco un rufián de baja especie,” ese rey destronado de la distinción social, se llama Paul Hervieu.—Un caballero que no tiene que hacer se pone á contemplar su propia alma y ante la masa informe que su microscopio autopsicológico le ofrece, declara sinceramente: “Eso es feo, eso es sucio y ocupa mucho lugar; es horrible y es mi alma ¿Es horrible? ¿Y por qué? No; más bien es chusco y carece de atractivo. Y sin embargo bien se ve que es una bonachona y triste alma, una alma pesada, sin vocación. No había nacido ni para la virtud ni para el vicio. Es una alma de pobre diablo.” El que así se expresa sobre su propia alma, es Huysmans. El que viene después se llama Emilio Zola y también el sincero. Oíd-le: “He escrito libros, libros inmensos, pesados, y he dicho de qué modo los he escrito, á qué hora, cuántas líneas por hora, cuántas palabras por línea, cuántas ideas por hectómetro, cuánta tinta por metáfora. Lo he dicho todo y no he dicho nada.

. . . . Y la inmensa carabana de los ingenios vestidos de saltimbanquis, continúa á lo largo de las cuatrocientas páginas del libro, hablando sinceramente, con la sinceridad de las confesiones de comedias y de farsas. Los unos dicen en prosa sus pecados y los otros se confiesan en verso, insultándose todos á sí mismos, sin pudor, sin miedo, sin reticencias, sin artificios, como si fuesen á ser juzgados en el juicio final de las Letras por el dios Polichinela.

Oíd á Heredia:

Je suis celui—Qui—Met—En—Fuite—les—Idées,
Et quand vers elles je m'avance d'un pas lourd,
Du pas dont vers Arzrum marchait le beigh Timour
—Mais ses manœuvres sont—elles élucidées?

Elles s'envolent, si légères; euidées!
Hautaines comme des flots de dentelle á jour,
Et douces et moqueuses et fuyant autour
De ce pauvre homme que je suis, aux mains ridées!

Elles me fölent, me souffletent de leurs ailes;
Impuisant, je soupire en les voyant si belles,
Si lointaines et si proches—c'est un record.

Mais pour me consoler de leur fuite sereine
Pour oublier leur haine et ma chaîne et ma peine,
J'ai l'admiration de monsieur Melchior!

Todo eso es duro, grotesco, cruel, loco, terrible. Y todo eso es justo, sin embargo, desde el punto de vista de la caricatura y de la parodia. Y el que ha imaginado todo eso, es una excelente persona cuya maldad no reside sino en la superficie y cuya alma verdadera es una pobre alma de poeta sentimental, atormentada y tímida.

* * *

En efecto

La Jeunesse es una persona excelente. Yo le quiero tanto como le admiro.

Después de nuestra primera charla, otras charlas más íntimas y menos literarias me han revelado el fondo verdadero de su sér. Juntos hemos visto desfilan las noches de agonía del alegre Chat-Noir. Juntos nos hemos paseado melancólicamente, soñando en nuestros ideales, por las calle bulliciosas de Montmartre. Hemos pasado muchas veladas juntos. Y en esas horas de abandono y de intimidad, más de una vez he creído sorprender en sus ojos sin hermosura, una lágrima de tristeza sensitiva, una de esas buenas lágrimas que vienen á los párpados cuando una boca deseada no quiere sonreírnos, cuando una

mano blanca no quiere estrechar nuestra mano, cuando una falda conocida pasa junto á nosotros sin rozarnos

Y cuando, tratando de imitar sistema de confesiones forzadas, me he figurado lo que hay en su cerebro y en su alma, sólo he visto una novela breve y triste.

* * *

La Jeunesse llegó á París, como todos nosotros, los peregrinos del Ideal, en busca de fama y de fortuna. Traía un gran talento y traía también algunos manuscritos y traía además muchas ilusiones. Pero los manuscritos eran provincianos . . . al fuego, pues, los manuscritos que no eran parisienses Y en su pobre cuarto de hotel, otros manuscritos, el primero que debía ser publicado, comenzó á surgir. ¿Era una novela, era un cuento, era un poema? Era todo eso, y era algo más: era una fantasía apasionada, un canto de esperanza, de fe y de amor, llena de dulzuras delicadamente irónicas, suavemente febriles; algo en que se hablaba de mujeres, de una mujer, de una alma, de nostalgias íntimas, de besos en flor, de deseos, de desfallecimientos, de gracias, de caricias, de perfumes y de lágrimas Era un poema y al mismo tiempo era una queja y una plegaria. Y las frases armoniosas cantaban entre las líneas menudas, su canto discreto y ardiente.

El joven poeta quiso recitarse á sí mismo su obra; púsose de pie, apoyóse en el mármol de la chimenea y comenzó á leer. De pronto al levantar la cabeza, se contempló inconscientemente en el espejo; y se vio tan poco digno de cantar amores, con su pobre rostro de chiquito mal educado, que su obra le pareció ridícula . . . por ser suya.

Al día siguiente apareció su primera sátira contra un contemporáneo cualquiera.

* * *

—Esa es la novela que he imaginado para explicarme el fondo del alma de La Jeunesse.

Por lo demás, él mismo me dijo una noche de melancolía y franqueza:

—Yo soy un sentimental, un verdadero sentimental, y, amo, sufro, creo y espero como los demás; pero el ridículo me da miedo. Mi maldad es puro dandismo.

¿Dandismo? Tal vez. Pero el dandismo sólo no habría bastado. En las sátiras de La Jeunesse hay mucho de cruelmente amargo y á veces sus risas nerviosas y estridentes resuenan de un modo tan intenso como la gran carcajada de Aristófanes.

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

París: enero de 1897.

LUZ Y SOMBRA

Á H. LUNA Y LUNA.

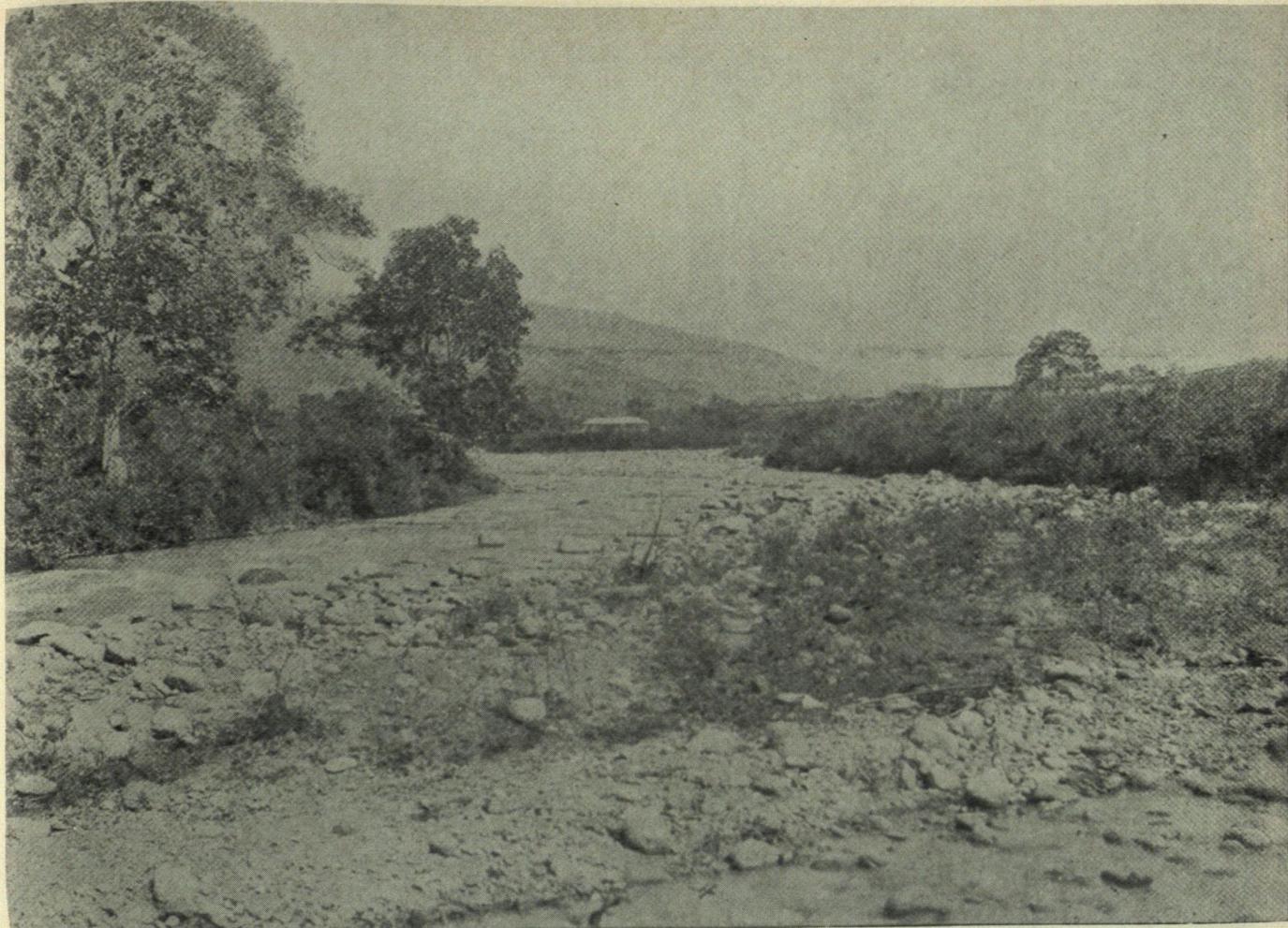
¡Ah! las madres son las buenas!
Son espléndido tesoro,
porque guardan besos de oro
y perfume de azucenas!
Cuando ríen, las sirenas
forman coro

y, en sentidas remembranzas,
cantan himno de esperanzas
en tropel undisonoro;
¡que las madres son las buenas,
porque guardan besos de oro!

--

Mas si mueren ¡cuánto duelo
ven sus íntimos amores!.....
¡Cómo el ángel de las flores,
triste, llora en tardo vuelo!
¡Cómo, roto el blanco velo,
sin olores,
ruedan ¡ay! las azucenas!.....
Que las madres son las buenas,
porque calman los dolores,
y si mueren ¡hondo duelo
llora el ángel de las flores!

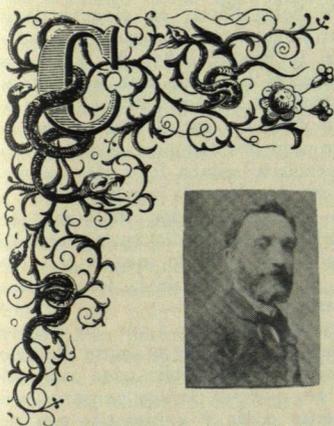
L. TORRES ABANDERO.



PLAYAS DE "EL TORBES." — San Cristóbal

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA



UANDO creíamos que con los éxitos obtenidos por los dramas de los señores Guimerá y Dicenta, *La tierra baja* y *El señor Feudal*, había desaparecido la constelación de desdichas dominante de

algún tiempo á esa parte en nuestro Teatro, nos encontramos de nuevo bajo esa maléfica influencia, en ocasión del estreno de dos producciones de los señores Felíu y Codina y Pérez Galdós, autores distinguidos que acaban de realizar un esfuerzo digno de mejor suerte.

Uno de los fracasos ha sido en el Teatro Español, con motivo del estreno del drama *La Real moza*, obra del primero de esos autores. Nadie lo esperaba, pues el señor Felíu y Codina en sus producciones: *La Dolores* y *María del Carmen*, estrenadas en estos dos últimos años, había obtenido éxito feliz. Conoce este autor, como pocos, el secreto de interesar al público por medio de argumentos sencillos, desarrollados sin esfuerzo, en cuya

labor apenas se ve la mano del artista. Su tarea, por varias razones laudable, de llevar al Teatro moderno el carácter y las costumbres de las grandes regiones españolas, por medio de un drama que á cada una de esas regiones se refiera, y el saberse que así como en *La Dolores* retrata á Aragón, y en la *María del Carmen* á Murcia, con *La Real moza* iba á presentarnos Andalucía, avivó el interés y predispuso á la gente en favor del señor Codina. De poco le han valido esos antecedentes; el estreno resultó un fracaso que nadie acierta á explicarse. Es el nuevo drama un trabajo perfecto en lo más difícil, y malo, pero malo de verdad, en lo más fácil. El primer acto ó sea el de exposición del argumento, resulta hermosísimo. Todo en él está en su sitio correspondiente: hay allí lo necesario para llenar los deseos del más exigente tratándose de la verdad realzada y corregida en sus imperfecciones por el arte. Se ve que con aquellos antecedentes, con aquellos caracteres á grandes rasgos pero con gran firmeza de mano trazados, ha de haber drama, y drama humano natural y simpático. Pero, viene el acto segundo, y, desde las primeras escenas, se nota algo extraño, algo como si el autor se hubiera propuesto corregirse á sí mismo, como si súbitamente se le hubiera ocurrido que es malo aquel primer acto tan hermoso, y quisiera enmendarle encaminando el desarrollo del drama por extraños derroteros, en los cuales da lamentables tropezos, incomprensibles en quien está avezado á marchar con soltura y gallardía por otros más difíciles senderos.

El fracaso fue completo. El público salió del Teatro sin darse cuenta de lo que acababa de ver, y explicándose lo ocurrido únicamente recordando que los buenos autores dra-

máticos cuando se equivocan, suelen hacerlo de veras. Esto no obstante, el señor Felíu y Codina, fue aquella noche aplaudido, y aun creo que llamado á la escena; de modo que *La Real moza*, podía todavía representarse siquiera algunos días más y disimular, de este modo, el fracaso. Con obras peores se ha hecho y sigue haciéndose en nuestros Teatros. El señor Felíu y Codina, con muy buen acierto, hizo anunciar aquella misma noche que su *Real moza* quedaba definitivamente retirada de la escena.

Del otro estreno, el del drama *La fiera*, original de nuestro insigne novelista señor Pérez Galdós, no puede decirse que ha sido un fracaso, pero dista mucho de poderse elevar á la categoría de buen éxito. Tiene condiciones para sostenerse en la escena durante algunos días, no muchos, pero no es de los llamados á quedar de repertorio, como en el lenguaje de entre bastidores, bien ó mal, se dice. El nuevo drama tiene tesis y aun tendencia simbolista: se trata de representar los males que ocasiona el fanatismo político, así cuando aparece en los afiliados á las escuelas progresivas, como en los que militan en las retrógradas. Para ello, el señor Pérez Galdós, acude á un episodio del tiempo en que más enconada era en España la lucha entre tradicionalistas y liberales, el año 1822, cuando habiendo aceptado el pérfido Fernando VII, el restablecimiento de la Constitución de 1812, conspiraba contra ella desde su palacio de Madrid y daba secretamente poderes á la Regencia constituida en la plaza fuerte de Seo de Urgell, fronteriza á Francia y refugio de todos los personajes más conspicuos de la monarquía absoluta. En aquella plaza y con este fondo histórico nace, se desarrolla y termina



ORILLAS DEL RÍO DE CHORONÍ.— Fotografía del señor Avril

el drama del señor Pérez Galdós. Es algo así como el pensamiento dominante en la estructura de sus *Episodios nacionales*, llevado al Teatro. La acción se basa, puede decirse, en los amores de dos muchachos, procedentes de familia liberal y absolutista, respectivamente, y separadas, como es de suponer, por odios irreconciliables. El asunto de Romeo y Julieta y de tantos otros amores contrariados por el interés ó por las preocupaciones de familia, aparece allí con todo el atractivo romántico y falta de novedad que caracteriza á los de esta clase. Hay en el drama y entre los dos amantes escenas muy tiernas y de buen efecto, pero en los demás cuadros, al mover los otros personajes, el insigne autor está poco afortunado. Por más que se esfuerce no se libra del defecto principal de sus obras escénicas: el que parezcan trozos de novela: los caracteres se desarrollan trabajosa y confusamente, y en el acto tercero especialmente la acción decae tanto y aparecen tantos defectos de lógica y verosimilitud, que, á no ser por los grandes merecimientos que como literato en el señor Pérez Galdós concurren, es opinión general que aquella había sido la primera y última noche de la representación del drama.

Esto no obstante sigue en las tablas del Teatro de la Comedia, y no disgusta á aquel público, porque hay en *La fiera* episodios interesantes y diálogos muy bien hechos que revelan la mano del maestro en el arte de novelar. Además el señor Pérez Galdós tiene entre nosotros un público especial que es su-

yo, enteramente suyo, compuesto de sus amigos y admiradores, que son muchos y generalmente muy entusiastas. Galdós, con sus novelas ha, puede decirse, educado durante cerca de treinta años á toda una generación, y tiene además de su parte, á los pocos pero muy resueltos é inteligentes partidarios del drama modernísimo ó simbolista que entre nosotros se agitan. *La fiera* no resulta un drama malo: en opinión de los inteligentes no es mejor ni peor que los otros del señor Pérez Galdós.

No sería justo pasar en silencio otro estreno de un drama que por ser de autor primerizo y haberse representado en uno de nuestros Teatros de segundo orden, no ha tenido la resonancia de que es merecedor. Me refiero á *Los degenerados*, original de don Tomás Maestre, un médico aficionado á la literatura, al cual puede aplicarse la conocida frase de: empieza por donde muchos terminan. El drama no es romántico ni realista: está escrito muy correctamente en verso, y tiene pensamiento educativo de crítica social representada y desarrollada por medio de caracteres y de escenas muy bien trazadas. Nótase inexperiencia en los recursos teatrales, pero ello no deslucen el conjunto. Se ha estrenado en el Teatro de Novedades que ahora está á cargo del un tiempo eminente actor don Antonio Vico.

Pláceme tener ocasión de hablar del discurso leído por el distinguido escritor, don

Francisco de Sales Pérez, en el acto de su recepción en la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española de la Lengua. Leí, hace años, el libro de este autor: *Costumbres venezolanas*; desde entonces no he tenido ocasión de ver otras de sus producciones. Ya en aquellos tiempos, cuando la literatura venezolana estaba lejos de aparecer á la altura en que hoy la vemos, juzgué al señor Sales Pérez innovador de buena ley, precursor del género sencillo en la expresión y trascendental en el fondo, que es el característico en la última faz de la forma literaria en nuestros tiempos.

El discurso de recepción á que me refiero, es prueba evidente de que su autor persevera en su manera de escribir, cada vez más persuadido de que se pueden pensar y sentir muy buenas cosas y expresarlas con elegancia, sin necesidad de lo que se llama levantar el vuelo, y se puede conocer el arte del lenguaje y aun aparecer pensador, sin haber abierto jamás un tratado de retórica ni un método de exposición científica.

El principal mérito de este discurso es su originalidad. No semeja á ninguno de la índole á que pertenece. Su autor no se presenta como literato de profesión, sino como simple aficionado á escribir algo para el público, confesando, no por costumbre como se hace en estos casos, sino con sincera ingenuidad, que para ser académico no tiene otros méritos que los atribuidos por la benevolencia de sus conciudadanos. El discurso además carece de tema: las ideas se desarrollan



VISTA TOMADA EN EL RÍO DE CHORONÍ.— Fotografía del señor Avril

en él sin sujeción á un pensamiento preconcebido, como en plática familiar: campea en todo el escrito cierta ingenuidad naturalísima, sin que falten rasgos ingeniosos que revelan la sagacidad natural también en el hombre de talento. Después del obligado elogio de sus dos antecesores en el sillón que va á ocupar, el señor Sales Pérez expresa, sin rodeos ni circunloquios, que teme ser académico porque carece de aptitudes para ello, y además porque conoce la prevención que, contra la clase existe en todo el mundo. Defiende de esa prevención á los Académicos, pero conviene en que no está destituida de fundamento. Dice humorísticamente que él no ha sentido nunca verdadera vocación de literato, porque no la tiene de ser pobre, y se ríe de la gloria y de las famas póstumas que á nada práctico conducen al que va tras ellas desalado.

Explica cómo se sintió escritor, y por qué y cómo ha cultivado el género á que predilectamente se dedica, que es la crítica de las costumbres de su tiempo, y se dice admirador de los que en la madre patria han cultivado este género: *Figaro*, *El Curioso Parlante*, *Fray Gerundio* y *Selgas*, y pudiera añadir que á más de admirarles, en parte los ha seguido, muy especialmente al último, con cuyo estilo en el libro *Costumbres venezolanas* muestra el del señor Sales Pérez notable parecido. Enumera también y cumplidamente elogia á los escritores que en Venezuela han cultivado antes que él el género prescindiendo de los puramente satíricos. Realza como condición primera para escribir sobre costumbres, la sencillez y la claridad en el lenguaje, pero cuida bien de desarmar á los que pudieran zaherirle por despreciador de la forma grandilocuente en literatura, y á este efecto

dedica dos ó tres párrafos en elogio del arte, en el sentido de que éste ha de ser libre en su expresión y no puede, en manera alguna, encerrarse en límites prejados. En estos párrafos muestra nuestro autor que su entendimiento no carece—digámoslo así—de fuerza muscular cuando se trata de levantar el vuelo. No es menos bello el párrafo en que habla del estado de su ánimo cuando empezó á sentirse escritor. “Deseaba—dice—trasladar mis impresiones al papel, pero desconfiaba de mis fuerzas; sentía algo así como el temor que deben de sentir las aves antes de descoger el vuelo por primera vez. Cuántas veces las habréis visto columpiarse sobre la rama que sostiene el nido que las vio nacer; batir las alas, volver el cuello todavía implume, para contemplar el cielo y el abismo; piar entre alegres y medrosas; y volver luego al nido á pedir mayores fuerzas al reposo, y á esperar que las alegrías de la nueva aurora les den ánimo para lanzarse al espacio.” Quien concibe y describe este símil con la verdad y galanura que lo hace el señor Sales Pérez, podrá desdeñar la retórica, pero revela facultades para ser en ella maestro.”

El discurso de contestación al del nuevo académico, está escrito por don Marco Antonio Saluzzo, y basta enunciarlo para que cuantos conocen algo la literatura venezolana, sepan que se trata de un trabajo concienzudo. Como es de rigor en casos tales, la parte principal del discurso se refiere al estudio del carácter literario del nuevo académico; dice que su discurso de recepción, “si no es una rebeldía contra las formas tradicionales consagradas para aquella clase de actos, es una atrevida innovación que comienza insi-

nuándose en los ánimos por lo peregrina y concluye arrancando aceptación graciosa en homenaje á la libertad del arte.” Diserta en seguida extensamente acerca este punto, siempre relacionando su discurso con el carácter literario del señor Sales Pérez y con la época en que empezó en Venezuela la innovación en este escritor personificada: vacila en determinar la escuela en que debe colocarse el nuevo académico, pues que corresponde á todas sin sujetarse á ninguna, y con este motivo el señor Saluzzo, hace profecía de fe de eclecticismo literario, ensalzando el realismo en el arte como término medio entre el grosero naturalismo y el idealismo puro. Estudia el realismo y fija teórica y prácticamente su verdadera significación en nuestros tiempos, mostrando en este trabajo verdadera intuición de lo bello y de lo verdadero, sin que se detenga en escrúpulos basados en preceptivas arcaicas, y confunda, como hacen otros, la ética con la estética, y sin que por otra parte caiga en el extravío del arte por el arte.

Vacila á veces, no obstante, al encontrarse ante la que él llama exageración del albedrío, y teme que la revolución que hoy aparece en el arte, trascienda á todas las demás esferas de la humana actividad y sea necesario retrogradar á las viejas creencias conservadoras; considera pavorosas las lontananzas que nos rodean y, angustiado, lanza el grito de ¡Dios salve á la humanidad! Pero pronto se repone de este desmayo, y confía en la virtud de la libertad, que cura los males que produce y resume, casi siempre, su acción en bienes perdurables. Así en el nuevo movimiento literario, á pesar de sus osadías y aun extravagancias de forma y fondo, ve la gestación poderosa y fecunda de un arte nuevo, y en el con-

fuso ideal de hoy, la serena encarnación plástica de mañana. Bien hace el señor Saluzzo en sacudir de su espíritu ese temor: siempre, en todos los tiempos de la historia han sido caóticas las transiciones; nadie ve como crece el niño, pero el niño llega á hombre: nadie nota el trabajo de evolución, ni en lo grande ni en lo pequeño, y la evolución es ley de todo lo existente. Hay además que tener en cuenta cuánto se exagera el trastorno que en la naturaleza del arte ejercen las innovaciones atrevidas. La libertad, en esto como en todo, es como el agua que así misma se nivela. A toda revolución sigue la reacción, y así, en movimiento inestable, se cumple la ley eterna del progreso.

Después de lo bello lo útil sin que este método de ordenación arguya ser lo primero mejor que lo segundo. Con atenta dedicatoria, que agradezco, el señor Manuel A. Diez, doctor en Medicina de la Universidad de Caracas é ingeniero de la República, me envía, bellamente impreso en la tipografía de EL COJO, un ejemplar de su: *Tratado de la Alimentación*, que he leído impulsado primero por la curiosidad, y pronto por el incentivo del deleite sentido al encontrar bueno lo que se lee. Trátase, como ya he dicho, de un libro útil. Proporcionar el conocimiento exacto de cómo se produce en el cuerpo humano el misterio de la nutrición y las propiedades y la cantidad de los alimentos que para esa nutrición son indispensables, es de tanta ó mayor trascendencia para el bienestar individual y social como adquirir el conocimiento exacto de nuestra vida moral en todos sus órdenes y manifestaciones más elevadas: con la ventaja de que aquel conocimiento, por ser experimental, no engendra en el espíritu la duda á que los puramente psicológicos ordinariamente nos conducen. Las consideraciones sobre la alimentación, con que empieza el libro, revelan que el señor Diez ha hecho un estudio completo de esta materia, y que no le son desconocidos cuantos autores la han antes que él tratado. Yo no sé—porque no soy competente ni mucho menos en ello—si el señor Diez sigue sencillamente á aquellos autores ó añade—aun cuando modestamente no lo diga,—algo ó mucho de su iniciativa y de su experiencia individuales: probablemente hará lo último porque es costumbre y condición de los no engrifados de su propia suficiencia, dejar que el lector lo adivine: cosa no muy difícil en quien al leer un libro sabe penetrarse del trabajo de selección que opera el autor cuando se encuentra en el caso de no poder expresar sus propias ideas, las que pueden llamarse innatas, sin referirse, á las adquiridas, á lo ya dicho por otros; sobre todo tratándose de estudios puramente experimentales.

El libro del señor Diez es un trabajo útil, mucho más útil que otros que llenan con su fama el mundo. Hay que acostumbrarse á la idea de que mayor bien produce á la humanidad quien nos ahorra un dolor moral ó físico, que quien nos proporciona un placer; porque el placer, no es la ausencia del dolor, como con más ingenio que verdadero sentido, de la realidad se dice: el placer es sólo el olvido momentáneo del dolor á que viven sujetos todos los séres, y más que todos, la humana criatura. Y prevenir los peligros de la ignorancia en materia de alimentación, es ahorrar un posible sufrimiento.

Pero, me aparto insensiblemente de mi objeto. La utilidad del libro del señor Diez, se evidencia con decir que trata de la clase, régimen, preparación y digestión de los alimentos: de la división de los mismos, tanto animales como vegetales y de sus cualidades con relación á la economía del cuerpo humano: todo ello con lenguaje sencillo y claro, al alcance de todas las inteligencias, y no desposeído por esto de valor científico, con lo cual efectúa el señor Diez una labor muy me-

ritoria. Al tratar de los alimentos sacados del reino vegetal, hace un detenido y detallado estudio de las gramíneas, legumbres, verduras y frutas de Venezuela que son todas las de la zona tórrida, tanto las indígenas como las importadas del Viejo Mundo. Es un trabajo muy curioso y que da gran interés al libro. Termina éste con una sección dedicada á las bebidas en sus determinaciones de acuosas, aromáticas fermentadas y destiladas.

El libro del señor Diez es digno de figurar en todas las bibliotecas, porque además de su utilidad práctica en todo hogar, contiene datos y observaciones que no debe desdenar el hombre estudioso. En Venezuela especialmente, puede prestar buenos servicios al fomento de la instrucción popular. El libro está además muy bien ordenado y correctamente escrito.

J. GÜEL Y MERCADER.

Madrid: enero de 1897.

DE JULIO CLARETIE

CATANA

I



horcajadas, sobre una silla de paja, fumaba el sargento su pipa, delante de la gendarmería de Pierrefeu. El humo subía suavemente, en vagas y azules espiras que se evaporaban en el aire tibio de aquella tarde de julio.

No pocos círculos semejantes había visto Marcial Tharaud bailar así, y disiparse lo mismo, por encima de la boca de los cañones. En la actualidad, padre de familia, con galones de sargento en la manga, reposábase en su jardincito lomosino, sin pedir nada al mundo, ni aun su promoción al grado de Oficial, porque hubiera tenido acaso que ir á otro lugar, y él amaba su rincón, aquellas rosas que él mismo había plantado y aquella glycina que por los muros de la casa corría festoneando la bandera tricolor de hoja de lata, pendiente encima de la puerta. El sargento fumaba su pipa, siguiendo con la vista á unos rapazuelos que sobre un montón de tierra, á cierta distancia travesaban, y á veces les gritaba: "Ea! chichuelos, cuidado con lastimarse!" Luégo se volvía, miraba, hacia la ventana abierta á una mujer, joven y bonita, que iba y venía en la cocina, donde las cacerolas brillaban como oro encarnado; le sonreía, y decía entre dos bocanadas: "Qué revoltosos están los picaruelos!"

La mujer, con los brazos desnudos—brazos muy bien torneados, y medio cubiertos con pasta de harina—se asomaba, inclinaba hacia los muchachos su alegre y enérgica cara, que el fuego del horno había encendido, y mirando, á su vez, las travesuras de aquellos:

—Bah, no hay peligro! dijo. Y además, eso los ejercita y adiestra!

—Y también les dará buen apetito para tu sopa, Catana! Y cómo va eso?

Catana se encogió de hombros, como diciendo: "Acaso tu mujer no sabe guisar..... Tonto!"

II

"Buena mujer," nos decía un momento después Marcial Tharaud, al pasar nosotros saludándole.

Tenía humor de charlar el buen sargento, como solía sucederle siempre que hablaba de Catana.

—Sí; es una buena y guapa mujer esta mujer mía! Viéndola lavar á sus chicos y hacer la sopa, nadie creería que ha sido saltimbanca en las ferias! Pues es la verdad. Oh! es toda una historia!..... Oídla:

"Hay de esto diez años—yo acababa de salir del cuerpo de cazadores para entrar á la gendarmería, de Limoges, cuando el ayudante nos dijo una mañana, que se ofrecía una buena presa. Un pobre, el tío Coussac, maestro albañil, había sido asesinado en su casa, sin que se hubiese podido saber quién había dado el golpe. Como había algunos desertores merodeando por el contorno, el ayudante, M. Boudet, que es ahora capitán, recomendaba al cabo de escuadra y á los brigadieres que abriesen

mucho ojo, y asegurasen á todo el que tuviese fama sospechosa.

"Todo el distrito estaba prevenido y en pie.

"Bonita cosa es por cierto que le digan á uno: Prenderéis á todo el que tenga mala fama. No hay que fiarse mucho en eso de las malas cataduras. Las hay muy malas que son de gente buena. Yo he conocido un quidam á quien se hubiera guillotinado, ó por lo menos rematado á presidio, por su fisonomía, y era un hombre que bien merecía, por sus virtudes, el premio Monthony. Mantenía mucha gente, y cuanto tenía lo daba á los pobres. En suma, un santo con cabeza de presidiario! Mientras que á otros, por su fisonomía, se les daría el Cuerpo de Dios, sin confesión, y son criaturas dignas de que se les remache desde luégo un par de grillos.

"Pero nos mandaban arrestar, y arrestábamos. Así, prendimos á muchos buhoneros, mendigos amarillos como sus alforjas, y aun algunos idiotas que azotaban los caminos. Ninguno de ellos era hombre, capaz de haberle dado un coscorrón al tío Coussac.

"Entretanto, pasaba el tiempo sin que se le echase el guante al asesino. Y es que no era cosa fácil, porque no se tenían ni muchos ni pocos indicios de quién pudiese ser. Ni pizca se veía en el asunto. Un día estaba yo almohazando mi caballo, cuando se me presentó una hermosa muchacha de ojos negros y rojos labios diciéndome:

—Conque, ¿nada se sabe del asesino? Yo soy la hija de Leonardo Coussac!

"No sé qué impresión me produjo aquello! Había hablado la muchacha con tal energía, y en sus ardientes pupilas había tal expresión de cólera, que sentí cierta vergüenza de no haber atrapado aún al canalla que había asesinado á su padre. Entonces, para excusarme, traté de explicarle que la culpa no era nuestra, y que no teníamos noticias ni presunciones que nos guiasen, y esto y lo otro y lo de más allá; pero ella me miraba tan tenazmente, que empecé á turbarme, y de repente le dije:

Pues bien, señorita; si fuese preciso hacerme quebrar una pierna ó un brazo para arrestar á ese pícaro, yo arriesgaría el brazo ó la pierna!

"Al hablar así, le decía la verdad; y no es que á ello me moviese el deber profesional, como suele decirse, sino que aquellos endiablados ojos negros echaban unas chispas, unas chispas!

—"Pero, añadí, se necesita un indicio!

—"Un indicio?

"Y encogiéndose de hombros:

—"Pues, y la mano, dijo, no es por ventura un indicio?

—"La mano! Qué mano?

"Entonces Catalina Coussac—se llamaba Catalina—en nuestra jerga *Catana*—me contó una historia..... la historia del crimen..... una historia que, lo confieso, me dio calofríos. Era una noche de setiembre, cálida como día de verano, cuando el pobre Coussac..... pero volvamos atrás..... El tenía en su casa el dinero que le había dejado al partir, el empresario M. Sabourdy, su patrón. Con este dinero había de pagar Coussac el jornal de los obreros, y además, saldar dos libranzas: la una del yesero, y la otra del proveedor de maderas, que venían tres ó cuatro días después. Hecho el pago de los salarios, el maestro albañil volvió á su casa contento, y con el apetito de un caballo que ha ganado bien su pienso. Había ya comido su sopa, y después de la cena, la tía Coussac, fatigada, había subido á acostarse, quedando solos en la pieza de abajo el tío Leonardo y su hija Catana; él leyendo el *Almanaque lomosino*, que acababa de aparecer, ella tejendo unas medias de lana.

"Debo decirlos que la habitación de Coussac da sobre el jardín de la casa. Hay una ventana que aquella noche dejó entreabierta el buen hombre porque sentía calor. Estaba leyendo, pues, y Catana le oía volver y revolver las páginas del almanaque. Dice ella que tejía maquinalmente, adormecida por aquel ruido casi regular de las hojas de papel y el acompasado tic-tac del reloj; cuando de repente, al levantar la cabeza, bostezando, á ver si era tiempo de irse á dormir, advirtió—creyó primero que se engañaba, que tenía una pesadilla—advirtió, digo, que entre las hojas de la entreabierta ventana, se deslizaba suavemente una mano..... una manaza..... pero una mano asombrosa, ancha, gruesa, con algo de horrible, algo que Catana observó desde luégo..... una mano, cuyos cuatro dedos casi tan gruesos como el pulgar, eran todos iguales, todos del mismo tamaño, todos terminados como si se hubiese tirado una línea para cortarlos. Pero no estaban cortados, y tenían uñas, como las de todo el mundo..... sólo que terminaban así, horriblemente alineados; y como dijo el



LAVADERO "LA LOGIA."—Ciudad Bolívar.—Fotografía del señor Sellier

doctor Bouteilloux, que los ha visto después, parecían *espatulados*, esto es, en forma de espátula.....

"Y se deslizaba la horrible mano, como he dicho, al través del postigo como una enorme araña, allí aferrada con sus tentáculos, tratando evidentemente de empujarlo sin hacer ruido. En aquel momento quedó inmóvil la mano como si el hombre á quien pertenecía adivinase que Catana le observaba.

"Esta creyó un momento que estaba encandilada, que la luz de la lámpara le había herido de repente las pupilas, porque le pareció ver manchas negras ó rojas, como cuando se ha fijado la vista en el sol. Abría ella los ojos, espantada, y la mano seguía avanzando, y resbalando sobre la madera con sus horribles dedos iguales. Entonces Catana, no pudiendo ya dudar, quiso gritar; pero se sintió la garganta tan cerrada como si aquella gruesa mano la hubiese ahogado. No pudo articular un sonido. Se levantó, extendió los brazos hacia Coussac y sacudiéndole por la manga, le mostró hacia la ventana la terrible mano, que parecía ir creciendo por momentos; pero cuando el viejo Coussac, volviéndose, iba á verla también, el postigo empujado con violencia hizo entrar una gran corriente de aire, que apagó en el acto la lámpara, dejando el cuarto á oscuras.

"Entonces, oyendo el ruido sordo de un cuerpo que saltara á la sala, trató Coussac de tomar un cuchillo para defenderse—para defender sobre todo á Catana y el dinero de M. Sabourdy;—pero antes de haber podido prevenirse, el desdichado, asido por el cuello, sintió que algo frío le penetraba en el pecho. Catana entonces, gritó, adivinando lo que pasaba, aunque nada veía, y recibió en el cráneo un terrible puñetazo, que la derribó en el suelo, sin sentido. El hombre debía de tener ojos de gato, supuesto que pudo distinguirlo todo en la oscuridad.

"Si Catana no fue muerta, débese á que la hoja

del cuchillo que había herido á Coussac, quedó quebrada en el cuerpo de éste. Además, para ella, aquel hombre no tenía necesidad de más armas que su puño. La pobre niña quedó desmayada, y cuando volvió en sí, se encontró en aquella sala, que olía á aceite de lámpara apagada y á sangre; y vio á su madre, desolada, tratando de reanimar al pobre Leonardo, que agonizaba, con la boca llena de sangre, y mostraba su corazón como diciendo: "Aquí tocó..... No hay remedio!"

"Inútil es decirnos que el arca en que Coussac tenía el dinero, fue forzada y saqueada. Ah! qué noche! No se ha podido olvidar. Los vecinos registraron el jardín y las casas inmediatas..... Se encontraron huellas de zapatos herrados en las platabandas..... Se tomó su medida..... Se recomendó no tocarlas..... Se encendieron antorchas, y á su luz, se anduvo buscando por todas partes..... Entretanto Coussac se moría, y su anciana madre, hecha una furia decía:

—"Si yo cogiese al miserable, con mis uñas le arrancaría la lengua!"

"Catalina, medio loca seguía viendo aquella mano, aquella horrible mano de los cuatro dedos iguales, que iba resbalando sobre el postigo como una araña ó un cangrejo.....

III

"Ya supondréis que se hizo cuanto se pudo para encontrar al canalla que había enviado al buen hombre al cementerio. Pero, os lo repito, ¿y los indicios? No los había! Verdad es que había aquella mano como Catalina me lo dijo en el cuartel; pero no se conocía á nadie en la comarca, que tuviese una mano como aquella. Se había interrogado á todos los albañiles que trabajaban con el tío Coussac. "No conocían ningún oficial que tuviese una garra semejante." De ellos no había por qué sospechar. Eran todos hombres de bien, muy conocidos; les gustaba á veces remojar con mosto las castañas, nada más; pero el mosto no es un

crimen. Además, ninguno de ellos sabía que M. Sabourdy hubiese confiado á Coussac otro dinero que el de la paga..... ¿Quién era, pues, el miserable que podía tener una zarpa como la que había visto Catana?

"Un día, vino á decirnos un mozo del matadero que él había tenido, hacía algún tiempo, una pendencia con cierto mocetón de mala catadura, que había tirado de su cuchillo; y el declarante había observado que el individuo aquel, tenía una mano rara, una manota velluda con dedos que eran todos del mismo tamaño, aunque ignoraba de dónde salía aquel gandul. Pero fuera de este mozo, nadie había visto semejante hombre en el lugar, por lo que se tomó esta deposición como una vulgar truhanada..... Y se seguía buscando! Y se registraban los matorrales, como si se tratase de cazar una res! Y todos volvían burlados! Yo, por mi parte, rabiaba porque había dicho á Catana, mirándola fijamente:

—"Veamos, señorita, responded francamente: qué le darías á quien os trajese, agarrado por el pezcuelo, al asesino de vuestro padre?"

"Ella no respondió, pero se puso densamente pálida, y si hubiésemos visto sus ojos, sus hermosos ojos negros, cómo lloraban! Sí, lloraban y prometían! Pero nada de esto me hacía descubrir al canalla!

"Por último, viendo que ningún hombre, desde el Coronel hasta el último gendarme, le echaba el guante al individuo, Catalina nos dijo:

—"Está bien. Si vosotros no podéis encontrarle, yo le encontraré!"

"Aun vivía su abuela, la viuda Coussac—toda una mujer esa que, desde el asesinato del albañil, se había puesto muda como una piedra, feroz como un can rabioso, y no repetía más que estas palabras:

—"Conque no llevarán nunca á la guillotina á ese miserable!"

"Catalina dejó su oficio de costurera, y pidió á

la prefectura de policía autorización para correr las ferias. Extrañe yo aquello, todos lo extrañaron; pero yo sobre todo me maravillaba cuando en todos los festejos y huelgas del distrito veía una barraca de tablas, con cartelón pintado, y en éste el retrato de Catalina Coussac, con enaguas cortas de terciopelo rojo salpicado de lentejuelas sobre fondo de punto rosado; y debajo escrito en letras gordas este rótulo: la *mujer gimnoto*, (vulgo temblador).

“*Mujer gimnoto!* Qué nombre tan raro! Era ya bien estrambótica en Catalina la idea de figurar entre los saltimbanquis; aunque debo decirlos que valen tanto como otros, y aun mucho más que otros, esos pobres diablos que andan rodando su jiba en una carreta, comiendo en el suelo, acostándose en los caminos, deshuesándose para divertimos, y paciencia la miseria, como paca la yerba el viejo cuártago que arrastra el carretón. Sí, era ya extravagante la idea de hacerse artista foráneo como dicen. Pero lo de *mujer gimnoto* era más cómico todavía! *Mujer gimnoto!* Sabéis lo que es? Es ser torpado. Y torpado? Es ser galvanico. Es que no se os pueda tocar sin recibir una sacudida eléctrica. El gimnoto es un pez que os entorpece el brazo si lo tocáis, pez que tiene una máquina eléctrica en el cuerpo. Pues, sí señor! Catalina Coussac hacía pasar sacudidas por el brazo cuando la tocaban. Sí, señor; *mujer gimnoto!* Como lo estáis oyendo.

“Yo no necesitaba tocarla para sentirme electrizado, me bastaba mirarla. La estáis viendo ahora á los treinta años. Ha engrosado un poco, pero siempre está guapa; pues bien, hace diez años, cuando llevaba en sus cabellos negros la cofia de encaje, que estas tontas de mujeres han dejado para calarse sombreros, los que habiéndola visto una vez no se volvían para volver á verla, eran grandísimos tontos. Y un talle! Y una tez! Hay aquí, hermosas muchachas, sin duda, pero, y no lo digo por alabarme, la más guapa es Catalina!

“Figuráos, pues, cuántos espectadores llevaría á la barraca la *mujer gimnoto*. No necesitaba de orquesta ni otros atractivos. Bastábale mostrarse para que dijese: “¡Qué niña tan hermosa!” y entraban..

“Un día—era martes de carnaval—entré yo también en la barraca de la *mujer gimnoto*. Estaba ella en su tablado, y abajo, agazapada como una bruja, la vieja Coussac, quien con duro ceño, iba mirando á los que entraban. Yo me adelanté, y mientras consideraba qué bien le caía á la muchacha aquel lindo vestido, y cómo lucía su bien torneada pierna cuya garganta oprimía fino botín de taflete rojo, sonrióse ella, y me dijo con toda su inimitable gracia:

—“Oh! de vuestra mano no necesito yo!

“Y entonces advertí algo como fulgor de cólera en sus hermosos ojos.

“Y comprendí bien lo que quería la valiente muchacha! Ya sabía yo lo que buscaba, y por qué azotaba la comarca disfrazada de saltimbanca. Era que se acordaba siempre de aquella espantosa mano, y tendía á todo el mundo su manecita, blanda y suave como la seda, esperando reconocer aquella otra mano de los dedos iguales, aquella infame, cruel y ensangrentada mano!

“Tal era la idea de Catalina! No había más que aquel indicio, pues bien, á ella le bastaría. Difícil cosa descubrir al asesino entre tanta gente; tanto vale buscar una aguja en un montón de heno. Pero hay siempre probabilidades de que el criminal vaya á andorrear por el lugar donde perpetró su crimen. La sangre es como un magnetizador: atrae. El asesino se había alejado, sin duda; pero ya volvería. Y la *mujer gimnoto* tenía probabilidades de volver á ver la inmundada mano que tanto la hostigaba y que en sus pesadillas sentía como si los gruesos y velludos dedos fuesen férreas tenazas que en su cuello se hundían.

“Con la tía Coussac, Catalina recorrió muchos lugares. El carro de la mujer eléctrica iba por donde quiera que podía rodar, arrastrada y traqueada por un matalón que precisamente había servido en la gendarmería, caballo educado en el oficio, que debía aun parar la oreja cuando humeasen malhechores. Y trocando así, de feria en feria, las dos pobres mujeres recorrieron muchas comarcas, pero siempre volvían con cierta confianza al punto de partida. Superstición, idea fija, qué sé yo! El caso es que se decían: “Aquí fue donde mató; aquí lo atraparemos.”

“Las mujeres adivinan muchas cosas! Como maliciosas no hay más. Sucedió, pues, que un día—oh! me acuerdo como si fuese ayer, era el 22 de mayo,—había en torno á las barracas gran batahola.

“De todo había; y caballos de madera, muñecos de cera, un hércules, un teatro de monos, una jaula de fieras, y qué sé yo qué más; el diablo y su

tren, y estaba allí también—por supuesto!—la *mujer gimnoto*. Fresca como una rosa, con vestido nuevo, se paseaba Catalina sobre el tablado, y diciendo: *Entrad, entrad, señores y señoras!* mientras que la vieja Coussac, que parecía tener cien años, flaca como un clavo, tosiendo que daba lástima y girando sus endiablados ojos cargados como pistolas, repetía:

—“*Entrad! Entrad! Entrad!*”

“No me lo hice yo decir dos veces; entré, como todo el mundo. Pero al entrar le dije á Catalina:—“Buenos días, señorita!—Buenos días, gendarme!” respondió.” Ella sabía perfectamente mi nombre, pero no me dio más que el título. Me pareció que fue como para decirme: “Gendarme y todo como sois, no sabéis cómo se atrapa á los hombres que asesinan á los viejos.”

“Había en la barraca veinte personas, poco más ó menos, entre hombres y mujeres, y mientras Catalina distribuía sonrisas, la vieja agazapada escuchaba con los ojos como de costumbre.

“Estoy viendo todo esto, como si fuera hoy. Catalina en pie sobre la escena, con la cortina roja al fondo, llena de equis de la negra cabellera, en el talle una rosa encarnada, medias rosadas, y luciendo entre todo este rojo y rosa los brazos blancos regordetes, y aquella egregia cabeza que daba vértigos. El sol hería la tela de la tienda en que la *mujer gimnoto trabajaba*, y hacía brillar como chispas de oro las lentejuelas del vestido. Ah! qué guapa muchacha!

“Y estaba allí explicando á los espectadores lo que es el gimnoto, que habita el Nilo, el Senegal y otros ríos de los trópicos, y que los árabes llaman *raya*, y cómo este pez sacude los nervios con descargas eléctricas, y qué se yo cuántas cosas más. Pero todo esto que Catalina machacó tanto, se ha olvidado: Ni aun ella tal vez lo sabe ya. Ah! entonces lo tenía en la punta de los dedos, y lo decía con la misma facilidad que cualquier orador; y los que la escuchaban se quedaban con la boca abierta, y la devoraban con los ojos; lo que prueba que tenían buen gusto.

“Después de lo cual, como siempre, tendía la mano diciéndoles:

—“Vuestra mano, señor, vais á sentir la sacudida eléctrica! No tenáis nada, no os hará daño!

“Algunos se reían, otros se incomodaban, sacudiendo los dedos; pero todos querían tener el gusto de tocar la manecita de Catalina. Y yo viendo aquello, estaba casi celoso de toda aquella gente, que manoseaba la fina mano de Catalina, cuando de repente, rápida como el rayo, salta la *mujer gimnoto*, sobre una mano que se le tiende, como saltaría un can hambriento sobre ración de carne. “Plantado delante de ella estaba un mocetón, de musculatura hercúlea, cabellos rojos y crespos que salían de bajo un gran sombrero de fieltro; llevaba blusa azul almidonada; y como yo le veía de perfil, observé su mandíbula saliente como la de un sollo, y la protuberancia de sus sienes que casi le ocultaban los ojos. Ninguna barba, algunos pelos apenas en carne lívida y lacia. Cara de malvado y estúpido.

“Catalina le había mirado cara á cara, teniendo la mano de él, que me pareció enorme, en su manecita de mujer. Parecía agarrarse á él, como si toda su vida estuviese suspendida al brazo que salía de aquella mano azul.

“Sentí un estremecimiento nervioso, y me dije: “Este es el hombre! Ya lo tiene!”

“Sí, sí, lo tenía, vaya si lo tenía; y pálida como una muerta, decía al mocetón que se había puesto más lívido:

—“Decidme, conocéis al asesino de Leonardo Coussac?”

“El retrocedió y trató de zafar sus dedos de la mano de la *mujer gimnoto*. Ah! no necesitaba estar electrizada la Catalina para hacer temblar á aquel hombre. Trató él de retirar su brazo inútilmente; y quiso repeler á Catalina diciéndole: “Ah! sois vos loca?..... Me soltaréis?” Volvía su cabeza á derecha é izquierda como un lobo, y observé que sus ojos de aspecto feroz y extraviado, buscaban una salida.

—“Miserable! exclamó Catalina, fuiste tú, fuiste tú quien dio el golpe! Tú fuiste el asesino, tú!

“Y sacudida como un ciuruco al coloso atolondrado. Ah! pero éste se rehizo bien pronto! Zafó violentamente sus manos de los dedos de Catalina, y pude observar entonces aquellos dedos iguales, aquella mano siniestra que parecía una arafia enorme y patada. Con ella dio un golpe en el hombro á Catalina, que cayó de rodillas; y como jaló acosado, buseó la salida.

“Todos huían. Aquel montón de gente tenía miedo.

“El hombre iba ya á escaparse, cuando me le

planté enfrente. Torva fue su mirada al ver mi kepi y mis agüetas blancas. Las había observado poco antes, pero no como ahora ejerciendo yo mis funciones.

“Era mucho más alto que yo. Levanté el brazo y asiéndole bruscamente por el cuello de la blusa: —“En nombre de la Ley, os arresto! le dije.

“Por toda respuesta el gandul me envió un rodillazo hacia el vientre que me hubiera hecho rodar diez pasos, por lo menos, si la presencia de Catalina no hubiese triplicado mis fuerzas. Buen caso iba yo á hacer de un rodillazo! No le solté. Hubiera sido preciso cortarme el puño para hacérmelo soltar. Y él, tirándome mordiscos á la cabeza, trataba de aturdirme ó de romperme el cráneo!..... De repente—aun tengo la cicatriz—me da una cuchillada en el cuello, en el mismo punto en que el padre Coussac había sido herido..... Como que tal era la costumbre de aquel bribón!

“Pensó matarme; pero el cuello del uniforme me preservó, y apenas alcanzó á herirme..... Entonces sujeté por el puño aquel brazo, manteniéndolo alzado por encima de mi cabeza, y diciéndome:—“Si el cuchillo vuelve á caer sobre tí, adiós gendarme! Y veía aquel cuchillo en el aire como la espada de este otro Damocles..... y sobre el mango del cuchillo los cuatro dedos iguales de aquella mano que había denunciado á Catalina Coussac el asesino de su padre.

“Cuánto tiempo duró la lucha en que mi sangre manchaba la cara de aquel canalla, tanto que yo creía haberle herido, no lo sé, pero me pareció muy largo. Flaqueaban ya mis fuerzas, é iba á soltar el brazo de mi enemigo, cuando éste lanzó un grito salvaje..... como de cerdo que están degollando..... y como para librarse de algún perro que le hubiese mordido las pantorrillas, retrocedió tan violentamente, que tropezando con algo, y arrastrándome, caímos, quedando yo encima.....

“Por debajo de él, algo se agitaba ó, mejor dicho, se engarabataba..... Era la tía Coussac que le había mordido, y seguía mordiéndole las piernas.

“Y agarrados ambos, seguimos en el suelo la brega; pero ahora no duró mucho! Catalina, ya en pie, me ayudaba á sujetar el brazo armado, y aun logró arrancarle el cuchillo, mientras que yo, con mi mano derecha apretaba el pescuezo del hombre hasta ahogarle..... Y luégo, ya venía auxilio. El cabo Bugead llegaba con un compañero..... Me ayudaron á sostener al preso; le pusimos esposas, y le arrastramos por entre la multitud, que viéndole ahora impotente quería lincharlo; esa misma turba que, hacía pocos momentos le había tenido miedo!

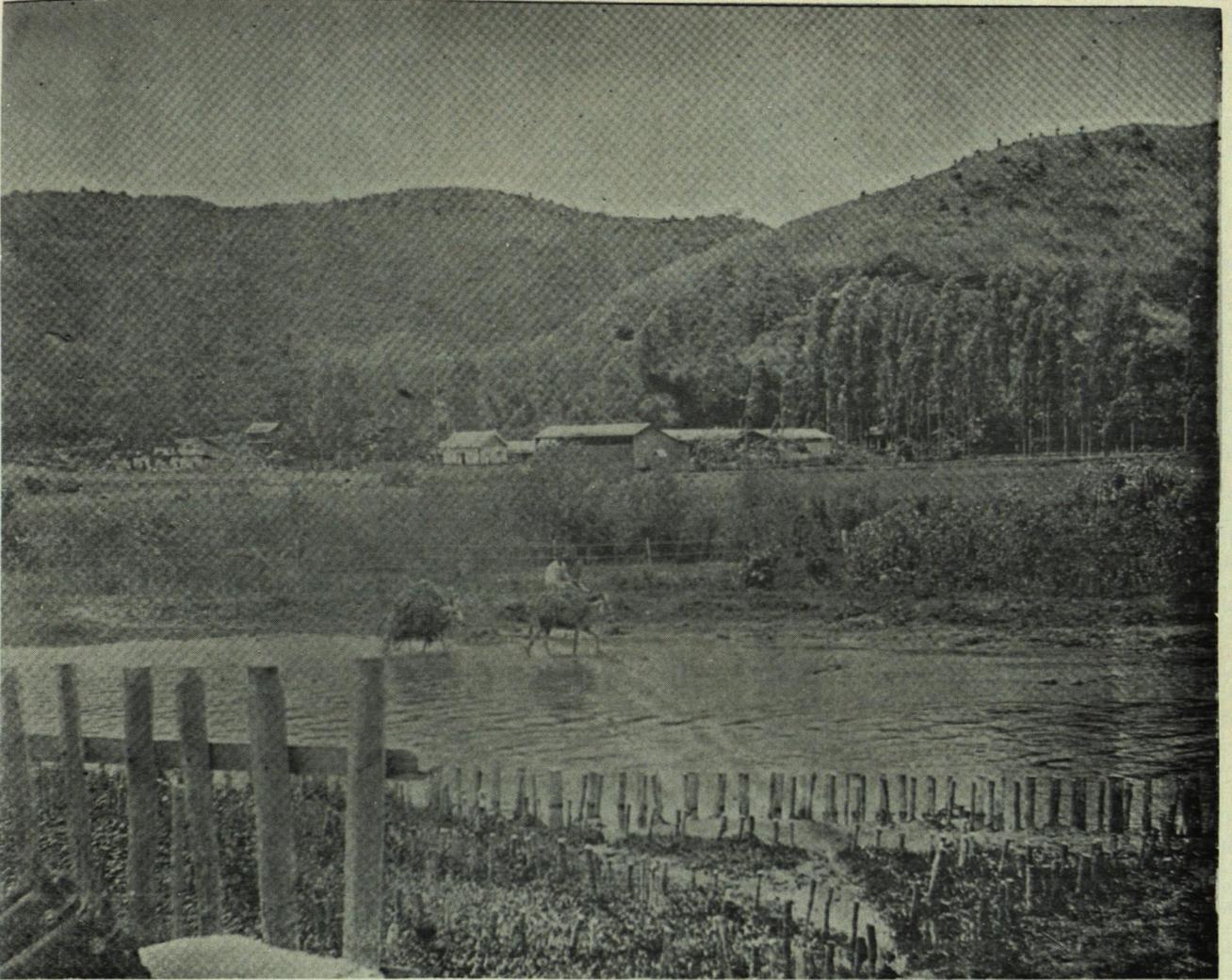
“Era ya tiempo de que llegasen, pardiez. Yo no podía más. Es cosa bien estúpida en un gendarme, pero no puedo negarlo, me desmayé por la pérdida de sangre. Sin embargo, tenía la sensación de que brazos blancos me sostenían, y en lugar del cuchillo pendiente sobre mi cabeza, preveía ahora cómo al través de una niebla los hermosos ojos de Catalina que me sonreían.”

IV

“Ved, pues, como una cuchillada fue causa de un buen matrimonio. No necesito decirlos que mi herida sanó, supuesto que aquí me estáis viendo; pero sanó mucho más pronto, porque fue Catalina quien me asistió. Fue como una hermana de la caridad la *mujer gimnoto*; y cuando estuve en pie: “Topad, me dijo. Yo os gusto, vos me gustáis, y os prometo ser mujer honrada!” La tía Coussac vivía aún; el matrimonio de Catalina fue la última alegría de la buena anciana! Me equivocó: su última alegría fue el juzgamiento y la ejecución del asesino.

“Era éste un yesero llamado Massaloux, que habiéndose presentado en casa de M. Sabourly en busca de trabajo, oyó hablar allí del dinero confiado por el patrón á Leonardo Coussac, y excitado por la cosa, se dijo: “Hé aquí un buen negocio!” Y lo hizo! Solo, sin cómplices. Hombre perezoso, pero enérgico. Después del asesinato, huyó á París. Consumido el dinero, volvió en busca de trabajo. Qué trabajo? Cualquiera, hasta *el rojo*. Apenas se defendió ante el tribunal. Fue condenado á muerte. Antes trató de romperse el cráneo contra el muro de su prisión, diciendo: “Lo mismo da, no será del verdugo!” Pero fue del verdugo! Su famosa mano que, según me dicen, recuerda la de Troppmann se conserva en un local lleno de espíritu de vino en la Escuela de medicina. Vale la pena de ir á verla.

“En la Audiencia—no es por alabarme—el Presidente me felicitó. Digo esto porque es cierto; pero yo no tenía necesidad de tales felicitaciones, ni de nada; pues tenía á Catalina. El día de la boda, sin embargo, mi capitán puso en el ajuar (di-



Río GUAIRE. — Caracas. — [Al Sur de la Ciudad]

go así por el hábito, pues no teníamos tal ajuar) mis charreteras de sargento. Esto sí me agradó.

“Y desde entonces, si queréis ver un hombre feliz, miradme á mí! Han propuesto á Catana contratas para circos como mujer gimnoto. Hasta para ir á Australia, le han hecho proposiciones. Los periódicos habían hablado de su historia, y esto provocaba á los directores de circo, como lo supondréis. Cuando se le habla de esto á Catana, se echa á reír! Mujer gimnoto! Vaya, otros quehaceres tiene ella! Tiene que lavar á los rapazueros, blanquear mis charreteras, cuidar de sus gallinas y manejar la casa. Y todo lo hace marchar en regla, sin exceptuar al sargento..... N6, n6, Catana no es ya artista, pero vive Dios! si alguna vez se cometiese un crimen cuyo autor no se encontrase, confiaría yo más en ella que en todos nuestros sabuesos de la policía.”

V

El sargento desprendió la ceniza de su pipa, y se preparaba á llenar ésta de nuevo, cuando risueña y envuelta en un rayo de sol poniente vino Catalina Tharaud á apoyarse con sus desnudos brazos en la ventana festoneada por la glycina, y con voz alegre:

—Arriba! Marcial, le dijo, la sopa humea, la torta sale del horno! Llama á los muchachos!

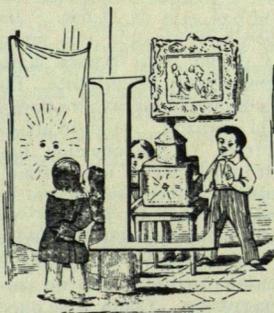
Marcial se levantó, y poniendo sus manos en forma de bocina, gritó á los jugadores.

—Ea, mosquitos, pronto á la mesa! Y como los chicleos acudiesen corriendo, husmeando ya el olorillo de la sopa de coles, el sargento, cogiendo al mayorcito entre sus piernas, y empujando hacia adelante á los otros, se quitó el kepi, nos hizo un saludo, y alegremente se fué á gustar de la sopa caliente y del fresco beso de su Catana.

C. L. M.



EL ESPEJO



—permanecía largas horas en su dormitorio. En esos tiempos agitados, ella vivía sola, con una buena anciana en una casa de campo que le pertenecía por su madre, y que estaba situada en Eillons, cerca de la aldea de Ecouviers, á una legua escasa de la frontera belga. Después de haber pasado gran parte de su infancia y de su adolescencia en este extraviado país, había vuelto á refugiarse en él, á raíz del secuestro de la casa paterna que ella habitaba en Verdun, con su padre el Marqués de Seigneulles, y que había sido confiscada como propiedad de emigrados, cuando el marqués fué á reunirse á la armada de Coudé.

No habiendo agitado aún el espíritu revolucionario á los de Eillons y Ecouviers, la señorita Seigneulles, amada y respetada por todos los paisanos del vecindario, se encontraba en una casi absoluta seguridad.

En la tarde á que nos referimos, después de haber comido, la buena vieja Sebastiana le había contado cosas descabelladas á propósito de visiones y evocaciones. Le había asegurado que colocando un espejo bajo la almohada y pronunciando ciertas palabras, podría ver en la noche, durante el sueño, al hombre á quien habría de amar y con quien se casaría más tarde. Nanín, algo supersticiosa, ardía en deseos de verificar el hecho y por esta razón había subido á su cuarto después de comer. Una vez sola y medio desvestida, tomó un espejo y antes de ocultarlo bajo su cabecera, se contempló en él complacida.

La señorita de Seigneulles entraba en los veinte y cuatro años y su belleza alcanzaba pleno desarrollo. Alta, esbelta “*faite au tour*” como se decía en ese tiempo, preciosos cabellos negros y rizados, grandes ojos pardos, cutis blanco, boca pequeña cuya sonrisa marcaba unos hoyuelos picarescos en las mejillas; y además, la sangre ardiente —herencia de una larga línea de abuelos galantes— y un corazón muy sensible.

Aun cuando se vivía en medio del terror, no por eso se soñaba menos en las cosas del amor, y esta adorable niña, que vivía tan recatada, se lamentaba en secreto de su soledad, y de la falta de pretendientes. Pero qué! si las ocasiones se hacían cada vez más raras; los jóvenes distinguidos que habrían podido enamorarse de ella habían emigrado todos, y ella era demasiado altiva para casarse con un chanflón.

Después de haber sofocado un suspiro de

pena, medio distraída, medio crédula, decidió á pronunciar las palabras sacramentales, que le había enseñado Sebastiana :

“ *Miroir, fais-moi voir en dormant
Celui qui sera mon amant ;* ”

Después colocó el espejo debajo de la almohada, se acostó y se durmió en seguida.

Luégo, casi al instante, se efectuó el encanto. En el primer sueño, vio una larga hilera de cristales en que se agitaba confusa multitud de cabezas extravagantes. Poco á poco los cristales se despejaban, las formas se precisaban, después se refundían en una sola aparición, muy lejana, en la profundidad de una nave de iglesia. La aparición se acercaba lentamente y entonces Nanín distinguió á un anciano con la cabeza cana, las mejillas arrugadas, con traje á la francesa, que se dirigía á ella y le tendía la mano. La idea de que ella estuviese destinada á casarse con un viejo, por lo menos sexagenario, la horrorizó de tal manera que se despertó temblorosa. Tuvo miedo de volverse á dormir y se levantó al día siguiente trastornada por su sueño.

Terminada ya su *toilette*, entró Sebastiana y le dijo, presentándole una carta :

—Señorita, acaba de llegar un señor que desea hablaros y que me ha suplicado os entregue esta carta.

Nanín fijó los ojos en el sobre, y lo rompió precipitadamente al reconocer la letra de su padre. Hé aquí lo que escribía el Marqués de Seigneulles :

“Luxemburgo 30 de enero.

“Mi querida Nanín :

“Este pliego te será entregado por uno de nuestros compatriotas, el conde de Fréhaut, á quien monseñor el príncipe de Condé, acaba de confiar una misión en Lorena. Dale hospitalidad al conde y ocúltalo en tu casa, hasta que él encuentre un medio seguro de cumplir su encargo. El te pondrá al corriente de nuestros asuntos y te dará nuevas de tu padre que te abraza tiernamente.—*François de Seigneulles.*”

Con el corazón palpitante, Nanín se apresuró á bajar á la sala en donde había sido introducido el viajero. Vio á un gentilhombre que parecía pasar de los cincuenta años, envuelto en una larga hopalanda marrón y que se parecía de una manera vaga al viejo de su ensueño. A pesar de su apariencia de vejez, de sus rasgos salientes, y párpados arrugados, el conde tenía ojos vivos; sus finas cejas castañas, contrastaban con sus cabellos grises, que llevaba muy largos y anudados sobre la nuca con una cinta negra.

Después de los ceremoniosos deseos de bienvenida y de algunas noticias sobre la salud del marqués y sobre la situación, el señor de Fréhaut confesó que se hallaba fatigado por haber hecho á pie y de noche la última parte de su viaje, y pidió permiso para tomar un poco de reposo. Luégo que le fué preparada una habitación, Fréhaut se retiró á ella sin reaparecer en todo el día. Por la tarde, habiendo mandado informarse la señorita de Seigneulles, con su criada, de la salud del huésped, éste manifestó que estaba completamente restablecido y que bajaría á comer.

En efecto, como á las siete, se presentó, afeitado, sencillamente vestido con una levitita de paño grueso con doble botonadura, calzones grises almidonados y medias-botas bajas. A pesar de sus arrugas, sus cabellos grises y sus espaldas encorvadas, tenía muy buen aire, maneras distinguidas, cortesía exquisita y vivacidad de joven.

Se pasó al comedor y ambos se sentaron delante de un buen fuego. El *menu*, inspeccionado por la señorita de Seigneulles, era



CUERPO DE POLICÍA DE PUERTO CABELLO

nutritivo y delicado; el vino de Moselle, escogido de la mejor cosecha. El señor de Fréhaut hizo honor á la comida mostrándose como hombre culto y departidor brillante. Tenía una palabra fácil, mucha imaginación y refería con gracia sus aventuras de emigrado. ¡Fue el chispeante vino, al cual no estaba ella acostumbrada, ó bien su juventud y su prolongada soledad, lo que la predispuso á la indulgencia?... A los postres, Nanín comenzó encontrar á su huesped demasiado seductor para un hombre que caminaba hacia los sesenta.

Tomaron el café en el salón, y como el clavicordio estuviese abierto, el señor de Fréhaut preguntó á Nanín si ella era música. A su respuesta afirmativa, él aseguró que en su tiempo él había sido un buen cantante. Nanín le propuso acompañarle y, sin hacerse rogar, él cantó el aria de *Orfeo*: “*Ite perdido mi Euridice.*” Tenía una voz notablemente fresca y joven, que retuvo á la señorita de Seigneulles bajo su encanto. La música, es sabido, conmueve maravillosamente los sentidos y el corazón. Cuando abandonaron el clavicordio, la conversación había tomado un giro más tierno, más íntimo. Siempre guardando el comedimiento que le imponían sus años, el señor de Fréhaut, se había hecho solícito, casi galante; su conversación rozaba discretamente el amor, y sus ojos azules tenían un no sé qué de acariciadores y de penetrantes. Como á las once se retiró después de haber besado largamente las manos de la joven; dejó á Nanín muy turbada, y temerosa de la emoción que le causaba este *tête á tête* con un hombre que tenía más del doble de su edad.

Pasó una noche agitadísima, recordando con placer los más mínimos detalles de la velada, y dejó vagar su imaginación en raros ensueños para sonrojarse luégo de su locura. Su despertar fue agitado, pero de un modo muy distinto.

Al medio día el alcalde de Econviens llegó á Eillons por un camino excusado y advirtió á Nanín que estaba sospechada de alojar á un enemigo de Pitt y Coburg. Unas mujeres perdidas habían visto al señor de Fréhaut entrar en su casa y corrido á denunciarla al comité revolucionario de Montmédi. Una visita domiciliaria era inminente y él venía á prevenirla amistosamente. ¡Qué hacer!

exclamó la señorita de Seigneulles aterrada.

—Es preciso, repuso el buen hombre, desembarazaros cuanto antes de ese peligroso visitante. Hay al extremo de vuestro parque un pabellón perdido entre los árboles; esconded allí á ese señor hasta la noche; al anochecer mi hijo vendrá por él y lo llevará á la frontera por entre el bosque. Después que vuestro hombre haya oído el grito del buho, que pase la ventana del pabellón y encontrará á mi hijo al pie del muro.

Este era, en efecto el único medio de salvación. Nanín, toda temblorosa, fue á instruir al señor de Fréhaut del peligro que le amenazaba; le hizo almorzar rápidamente en su cuarto y lo condujo ella misma al pabellón, donde permaneció con él, estremeciéndose al menor ruido, el oído en asecho y temiéndolo á cada instante ser sorprendidos.

El, por el contrario, acostumbrado á semejantes expectativas, se mostraba filósofo, y no lamentaba sino una sola cosa: abandonar tan precipitadamente su encantadora compañera. Viéndola tan asustada, se empeñaba en calmarla con afectuosas demostraciones, al principio fraternales, después más y más acariciadoras. Las horas de la tarde transecurrieron así, entre alternativas de ansiedad y de melancólica ternura. A pesar de sus angustias, Nanín estaba abatida y triste de ver huir el tiempo tan rápidamente. En febrero la noche viene pronto. Hacia las cinco, la pequeña pieza octógona del pabellón estaba invadida por las tinieblas.

—Vamos, suspiró el señor de Fréhaut, el momento de la separación se aproxima.

Le tomó las manos á Nanín.

—Antes de alejarme, déjeme usted, señorita, darle las gracias por su bondadosa acogida, y jurarle que guardaré de ella un recuerdo eterno.....Hablando la atrajo dulcemente hacia sí.....la besó en la frente, y.....después en los ojos.

Nanín, aturrida, con el corazón oprimido, se sintió presa de súbita languidez. Su cabeza daba vueltas, pero era un vértigo dulce, un deslumbramiento delicioso. De repente sus labios se posaron sobre las mejillas del señor de Fréhaut, que se estremeció y con juvenil ardor la retribuyó



PLAZA DE LA CANDELARIA.—Caracas.—Fotografía de Schaeff

con apasionadas caricias. Durante un momento lo olvidaron todo en un arrobamiento de amor. De repente, el grito del buho repentiniendo en el camino, les recordó la realidad.

—Esa es la señal, balbuceó Nanín, adiós!
El quiso retenerla, pero ella lo rechazó suavemente.

—Partid! dijo con voz suplicante.

Fréhaut saltó por la ventana y desapareció en el oscuro sendero.

Vuelta en sí, inquieta y turbada de semejante debilidad, la señorita de Seigneulles regresó á sus habitaciones. Ya era tiempo; los pesquisidores llegaron. Fueron allí por sus costas, se mostraron muy complacientes y regresaron después de haber bebido liberalmente algunas copas á la salud de la ciudadana.

Nanín se encerró en su cuarto, á fin de sustraerse á las miradas de la vieja Sebastiana. Le parecía que debían leer en su semblante sus remordimientos y sus penas. Soñando siempre con el fugitivo se odiaba mortalmente por esta imperdonable debilidad que la había arrojado en los brazos de un hombre tan viejo como su padre.

Al día siguiente el alcalde vino á tranquilizarla sobre la suerte del señor de Fréhaut.

—El ha pasado la frontera, dijo, sin ser inquietado y mi hijo lo ha conducido hasta Virtou.

—Debía estar molido de fatiga, suspiró la

señorita de Seigneulles. Imaginaos, hacer á pie tan larga distancia, y á su edad.

—A su edad! exclamó el aldeano, soltando una carcajada; ah! si no tiene más de treinta años! El se ha tiznado y blanqueado para no ser conocido; pero una vez en Bélgica, ha arrojado su peluca y nuestro Claudio se ha encontrado cara á cara con un apuesto y bello joven.

—Ah! murmuró Nanín, transformada de nuevo, soñadora y enternecida.....y sus ojos se humedecieron pensando en sus breves instantes de amor que no volverían ya más.

.....
Cuando el conde de Fréhaut regresó á París en 1815, con Luis XVIII, estaba esta vez efectivamente viejo y canoso. El Rey, en recompensa de sus servicios, le nombró inspector de bosques en el país de Messin. Instalado ya, el señor de Fréhaut se informa de la señorita de Seigneulles. Ella había permanecido soltera y vivía siempre en Eillon. El fué á verla, la encontró todavía encantadora á pesar de sus cuarenta y cinco años, y al año siguiente se casaron.

Y fue así que se realizó para Nanín, su visión del espejo.

ANDRÉ THEURIET.



Matrimonio fin de siglo

(POR TELÉFONO)

[POR ALBERTO LADROCAT]

CENTRAL!! . . .
—¡Centra!! . . .
—¿Tiene usted la bondad de ponerme en comunicación con Mr. Delaunay, comerciante en Montrouge?
—Sí, señor.
.....
—¿Es usted Mr. Delaunay, de la casa Delaunay y Compañía, con una Sucursal en Reims?
—Sí, señor. ¿Qué se le ofrece á usted?
—Yo soy Félix Raimond, de la Casa de Banca Raimond y Compañía, domiciliada en Reims. ¿Conoce usted á mi padre?
—De nombre y fama. Tiene, según creo, nueve millones de capital.
—Once, con arreglo al último balance. ¿Conoce usted á mi tío, Mr. Levanut, tratante en harinas?
—¡Ya lo creo!
—En cuatro años ha logrado fundar un establecimiento de primer orden, que goza de un crédito ilimitado. Yo soy su único heredero.

—Sea enhorabuena. Pero . . . ¿a qué viene todo esto?

—Era indispensable, puesto que deseaba presentarme á usted. Y ahora que me conoce, tengo el honor de pedir á usted la mano de su hija Elena.

—¡Cómo! ¿Un paso de este género por teléfono?

—¿Y por qué no? ¿Por qué no hemos de utilizar para el matrimonio, los medios de rápida comunicación que nos ofrece la industria? Usted vive en París y yo en Reims. Un viaje me haría perder dos días, y ya sabe usted que el tiempo es oro.

—Declaro que la petición de usted me honra; pero convendrá usted en que nada puedo contestarle sin haber hablado antes con mi hija.

—Es muy justo.

—Está en casa y voy á referirle lo que ocurre.

—Perfectamente. Yo sigo junto al teléfono.

—¿Es usted Mr. Félix Raimond?

—Sí. Pero ¿qué voz tan admirable es la que oigo? . . . ¿Sería tal vez? . . .

—Sí señor; es la mía. Papá acaba de decirme que le ha pedido usted mi mano y he venido yo misma al aparato á hablar con usted. Es preciso que nos conozcamos antes de casarnos.

—¡Ah, señorita, cuán buena es usted! ¡No puede usted figurarse con cuánta alegría! . . .

—No amplifique usted; podrían cortarnos la comunicación y conviene que no perdamos tiempo. Deseo, ante todo, hacer á usted varias preguntas.

—Las que usted quiera. Estoy á sus órdenes.

—Dice papá que si me caso con usted haré un buen negocio, supuesto que cuenta usted con lo suficiente para labrar mi felicidad.

—Así lo creo, señorita. Entre usted y yo dispondremos de una renta de cien mil francos.

—La cantidad es tranquilizadora. Pero hay otro punto que no deja de preocuparme. Como usted supondrá, quisiera ser amada por mí misma.

—La adoro á usted con delirio.

—¿Cómo es eso, no habiéndome visto nunca?

—En estos tiempos, con los progresos de la ciencia, no hay necesidad de verse para amarse. He visto su fotografía.

—No basta.

—Gracias al cinematógrafo, la he visto á usted andar, correr, bajarse á coger el pañuelo y sonreírse. ¡Qué dientes tan hermosos tiene usted! Le advierto que la he visto por medio de un aparato de proyección en Dieppe, en el momento en que salía usted del baño.

—¡Cállese usted, por Dios! . . .

—Nada quiero decir de su deliciosa voz de soprano.

—Si usted no me ha oído cantar . . .

—Sí, Elena. Su tía de usted, madame Dubonnet, tiene un fonógrafo. Los cilindros 3 y 4 reproducen dos romanzas que usted detalló una noche con un gusto exquisito. Llamo yo de entusiasmo, las hice repetir por el aparato.

—¿Sería una indiscreción el preguntarle cuánto pesa usted?

—Ayer eché diez céntimos en un automático y vi que peso 68 kilos.

—Yo peso 57. Esto es muy importante para cuando viajemos en *tandem*, en cuyo caso hay que equilibrar la carga. ¿Sabe usted patinar?

—Sí, Elena, de un modo muy notable.

—Yo también, y por lo tanto, formaremos una buena pareja. ¿Qué estatura tiene usted?

—Un metro sesenta y cinco. ¿Le gusta á usted?

—Mucho. ¿Tiene usted buenos pulmones?

—Son de hierro. Dentro de dos días ten-

dré el honor de remitir á su padre de usted una prueba fotográfica de mi persona, obtenida por medio de los rayos catódicos.

—Creo, francamente, que pudiéramos convenirnos. Papá le contestará á usted. Yo me retiro.

—Soy Delaunay, y tengo el gusto de participarle que su petición ha sido acogida favorablemente. Desde aquí envío un abrazo telefónico á mi yerno.

—¡Cuán feliz soy! ¿No oye usted las palpitaciones de mi corazón?

—Sí, las oigo.

—Desde hoy escribiré á Elena diariamente. Posee un excelente aparato, con el cual se imprimen tres palabras por segundo. El día de la boda utilizaré un carruaje automóvil.

—Es usted un hombre verdaderamente práctico.

—Y ahora, para terminar. Averigüe usted si Elena está dispuesta á que hagamos en globo nuestro viaje de boda.

—Se lo preguntaré, por más que esté casi seguro de que no ha de tener ningún inconveniente en ello.

Idilio

DE "PEREGRINACIONES DE UNA ALMA TRISTE"

POR JUANA MANUELA GORROTI [Argentina]

Departiendo así, sentadas bajo el algarrobo al lado del fuego, la puestera acabó de asar en una brocha de madera un trozo de vaca; vació en una fuente de palo santo el tradicional *api*; molió en el mortero, rociándolos con crema de leche, algunos puñados de *mistol*, y hé ahí hecha la más exquisita cena que había gustado en mi vida, y que ella sirvió sobre un cuero de novillo extendido al lado de la lumbre. En seguida fué á llamar á su marido y á mis conductores, que platicaban sentados al sol poniente; y acomodados como pudimos, en torno de la improvisada mesa, hicimos una comida deliciosa, sazónada con la inocente alegría de los niños y los chistes espiritualísimos de los dos elegantes gauchos.

El huerfanito se hallaba entre la puestera y yo. Aunque la buena mujer lo miraba con la misma ternura que á sus hijos, había en la actitud del pobre niño cierto encogimiento, y en la mirada que alzaba hacia su bienhechora, una triste sonrisa . . .

La algarabía de los niños y el alegre canto de las charatas, me despertaron al amanecer del siguiente día.

Mis compañeros tomaban mate sentados al lado de una gran fogata, en tanto que se asaba sobre las brasas el inmenso churrasco que había de servir para su almuerzo.

Nuestros caballos ensillados, pero libres del freno, pastaban la grama salpicada del rocío, que crecía en torno de la casa.

La puestera cogió una torta debajo del rescaldo; ordeñó á dos vacas, y me dio una taza con sopas, desayuno exquisito que había probado yo hacía mucho tiempo.

Eran apenas las siete de la mañana, y ya aquella excelente madre de familia había barrido su casa, arreglado los cuartos, lavado y vestido á sus niños, molido el maíz, puesto las ollas al fuego, regado la sementera y sentándose al telar.

Nada tan plácido como la vida doméstica entre estos sencillos hijos de la naturaleza, para quienes la felicidad es tan fácil de conquistar.

¿Un mancebo y una muchacha se enamoran? únense luégo en matrimonio, sin preocuparse de si ella no tiene sino una muda de ropa y él su *apero* y su *chiripá*.

¿Qué importa? La joven novia lleva en docte manos diestras y un corazón animoso.

Danzado el postrer *cielito* de la boda y apurada la última copa de *aloja*, el novio deja la casa de sus suegros llevando á la desposada en la grupa de su caballo y va á buscar el abrigo de alguna colina ó en la ceja de un bosque el sitio de su morada.

Los vecinos acuden. Las mujeres ayudan á la esposa á confeccionar la comida, los hombres al marido á cortar madera de la selva.

Unos plantan los horcones, otros pican paja; éstos hacen barro; aquéllos atan las vigas con lazos de cueros frescos que cubren con cañas y barro preparado, echándole encima una capa de juncos.

Y hé ahí la casa pronta para recibir á la nueva familia.

Los vecinos se retiran dejando prestados á él un par de bueyes y un hacha; á ella dos ollas, dos platos y dos cucharas.

El marido corta tuscas en las cañadas inmediatas, las trae á la rastra y forma con ellas el cerco del rastrojo; ara la tierra y siembra maíz. Ella siembra en torno al cerco algodón, azafrán, zapallos, melones y sandías. Toma luégo arcilla negra, la amasa y hace cántaros, ollas, artesas y platos. Sécalos al sol, los apila en pirámide cubriéndolos de combustibles, los quema; y hé ahí la vajilla de la casa.

La sementera ha crecido; las flores se han convertido en choclos, maíz, zapallos, sandías y melones.

Hé ahí el alimento que consumen y venden para comprar tabaco, hierba, azúcar, velas y el peine de un telar.

El algodón y el azafrán maduran; abre el úno sus blancas bellotas, el otro las suyas color de oro. La nueva madre de familia los cosecha. Su ligera rueca confecciona con el úno, desde el grueso pábilo hasta la finísima trama del cendal, que ella teje para sus vestidos de fiesta; de la estofa con que arregla los de su marido, desde la bordada camisa hasta el elegante chiripá teñido de rosa con las flores del azafrán.

Diciembre llega, y con el cálido sol de este mes la dulcísima algarroba y el almibarado *mistol*, que la hija de los campos convierte en *patay*, pastas exquisitas, que quien las ha gustado prefiérelas á toda la repostería de los confiteros europeos.

De todo esto vende lo que le sobra; con ese producto compra dos terneros *gauchos*, y plantea con ellos la cría de ganado vacuno. Poco después, merced á las mismas economías, adquiere un par de corderitos; la base de una majada, conque más tarde llena sus zarzos de quesos y su rueca de blanca lana, á la que da luégo, por medio de tintes extraídos de las ricas maderas de nuestros bosques, los brillantes colores de la púrpura, azul y gualda que mezcla en el urdimbre de *ponchos* y cobertores.

Y cuando el trabajo de la jornada ha concluido, llegando lá noche, y la luna desliza sus rayos al través de la fronda de los algarrobos del patio, la hacendosa mujer tórnase en una amartelada zagala y sentada en las sinuosas raíces del árbol protector, su esposo al lado y entre los brazos la guitarra, cántale tiernas endechas de amor . . .

—¡Qué feliz existencia!—pensaba yo, alegrándome de aquella poética morada.

Tal fuera mi suerte, si antes que despertara el corazón, no me hubiesen arrancado al suelo de la patria. Unida á uno de sus hijos con el triple vínculo de las ideas, las costumbres y el amor, mis días habrían corrido tranquilos como ese arroyuelo que susurra entre la grana.

Y volviendo una mirada al tormentoso pasado, mi labio murmuraba la doliente exclamación de Atala: ¡Felices los que no vieron nunca el humo de las fiestas del extranjero!



VISTA TOMADA EN LA PLAZA DE LA CANDELARIA. — Caracas. — Fotografía de Schaeff

Recuerdos

(FRAGMENTO)

[POR ANTONIO R. ALVAREZ]

HACE ya algún tiempo que aprovechando el mes de vacaciones me trasladé en busca de aires puros y saludables á uno de esos pueblecillos deliciosamente pintorescos que, en medio á la sonora frondosidad de nuestros valles, levántanse ingenuos y sencillos.

Salí de la ciudad, muy de mañana, con un cielo donde las luces de la aurora no habían bordado sus arabescos de colores,

ni trabajado sus primorosas filigranas de matices y rumores, un cielo pálido, frío y triste, ensuciado á trechos por nubes grises que perezosas y lentas se movían, formando en algunos puntos amontonamientos vergonzosos.

El camino, al principio desierto, poco á poco fue llenándose de ruidos; gritos de carreteros, chirridos de ejes, voces de gañanes, tañidos de campanas y pataleos sordos de ganados que azorados, tumultuarios y locos empujábanse desordenadamente, camino de la pradera lujuriente.

Hasta entonces velado por la bruma, el sol, en una como soberana explosión de augusta cólera, rompió de un solo golpe, casi brutalmente el espeso y plomizo cortinaje de los nubarrones ingratos, y empezó á arder en los espacios azules rojo, espléndido, llameante,

inundando con los torrentes de su luz, cumbrés y simás, lomas, vericuetos y senderos.

Multitud de aves negras comenzaron á empañar con la noche de sus plumajes la diáfana transparencia del aire sereno, en tanto que alegres pájaros y alas policromas de mariposas rozaban con gentileza el palio triunfal de los follajes y la garbosidad delicada de las corolas ingenuas.

Hubo un momento en que la nostalgia de la familia, de los amigos y del medio que con su cultura y civilización nutría mi espíritu, hicieronme volver la vista hacia atrás; pero, en balde, porque mis ojos no encontraron lo que por vez postrera querían ver.

Las cúpulas de la ciudad, borroso el perfil, casi esfumado, desaparecían en la vaguedad azulada de la lontananza misteriosa, y por todas partes no vi más que arrogancias victoriosas de frondosos ramajes, montes lujosamente bañados por la gloria de claridades pomposas y coloraciones ardientes de un cielo estallante en sonoridades.

Andando sin cesar, y cuando caballo y caballero rendíanse á la fatiga, divisé, al salir de un recodo del polvoriento camino, el campanario esbeltamente gracioso de la aldea.

Rebosante de júbilo sacudí las bridas de mi cansada cabalgadura, que avivando el paso, no tardó mucho en entrarse ufana y llena de confianza por una callecita estrecha y sin empedrar.

Recuerdo que llegué por la tardecita, á la hora melancólica del crepúsculo, tan llena de recuerdos y dolorosos presentimientos.

En la parte superior del blanco y esbelto campanario, una cruz abría sus brazos, y, en ellos, enredado como finísimo hilo de oro, el último rayo de luz.

Hasta el tranquilo y silencioso recinto del

lugar, llegaba en ese instante claro y amable, el sonido de la esquila de los rebaños que correteaban alegremente por el verde alfombrado de la llanura, en el aire dormido agitaban sus alas de seda, ráfagas fugitivas, cargadas de olores agrestes, golondrinas candorosas voloteaban piando en el ambiente perfumado, frondas voluptuosas estremecíanse ligera y rumorosamente con la fresca y adorable charla de los pájaros que se dormían, flores de acacia, opulentamente rojas, cantaban la estrofa gloriosa del deseo, mientras que arriba, en la profunda, apacible y desolada melancolía que inundaba los cielos, un tímido lucero abría sus áureos párpados.

Aquella estrella derramando su lumbre ideal desde el fondo del firmamento tibio, aquellos matices castamente delicados que teñían suavemente algunos puntos del horizonte, el canto monótono y desmayado del pastor que guiaba el rebaño al aprisco, y por último, el campanario minúsculo, airoso y mohino, lleno de fragilidades en medio de su monísima arrogancia, determinaron en mi espíritu una impresión honda y sagrada de tristeza.

Reinaba un silencio tan solemne, tal ausencia de movimiento y ruido había en la aldea que, á no ser por las sencillas y bondadosas gentes que me miraban pasar desde la puerta de sus humildes habitaciones, hubiérame creído en la vecindad de los cipreses y las tumbas.

Poco después, de la inmensidad en calma, descendió lenta, majestuosa y funeraria la callada tiniebla, madre del misterio . . .

Caracas: 1897.

De la última hornada

[POR JOAQUÍN DICENTA]

—“No le quepa á usted duda; el secreto de la vida está en divertirse, sólo en divertirse; sin descuidar, por supuesto, lo que á nuestras comodidades y á nuestro porvenir se refiere.”

Así se expresaba un joven de veintidós á veintréis años, asiduo concurrente á cierto café donde asisto yo todas las tardes, como quien asiste á una cátedra; porque si el café constituye en la mayoría de los casos un centro de holganza y un congreso de maldicientes, puede también resultar, para algunos, un observatorio de hombres como otro cualquiera.

Aquel joven era, y sigue siendo, mi tertulio de mesa; yo me complazco en escucharle porque representa de hecho y de derecho la última hornada de nuestra juventud, y ¡qué demonio! bien se pueden perder dos horas averiguando cómo razonan y cómo discurren los que á la vuelta de algunos años han de influir en los destinos de la patria con el esfuerzo de sus músculos ó con los productos de su inteligencia.

Viste el mozo á quien me refiero con irreprochable elegancia. Entre él y los figurines de sastrería sólo existe una diferencia; los segundos no hablan, mi tertulio lo hace por los codos. Si esta diferencia resulta favorable para los figurines ó para mi amigo, cosa es difícil de averiguar; yo al menos reservo cuidadosamente mi opinión. Su indumentaria, repito, es de última moda y ajusta á maravilla en su cuerpo débil, sobre cuyos hombros descansa una cabeza de ojos perezosos, y de cutis pálido, no con esa palidez mate y saludable que acusa la energía de un temperamento nervioso; sino con esa otra palidez blancuzca y enfermiza que sirve de manifiesto al desplome de un organismo deshecho, por abusos propios y por males hereditarios. Yo contemplo siempre á este individuo con íntima tristeza, porque me parece que él y cuantos iguales á él circulan por calles, salones y teatros, son los últimos esputos de una raza que sucumbe con el raquitismo en la sangre y el desequilibrio en el cerebro.

—¿Conque divertirse, eh? ¡Nada más que divertirse!—exclamé, repitiendo las últimas palabras de mi interlocutor.

—Así como suena—repuso él. De sobra he hecho perdiendo seis años en estudiar á tropezones una carrera que me dé posición oficial en el mundo; ahora que tengo el título pienso gozar todo lo que pueda y hasta donde mis recursos me lo permitan; por algo hay en la corte mujeres hermosas y maridos simples, y padres imbéciles, y centros de placer; por algo soy yo joven. ¡Qué diablo! Los hombres como yo no han nacido para el trabajo. Que trabajen las bestias y los jornaleros; que discurren los filósofos; que inventen los sabios. Yo no me ocupo en tales disparates.

—¿De modo que piensa usted dedicar su vida entera á divertirse? ¿Que no tiene usted otros propósitos? ¿Que de joven, como lo es usted hoy, y de hombre maduro, como lo será usted mañana, y de viejo, porque á viejo llegará usted si no se muere, está decidido á hacer lo mismo, sin preocuparse de otra cosa?

—¡Quiá, no señor! Soy hombre práctico. No me lanzaré á esos desenfrenos públicos, y casi siempre inofensivos, que perjudican el bienestar y el porvenir de algunos infelices. Si yo tuviera una fortuna inmensa, acaso lo haría; pero no la tengo. Cuando lo juzgue necesario y útil á las contingencias futuras de mi vida, me casaré.

—¿Para constituir un hogar dichoso? ¿Para enaltecerse por el trabajo? ¿Para mirar?

se en los ojos de una mujer bella y virtuosa? ¿Para tener una compañera en sus alegrías y un consuelo en sus infortunios? ¿Para.....?

—¿Quiere usted callar! hombre, ¡quiere usted callar! ¿Quién se casa en el mundo para eso?..... Lo que menos me importa á mí es que mi mujer sea guapa, y buena y humilde; lo que necesito yo ante todo y sobre todo, es una mujer rica; tampoco me opongo á que sea tonta; miel sobre hojuelas. Con esposa de tales condiciones podía seguir divirtiéndome sin temor á miserias ni á contradicciones. En sabiendo cubrir las formas—de esto yo me encargo—se consigue la felicidad. Si mi mujer es fea, pagaré con mi dinero, ó con el suyo (para el caso es igual), una querida hermosa que satisfaga mis apetitos. Tendré buena casa, buena mesa, caballos en la cuadra, un coche á mi disposición, amigos que me agasajen y me adulen; trabajaré poco, ó mejor dicho, no trabajaré nada; sólo que á fin de no merecer entre mi familia renombre de holgazán, procuraré habilitarme un despacho pertrechado con todos los requisitos de fórmula, desde una mesa muy grande, un tintero casi tan grande como la mesa, hasta una biblioteca llena de libros de todos los autores, clases é idiomas.

—¿Piensa usted entregarse á la lectura en sus ratos de ocio?

—No, señor. ¡Lecturas!..... ¿A qué fin? Los versos me fastidian, las novelas me aburren, la ciencia me empalaga. ¿Qué me importan á mí los sentimientos traducidos por un poeta en renglones cortos, que siempre me suenan á huecos? ¿De qué valen esas pinturas de costumbres, que hacen los novelistas condenándolo todo y sin arreglar nada? ¿Qué se me da á mí de los inventos modernos? ¡Inventos!..... Con utilizarlos cuando los necesite, tengo bastante..... Lo de la biblioteca lo haré por lujo y nada más; se lo juro á usted sinceramente.

—No reclamo el juramento, amigo mío; le creo á usted bajo su palabra de honor.

—Muchas gracias.

—¿Siendo usted tan poco aficionado á la literatura, aborrecerá también el teatro?

—El teatro es distinto; en el teatro hay gente, se lucen trajes, joyas; se habla, se murmura..... Como entretenimiento no me parece mal. Palco en la ópera no ha de faltarme, si mis deseos se realizan; y para solaz del espíritu, ahí están los teatrillos de hora, que son una deliciosa institución. Lo que sí le prometo á usted con toda mi alma, es no asistir á los teatros donde se representen dramas y comedias serias. No pienso frecuentarlos más que en días de estreno, y eso para ver si logro reventar la obra y matar al autor á silbidos.

—También lo creo, joven; no necesita usted esforzarse en demostrarlo; pero permítame usted una pregunta. Fuera parte de la querida que á diario le aburre, de la ópera que toca cada tres noches y de los teatrillos por entregas; usted, que ni lee, ni estudia, ni se molesta en discurrir, ¿cómo piensa emplear su tiempo?

—¿Cómo?..... Dedicándolo á otras cosas, las cuales, sobre no valer menos, entretienen más. Dos horas de sala de armas no hay quien me las quite; manejo la espada, el florete y la pistola regularmente, y no quiero perder el costumbre: así, cuando tenga una de esas cuestiones de amor propio, que nunca faltan en el gran mundo, mataré á mi contrario: esto proporcione fama y prestigio; desde la sala de armas saldré á dar un paseo á caballo, porque soy buen jinete, no he descuidado mi educación, y los días de aburrimiento me iré á caza; también soy un cazador notable.

—Me felicito de ello; siendo buen jinete, buen cazador y esgrimidor famoso, puede

usted prestar grandes servicios á la patria, acudiendo á salvarla el día que se encuentre en peligro.

—¿La patria!..... ¿Y qué es la patria? ¿Por ventura existe? La patria se encuentra en cualquier sitio donde uno pueda vivir tranquilo y satisfecho. ¡Defenderla! Que la defiendan los soldados y la gente de poco más ó menos; bueno que esta idea se emplee para conmovir á las masas; para adquirir popularidad; pero sacrificarse por ella es un absurdo; claro que yo no diré tales cosas cuando me nombren diputado; hablaré de la patria todos los días y en todos mis discursos, y haré lo que hacen muchos, la mayor parte de los que la invocan; llevarla en los labios y suprimirla en el corazón.

—¿Magnífico! Eso se llama tener práctica y experiencia, y espíritu sagaz y calculista. Por supuesto que cuando usted ocupe un escaño en el Congreso de los Diputados, no lo hará ansioso de proteger los derechos del ciudadano, los intereses del país, las libertades públicas, el progreso, etc.....; se servirá usted de esas palabras en obsequio propio, y llegará á ministro, porque usted llega á ministro de seguro, para satisfacer su vanidad y el apetito de unos cuantos adulares.

—Justo. Ha interpretado usted mis sentimientos á maravilla.

—¡Basta, joven, basta!—exclamé estrechando entre mis brazos, con tanta fuerza que casi lo ahogo, á aquel representante de la moderna juventud—basta, no siga usted; tiene usted razón que le sobra. ¡El secreto de la vida está en divertirse! ¿Para qué sirven todos esos nombres huecos de amor, virtud, justicia, patria, civilización y progreso? ¿Qué es la ciencia sino una carga insostenible? ¿Qué es el arte sino una mentira estúpida? Nada, nada; yo felicito á usted cordialmente desde el fondo de mi corazón. Buenos trajes, buenos caballos, buena mesa, buena salud y buenas queridas; lo demás, ¿qué importa? Adelante, amigo, adelante, y si alguien le dice que con tales ideas y con tan pobre juventud las naciones se estancan y los pueblos desaparecen, diga usted que por muy de prisa que vayan las cosas, usted no ha de verlas.....

La mariposa

POR PEDRO PABLO FIGUEROA [Chileno]

Su cuna fue un capullo de brillante seda blanca, que se mecía, como haz de luz, en el cáliz de una rosa amarilla, en risueña mañana primaveral.

Los resplandores del trópico alumbraron su primer despertar, al recibir en sus pupilas la inmensa claridad de los horizontes, y las melodías de la naturaleza entonaron el himno de la vida y la alegría al batir sus alas de mil colores.

El aliento, saturado de aromas, de las brisas ardientes de los climas equinocciales, dio á sus alas movimientos eléctricos y un rayo de luz del sol fue el camino iniciado de su peregrinaje por el mundo.

Su viaje semeja un fantástico sueño. Panoramas encantadores, paisajes infinitos, campos bordados de flores y salpicados de caprichosos lagos se presentan sin interrupción á sus ojos absortos en la contemplación de aquel cuadro maravilloso de la creación.

Ella, la ideal mariposa, hija del néctar exquisito de los cálices primorosos y del calor del trópico, vuela sin cesar por los espacios, recorriendo los horizontes como una diminuta estrella de variados colores luminosos, pequeño girón de arco iris con alas.

Conmovida por el espectáculo que la arrastra hacia lo desconocido, siente, en el fondo



GRUPO DE ALUMNAS DEL COLEGIO NACIONAL DE SEÑORITAS.—Mérida

de su peto de mil luces, que como coraza de colores la cubre, ansias angustiosas de goces y placeres infinitos é inmortales.

Huérfana, sin madre y sin hermanas, padeciendo las desdichas de su edad de oruga asquerosa y despreciada, anhela encontrar otro sér tierno y dolorido como el suyo para confundir con él su amor y su destino.

Cruza los horizontes batiendo sus alas sobre vergeles y arroyos, como astro de pétalos de luz, que impulsa fuerza misteriosa é invencible.

De improviso se detiene en su rauda vuelo y siente una emoción intensa que la agita.

Ha visto pasar fugaz un picaflor, que le parece una flor alada, y cautivada por sus encantos, se lanza en pos de esa delicada avecilla de los jardines.

El picaflor devora las distancias con rapidez que asombra, dejando detrás de sus ágiles alas un rastro de colores como reflejo de sus mosaicos de plumas.

La ardiente y delicada mariposa lo sigue enloquecida de seducción, dominada por el deseo de alcanzarlo y posarse sobre sus alas que se le imaginan pétalos de flor mágica y fantástica.

Así volando sin reposo, á través de climas y paisajes, sobre mares y desiertos, la infeliz mariposa lo pierde de rumbo, pues el picaflor vuela con mayor rapidez porque es más vigorosa la energía de sus alas tornasoladas, y va engañado por aromas del polo, á sucumbir en las nieves sobre el cáliz de una violeta roja que se columpia en los témpanos de hielo.

La mariposa enardecida y delirante de amor sin fin, torna su mirada hacia un esplendoroso rayo de luz que se desprende del sol en toda su majestad en el centro del espacio y se precipita sobre él para bañar sus alas en su fuego devorador.

Aquella fiebre del ideal que la domina y la impulsa en pos de una ilusión y de la esperanza, le muestra en lontananza un panorama de luz que deslumbra sus pupilas.

Las praderas de esmeraldas ya no atraen sus deseos.

El abismo inmenso del espacio la arrastra con el vértigo de su delirio luminoso.

Cual una flor con alas, semejante á un astro de pétalos de luz, asciende en el horizonte temblorosa y ahelante.

Alma de aromas, vuela tras la luz como efluvo de flor en pos de la atmósfera de fuego y de vibraciones que cubre los espacios.

Enamorada del rayo de sol, recorre el universo infinito sin encontrar el palacio maravilloso que sueña en el confín del horizonte eterno.

Como el ideal, tras de una fascinadora ilusión, vuela la mariposa en pos del rayo de luz.

Aquel destello luminoso deslumbra sus pupilas y la arrastra con el poder misterioso de su atracción invencible.

Es el amor de lo infinito que la impulsa en pos de la luz de su ideal.

Así vuela, vuela sin cesar, desvanecida de amor, con la pasión por guía y el insensato anhelo de goce sin fin en el peto luminoso, plegando sus alas en un suspiro al sentirse consumida por el fuego del sol.

Su cuerpo de reflejos de luz y de colores, cae en fina lluvia de polvo de flores en el espacio, desvaneciéndose en los horizontes como efluvo de aromas.

Párrafos sueltos

—
Para mi cartera

(POR CÉSAR A. MÁRMOL)

Por fin me encuentro en la ciudad Primada. Aquí está, eternamente circuida por el mar azul como una novia en los brazos de su amante. Aquí está, tendida muellemente á la orilla del Ozama como hermosísima odalisca que se hace lavar los pies por su eunuco predilecto. Aquí está, con la frente coronada de palmares, á semejanza de una Venus india surgiendo de las olas que acarician esta nueva Citeres antillana.

He recorrido sus calles seculares y contemplado sus antiguas construcciones. He visto sus reliquias más gloriosas y visitado sus sitios más históricos. He leído sus hechos legendarios y admirado sus épicas grandezas!

Aquí he sentido aletear mi pensamiento, y, como el que abre la puerta de su cárcel á una avecilla prisionera, le he dado libertad para que vuele. Y ha volado, y, des-

pues de recorrer soledades infinitas, se ha detenido en la copa del árbol del recuerdo para dominar desde allí el espacio dilatado de la historia.....

Allá va la sombra de un guerrero. Un nuevo Alcides sin túnica y sin clava. Lleva por casco un cerquillo de plumas vistosísimas y por armas el arco poderoso y la aljaba inagotable. Es el belicoso cacique de Maguana: el indómito Caonabo.

Allá va la sombra de una reina destronada. Lleva en desorden la negra reluciente cabellera. Los signos de un dolor profundo se pintan en su rostro y vierte lágrimas sobre las ruinas de un reino desolado. Parece una nueva Raquel que llora por la muerte de sus hijos. Es la digna esposa del guerrero: la bella cuanto infortunada Anacaona.

Allá está la sombra de un mancebo, de pie sobre una altísima montaña. Un joven que se corona de rayos en el Sinaí de la gloria. Un adolescente que se transfigura en el Thabor de los libres. Un niño que delira en el Chimborazo de la inmortalidad. Es el último casique de Quisqueya. El último que protesta con las armas en la mano contra la dominación española. El que tiene por pedestal de su fama las cúspides del Baborrucó: el simpático Enriquillo.

Así, en procesión solemne y silenciosa, va viendo desfilar mi pensamiento las sombras de los héroes y las siluetas de los conquistadores.

Al bravo Guarionex vendiendo cara su vida en la traidora hecatombe de Jaragua.

Al indomable Hatuey abandonando las playas de su patria antes que doblar la cerviz al yugo del conquistador.

Al rebelde Cotubana ná refugiándose en la Saona para resistir, con un león perseguido por numerosa y cruel jauría.

Y al valeroso Guaró, el sublime indio, quitándole la vida en presencia de su vencedor y diciendo, en un excelso arranque de heroísmo: ¡muero libre!

Allá en el fondo, en el lejano horizonte del pasado, después de un lago de sangre en que flotan mil cadáveres, se mecen blandamente, sobre el dorso del océano, al suave impulso de las brisas tropicales, las gallardas carabelas del inmortal descubridor.

Y qué ha venido á ser de todo éso?

Un puñado de polvo, reliquia santa que se conserva en tabernáculo sagrado, es lo que queda del insigne genovés.

La vieja Catedral, bajo cuya bóveda austera y silenciosa parece que han de tropezarse las plegarias de los que viven con las almas que flotan de los que dejaron de ser.

El antiguo convento de San Francisco, que parece decir al caminante: viajero, detén tu paso y saluda la morada que dio asilo al intrépido Enriquillo!

El palacio de Don Diego, que trata de tenerse en pie como un viejo titán á quien hace tambalear el empuje de los siglos.

La ceiba centenaria, donde, según la tradición, amarró el egregio navegante, quien sabe si con propias manos, sus históricos bajeles.

Y la punta de La Torrejilla donde estuvo preso y lleno de cadenas el revelador de un mundo y padre de la América. Allí está, irguiéndose como un fantasma en el fondo del tiempo y el espacio para condenar la injusticia de los hombres. Hay una cosa que no perece nunca, que es eterna como el caminante maldito, é incansable como el ojo de Caín: el severo veredicto de la historia.....

Ahora: las caudalosas corrientes de la vida moderna desbordándose en el antiguo cauce de las generaciones pasadas. El progreso, con su aliento de gran reformador, soplando sobre el polvo de las edades históricas. Y el tiempo, con su larga y eterna clámdede de siglos, borrando las huellas de todo lo que ha caído en el seno de la eternidad.

Sólo la vieja Clío conserva los sucesos en sus archivos empolvados, y sólo ella seguirá comunicando á las generaciones venideras la palabra sagrada de la imperecedera tradición.

Salve, salve, predilecta de Colón, primogénita del Continente y cuna de la civilización americana!

Santo Domingo: 1897.

Escritores Mexicanos

LUIS G. URBINA

[POR MARIO GARCIA KOHLÝ]

Su nombre en esta galería es un tributo impuesto por la justicia y un homenaje por la admiración rendido.

En la brillante pléyade de escritores que avaloran con sus producciones el preciado tesoro de las letras mexicanas, tiene Urbina lugar predilecto, preferente puésto.

Muy joven, á la edad en que las reputaciones más prematuras comienzan á alborear, tímida, pálida y dificultosamente, su fama—cimentada por sus méritos—descansa ya, orgullosa, sobre el subido pedestal que le erigen legítimos triunfos y aplausos merecidos.

Cuando las tendencias predominantes de la anémica y torpe escuela decadentista tornaba á múltiples bardos en triviales rimadores de palabras rebuscadas, y un ficticio é inmotivado pesimismo convierte á otros en seres gembundos, cuya musa atristadora y descontentadiza sólo formula quejas y emite gemidos, Urbina, sin enlodarse en el pantano cenagoso de la vulgaridad, alba como el armiño su imaculada lira, surgió resuelto de entre el montón mediocre, que á comprenderle no acierta, triunfando con sus versos, sonoros y galanos, donde el fuego, el vigor y el ardimiento de la inspiración corren parejas con la pureza del sentimiento y la gallardía de la frase, y en los que la personalidad literaria de su autor resplandece y se destaca engrandecida por sus merecimientos y agigantada por las comparaciones.

Poeta por naturaleza, periodista por temperamento; la inspiración suprema, persistente, que en todo sér el deseo persigue; ese secreto ideal que en Lady Macbeth, aquella ambición hecha mujer, era la riqueza y que no acertó á apagar el crimen; que en Fausto era la ciencia y que no logró satisfacer el incesante estudio; que en Napoleón era el poder y que no bastó á acapararle sus continuados triunfos..... en Urbina es la gloria, que, más afortunado que la sombría dama, que el anciano doctor y el inmortal caudillo, ha ceñido ya sus sienes con el cingulo de oro de los elegidos.

La *Carmen* y *Juan*, dos poemas modelos, le han otorgado títulos y derechos asaz legítimos á esa su condición privilegiada. Estudios psicológicos de alta observación y meditado análisis, ambas traducen y expresan, de impecable modo, complejas y anómalas situaciones anímicas, diferentes estados pasionales en dos seres, magistralmente esbozados en pinceladas divinas, y dotados, merced al derroche de talento del poeta, de toda la plasticidad de las figuras reales.

Ese difícil empeño, esforzadamente intentado y victoriosamente conseguido, sirve para poner de manifiesto, en su afortunado autor, sus condiciones de sagacidad y pericia, á las que no escapa una minucia, un pormenor, un detalle; sus cualidades de narrador gallardo, que, con valentía descriptiva, torna sus impresiones en coloreadas estereotipias, y, finalmente, sus dotes de pensador profundo que esmalta sus párrafos con juicios filosóficos, conceptos elevados é ideas nobilísimas.

Como escritor de combate, en la candente lucha del periodismo diario, también ha

obtenido Urbina éxitos envidiables. Las columnas de *El Universal* y hoy las de *El Mundo* llenas están de sus artículos valientes y ardorosos referentes á los sucesos políticos ó á las cuestiones sociales más arduas y complicadas.

Nosotros, en estas líneas, saludamos en Urbina á uno de los adalides más brillantes de la actual generación literaria mexicana.

Las confidencias del arco-iris

[POR RAFAEL DEL VALLE]

AL DOCTOR G. DELGADO PALACIOS

La nube rodaba espesa y sombría sobre las cumbres de Occidente.

Hubiérase dicho que la noche, al abandonar el espacio perseguida por el albano, había concentrado en la nube toda su abrumadora oscuridad y quería dejarla, como representante de su pavor, hasta su vuelta futura.

De pronto el aire matinal empezó á conmovier y á diluir sus contornos, á disminuir su densidad, á hacerla más movable en lo alto de la atmósfera: el sol naciente ya, orló con pinceladas de cobre los plomizos festones; una lluvia, sutil y ligera comenzó á desprenderse de su seno y un gigantesco semi-círculo, teñido con claras tintas de diversos colores, la circunscribió de repente, como el arco triunfal levantado en el cielo á la majestad de la lumbre matutina.

¿Qué era aquel arco? ¿Qué pincel invisible, empapado en tan luminosas coloraciones, lo trazaba con precisión matemática en tan breve tiempo?

Ah! para el creyente bíblico, una prueba de que la cólera divina había quedado satisfecha: una promesa solemne de que jamás las aguas de un nuevo diluvio volverían á subir ni un codo sobre los montes.

Para la fecunda imaginación Helena, un Dios alado que ponía en relación inmediata á los hombres y al Olimpo.

Para un poeta, el beso chispeante de la luz á las gotas del agua cristalina.

Para el naturalista, para el físico, una refracción; el tránsito de esa luz, que al caer unida y blanca sobre el prisma, lo atraviesa dejando en libertad á cada uno de los manojos coloreados que la constituyen; porque la luz blanca zenital es la síntesis de esas coloraciones que en el seno del prisma desatan los vínculos de su incomprensible unión, para mostrar, separados, el sorprendente ropaje que las viste y formar con él, en las alturas de la atmósfera, la atrayente visión del arco-iris.

Y ese consorcio, del agua prisma y de la luz colores, no se verificaba solamente en las lejanías del cielo. Al precipitarse el torrente, como río del aire, sobre las rocas del abismo, desmenuzando allí sus linfas y orlándolas de espumas, la luz bajaba también, como atraída por inevitable simpatía, á entretejer en los cristales sus variados matices.

Y en cada gota del nocturno rocío entre hojas y flores engarzada y en cada arista temblorosa y diáfana, y hasta en la tenue red de hilos de plata que en el aire borda el predictor arácnido, agrega el iris los encantadores cambiantes de su paleta inagotable.

Como el vapor de agua desde el fondo de la marmita, como el zic-zac del rayo en los desvaríos de la tempestad, como la caída de la manzana al disecarse el peciolo que la sustentaba, como la oscilación acompasada del péndulo, sin mecanismo previo que lo impulse, así también en el seno de las maravillosas combinaciones del arco-iris moraba un hada carifosa, dispuesta á hacer á

los oídos inteligentes, trascendentales confidencias!

La hora de la audición llegó por fin: la naturaleza, madre bondadosa, guarda sus secretos, pero no se niega nunca á revelarlos al que con tenaz y persistente empeño los inquiera.

La flor de luz, desarrollada en el prisma, deshojó sus pétalos en la mano suplicante del sabio, y su mirada, favorecida por la lente, ese nuevo sentido de que el hombre civilizado dispone para inspeccionar los abismos de lo infinitamente pequeño, se fijó en una extraña serie de líneas que entrecruzaban las impalpables cintas de colores.

¿Qué significaban esas líneas? Por qué no aparecían siempre del mismo modo ni de idéntica forma? ¿Cuál era la causa oculta que producía su variabilidad, mientras continuaba estable y permanentemente el color en cuyo seno se producían?

El problema así planteado empezó á caminar directamente á su resolución.

Las rayas no provenían del acto de la refracción, era preciso referir su origen al foco mismo de donde la luz partía.

Tocaba á los tanteos de la experimentación el comprobarlo.

Bastó un ligero ensayo para adquirir la evidencia.

Si en una llama, de donde por medio de un prisma de cristal se tomaba el espectro, se quemaban sustancias químicas diferentes, el investigador que observa las líneas misteriosas notaba en el acto que estas líneas cambiaban también al ser cambiadas las sales que en la llama ardían.

El fuego consumía ó volatilizaba esas sustancias; pero ellas, en los reflejos que con su concurso producían, iban dejando huellas de su paso y de su personalidad y encomendaban á la engalanada mariposa del iris el llevar á lo lejos, entremezclados á los matices de sus alas, los caprichosos anagramas de sus nombres.

Ya no era necesario adivinar: era suficiente leer.

Cada rayo de luz encerrado en el ingenioso instrumento llamado espectroscopio, convertíase en una página, en la cual, con sencilla nomenclatura, aparecían clasificados los elementos químicos auxiliares de la combustión, por más alejados que se hallasen.

En el orden científico no hay linderos que designen la detención y el descanso. Hay que borrar de sus columnas el abominable *non plus ultra!*

El descubrimiento de un principio es el principio de otros nuevos.

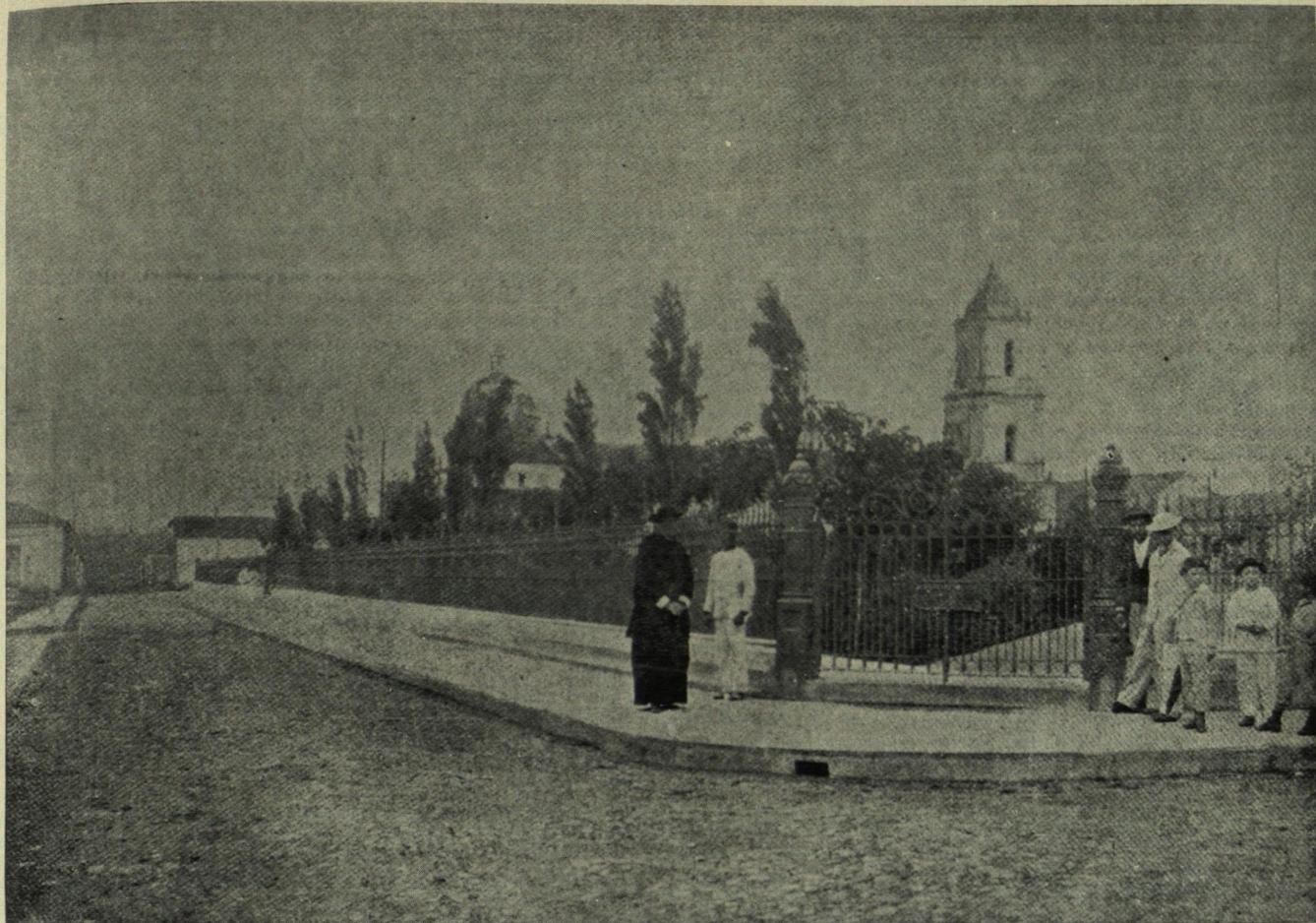
Como el semita de la leyenda, tiene sobre sí la hermosa condena del progreso sin treguas. Al sentarse en la piedra del camino, la oscuridad la envuelve y tiene que correr para recuperar las horas perdidas en el estéril reposo.

Del análisis espectral verificado en el relicario del instrumento óptico, era inminente seguir, por medio de la generalización de la ley conocida, la escala de nuevas investigaciones.

Así es cómo con el auxilio de ese convincente método experimental se ha volado, en breve tiempo, desde la cuna informe de la alquimia al laboratorio químico, desde las supersticiones de la astrología á las comprobaciones matemáticas del astrónomo, desde Ptolomeo á Copérnico, desde Leuwenhoeck á Pasteur.

Si el prisma ó el espectro examinado en el espectroscopio, podía revelar la clase de sustancias que, al quemarse en una llama distante, le daban origen, ¿qué inconveniente habría en aplicar el mismo procedimiento al examen de la luz emitida por los astros?

De qué extraños elementos estará formado ese inmenso volcán de inagotable comburen-



PLAZA DE LA CONCEPCIÓN.—Barquisimeto— [Vista tomada por el Naciente]

cia que sostiene encadenados en su torno sistemas planetarios y difunde sobre ellos el calor y el movimiento y la vida?

¿Qué llevará en su seno ese disco variable, pálido sol de las noches, que atraviesa el espacio como barca de plata sobre muerto lago de plumizas ondas, y con su claridad induce á la meditación y al recogimiento?

¿Qué materia sutil y misteriosa será la que titila, con cambiantes de faro celeste, en el inquieto Sirio, el más rico joyel que prende en las regiones del Sur el manto de la noche?

La curiosidad es madre de la observación: buscad y encontraréis, ha dicho el sabio; y la ciencia, más previsora que Prometeo, no agrupó montañas para subir por ellas á arrebatarse el fuego sagrado de la diestra del Tonante, sino que acechó la luz, la sorprendió en su marcha en los espacios, y desgajando algunos de sus haces, los aprisionó en su urna de cristales para escuchar allí el secreto de que era portadora.

Jamás una revelación tan portentosa había tenido lugar en la conciencia humana!

Fue el instante sublime de la fraternidad interplanetaria! La comprobación de la unidad del Universo!

Y pudo el feliz investigador decir al mundo, con el alborozo del eureka del siracusano: las distancias han desaparecido: los millones de leguas que del astro rey nos separaban, son nada más que un breve salto para la luz omnipotente, que desprendida de aquellas combustiones gigantescas trae en sus alas el polvo de las sustancias que las engendran, y llega hasta nosotros transformada en los labios multicolores del iris, á revelarnos los sublimes secretos del infinito!

¡Preparaos á recibir con su beso luminoso la confirmación de las hipótesis presentadas por los espíritus soñadores!

El oxígeno, sostenedor de la vida: el hidrógeno, que en unión del primero teje la cuna al rudimentario protoplasma: el carbono y el ázoe, que combinados con aquellos en síntesis cuaternaria constituyen la materia elegida para la sensibilidad y el movimiento, se acumulan allá, en el seno de los astros, en cantidades inmensurables, bajo las mismas leyes, con igual destino sin duda al que sirven y cumplen en nuestro pequeño planeta!

Qué inmenso campo de deducciones por analogía se desarrolla á la evidencia de tan hermosas premisas!

¿Quién será capaz de atreverse á refutarlas ó á contradecirlas!

A la igualdad de formas, á la matemática semejanza de cielos, á la identidad de leyes que rigen atracción y movimientos de los astros, impulsados juntos en su eterna caída, á través de los espacios, agregadles igual constitución físico-química, de donde saltaréis sin esfuerzo á semejantes condiciones fisiológicas, productoras de actos psíquicos adaptables al lugar y tiempo en que se desarrollan y tendréis la certeza de que, poblando esos mundos que flotan en el éter, bullen también humanidades sin número que realizan objetos y destinos incomprensibles á la limitada inteligencia terrestre!

Un alga sola, flotando en el océano, bastó para afianzar al predictor marino en su profético anuncio de la existencia de un mundo que no tardó en surgir con los esplendores de un paraíso ante los ojos fascinados de las incrédulas turbas: una raya imperceptible sobre el haz matizado del es-

pectro, es la sílaba políglota, con que el iris de la ciencia, más poderoso que el de las tradiciones semíticas, más divino que el de las deificaciones mitológicas, cruza veloz el ámbito infinito empapado en sublimes confianzas.

FELIPE II Y SUS DETRACTORES

(VINDICACIÓN HISTÓRICA)

Continuación

El autor del *Estudio Histórico* que refutamos pone especial complacencia en enarrar todas las peripecias del llamado proceso de Antonio Pérez. A nosotros nos toca demostrar cuán indignos de crédito son los testimonios allí aducidos, cómo carecen por completo de autenticidad las piezas que se ofrecen cual pruebas irrefragables de la culpabilidad del Monarca y alguno de sus consejeros, cuánto de calumnioso tienen los asertos con que se atribuye la profesión de ciertas horrendas máximas á los doctores católicos del siglo XVI; cómo, en fin, no le corresponde en manera alguna el título de Proceso al fárrago generalmente así denominado, el cual, por consiguiente, queda desprovisto de toda autoridad histórica, resultando radicalmente nulos los argumentos que de ahí se tomen para infamar la memoria de Felipe II.

Comencemos planteando desde luego esta pregunta: ¿Existe el manuscrito original del proceso de Antonio Pérez? Pregunta á la

cual podemos dar incontinenti respuesta negativa. Nó, aquel documento primitivo, que sería la fuente inequívoca de autenticidad en el asunto, no existe, ó por lo menos, hasta hoy no se le ha podido hallar en ningún archivo: tal es el resultado de las investigaciones de los eruditos, y el señor doctor Domínicí mismo lo declara cuando, después de haber minuciosamente relatado los infinitos incidentes de la causa criminal de Antonio Pérez, remata su labor con este párrafo: "El proceso de Antonio Pérez fue quemado por disposición testamentaria de Felipe II. Temió el fallo de la posteridad." Es decir, que el autor del *Estudio Histórico* destruye con su última plumada todo el edificio que construyera para escarnecer al Monarca Prudente, y después de conducir como deslumbrados á sus lectores por el intrincado laberinto de las más horribles maquinaciones, desvanece de súbito el prestigio echándoles á la cara esta burlesca conclusión:—He explotado vuestra candidez; todo no ha sido sino fantasmagoría pura, pues nada de lo que he dicho se puede comprobar!

Porque, en fin, si por confesión de los propios detractores de Felipe II faltan las pruebas fidedignas de sus imputaciones, claro está que la máquina de ellas ha de venirse abajo irremediable y estrepitosamente.

Mas, se nos argüirá, en defecto de la documentación original pueden existir copias auténticas, revestidas de los caracteres que la buena crítica reclama, y las cuales produzcan la fe histórica en el espíritu del investigador. A esta objeción contestaríamos en seguida, apoyados en la aseveración del doctor Domínicí, que es inadmisibles la existencia de tales copias; pues si el Rey, temiendo tanto el fallo de la posteridad, mandó destruir el proceso original, asimismo impediría se sacasen copias de él y recomendaría se destruyesen cuantas pudiera haber, á fin de que no quedasen ni rastros de su pretensa infamia; disposiciones que indefectiblemente se cumplirían, como se cumplió la primera.

Pero poseemos razones más directas y convincentes aún para demostrar la inexistencia de aquellos verídicos testimonios. En efecto, aunque corren validas, con el nombre de Proceso de Antonio Pérez, una compilación impresa y varias manuscritas, de donde escritores de menguado criterio ó de demasiado prevenidos contra Felipe II han tomado materiales para denigrar del católico Monarca, dichas obras no resisten el riguroso examen de la crítica, y una vez estudiados los caracteres de autenticidad que debieran ofrecer, visto que á ninguno se amoldan, quedan relegadas á la categoría de groseros fárragos, por completo indignos de la seria atención del hombre erudito.

Ese trabajo ha sido realizado concienzudamente y nada más tenemos que hacer sino resumir aquí sus conclusiones. Por ellas se viene en conocimiento de que los llamados Procesos carecen de todas las condiciones indispensables para constituir autoridad: porque no presentan los requisitos legales que certifiquen la autenticidad de la copia, ni ofrecen el proceso en su totalidad sino grandemente mutilado, faltándole muchas de las piezas esencialísimas y conteniendo algunas diferencias esenciales en las diversas colecciones; no siendo en realidad sino un relato de la causa, hecho sin consulta del original, hasta el punto de que el narrador, al propio tiempo que transcribe una sentencia, se muestra ignorante del fundamento de ella. Y hagamos notar de paso que esta misma ignorancia, que para el buen crítico es señal indubitable de desautorización del pretense Proceso, forma en concepto del doctor Domínicí otro cargo furibundo contra los jueces de Antonio Pérez, á quienes execra porque "cuando descienden hasta especificar la calidad del cuchillo con que

debía ser decapitado el cadáver, guardan absoluto silencio sobre las razones que motivan el sangriento fallo." ¿Es posible que se oculte á un jurisconsulto experto que eso no puede ser el verdadero Proceso y que, por tanto, no debe atribuírsele la infalible certidumbre que se le confiere para denigrar de Felipe II y de quienes entendieron en la complicada causa de su famoso Secretario?

Además de los defectos arriba indicados, compruébase que los llamados Procesos no son sino simple é interesada narrativa de algunos episodios de la causa, observando que en sus páginas van intercaladas multitud de notas, advertencias, aclaraciones ó adiciones extrañas á tal linaje de documentos, así como se ofrecen gran número de piezas recortadas ó alteradas y otras desprovistas de la forma acostumbrada en lo jurídico; y todo con el propósito visible de hacer resaltar la inocencia del reo. Una de las cosas que más llaman la atención en los fárragos á que nos venimos refiriendo, es la forma dubitativa que el narrador emplea al dar noticia de los hechos más esenciales: *Parece ser* es su frase favorita. Ni menos sospechoso se muestra cuando, al hablar de ciertos papeles importantísimos, no dice cómo fueron habidos ó recurre á mafosos é increíbles arbitrios para explicar su aparición.

Examinados, por otra parte, los caracteres intrínsecos del consabido Proceso, resulta igualmente inaceptable como testimonio fehaciente: porque no consta de las piezas que serían esenciales para incoarlo, y cuando, según ya hemos dicho, contiene una sentencia, sólo expresa dudas acerca del delito; pues unas veces dice que "*parece* fue por la muerte de Escobedo" y otras que "*no parece que fue por dicha muerte.*" Lo cual da motivo al sabio autor á quien seguimos en esta exposición, para decir tan justa como donosamente: "Lo que á mí me *parece* y debe *parecer* á quien no carezca de sentido, es que por confesión propia el anónimo autor que en 1788 publicó la *Narrativa*, ni conoció ni tuvo á mano las piezas que formaron el Proceso criminal de Castilla contra Antonio Pérez." Consideradas asimismo atentamente cada una de las partes que componen aquella *Narrativa*, adquiérese la certeza de que todas adolecen de gravísimos defectos, que las ponen en contradicción con las teorías y prácticas judiciales de todos los tiempos y, por ende, las declaran indignas de fe.

Si se mira ahora á la fecha de tales colecciones y á la firma que las autorice, con la misma plenitud de evidencia resplandece nuestra conclusión. Porque tanto el impreso como los manuscritos pertenecen á una época recentísimas, la segunda mitad del siglo XVIII, y si algún otro manuscrito hay que remonte algo más en el tiempo, no pasa, por decisión de los peritos en la materia, del año de 1714. Cuanto á la firma responsable, no existe sino la de don Antonio Espinosa, editor del Proceso impreso en 1788. Pero ¿cómo hubo él los originales de tal publicación? Nada se sabe de cierto, mas se sospecha fuese por conducto de don Antonio Valladares de Sotomayor, quien, por aquella época, insertaba en su *Semanario erudito*, cuanto manuscrito le caía en las manos, sin cuidarse poco ni mucho de su valor literario ó histórico, ni del autor de quien provenían, ni siquiera del sujeto que se los entregaba. Baste, para muestra de su discernimiento, la nota con que publicaba uno de esos manuscritos: *No sabemos el (autor) que lo es de ésta. Nos la dio un sujeto que no conocemos, para que la insertásemos en nuestro periódico.*"

¿Cuál origen debe señalarse, pues, á las monstruosas compilaciones que corren por el mundo con el nombre de "Proceso de

Antonio Pérez"? Si se considera que la mayor parte de los documentos allí incluidos, y los más principales, fueron primeramente publicados por el mismo delincuente en sus *Relaciones y Memorial*, no hallándose otro indicio de la existencia de ellos que esas interesadas afirmaciones; si se observa que en todo el curso del célebre "Proceso" se sigue paso á paso á Pérez en aquellas sus exposiciones; si se tiene en cuenta que el criminal Secretario publicó en tierra extranjera, al amparo y servicio de los enemigos del Rey Prudente, multitud de libelos infamantes contra éste; si se reflexiona, por último, en la marcada insistencia del narrador en proclamar la inocencia de Pérez, objeto á que encamina todas sus notas y advertencias, motivos fundadísimos se tienen para inferir que el tan manoseado Proceso no es sino la obra fantástica de los enemigos de Felipe II, quienes, valiéndose de los datos esparcidos por el Secretario en sus apologías, confeccionaron aquellos fárragos, pero hilvanando tan mal las piezas que, como se ha visto, no resisten el más ligero esfuerzo que se haga para descoserlas. Tal es la consecuencia á que llega el crítico imparcial, cuando sabiamente aplica los principios científicos al estudio del asunto que nos ocupa; por donde queda con absoluto rigor lógico establecido ser nulos y de ningún valor los argumentos que, para desacreditar á Felipe II, se toman del mal llamado proceso de Antonio Pérez, siendo más bien contraproducentes todas las demostraciones que partiendo de semejantes datos se expongan.

Pues bien, han sido tan averiados elementos los que han servido al señor doctor Aníbal Domínicí para escribir el *Estudio Histórico* en cuya refutación nos ocupamos; éso lo que constituye la materia prima de aquellos artículos con que, en estilo asaz castizo é insinuante, mantuvo sugestionados por algún tiempo á lectores ya prevenidos y á quienes fácilmente se podían hacer aceptar cuantas monstruosidades se atribuyeran á Felipe II. Fue allí donde supo del odio encarnizado de Mateo Vázquez contra Antonio Pérez, odio que sólo consta por la palabra de este último, pues los documentos auténticos que se conservan y ha publicado don Gaspar Muro, manifiestan á las claras que tal animosidad no existía. Fue allí donde se informó de las vacilaciones con que don Felipe procedía en el curso de la causa, cuando los mismos mencionados documentos comprueban que el Rey se mostró siempre inflexible en que el proceso continuase, no habiendo otras alternativas de rigor y blandura sino las que naturalmente debían provenir, por una parte de la falta de pruebas convincentes sobre el asesinato de Escobedo, mientras no se tuvo la declaración de los mismos homicidas, y por otra de la indecisión en que debía hallarse el Monarca por causa de las constantes súplicas interpuestas en favor de Pérez por varones tan autorizados como el Presidente de Castilla, don Antonio Pazos, y los memoriales que hasta él hacían llegar los muchos amigos y valedores del prisionero Secretario. Basta tener en cuenta estas circunstancias para comprender cómo aquella causa no podía ir sino muy despacio, pues surgiendo de continuo ante el criterio del Rey tan encontradas razones, era preciso proceder con pies de plomo si se quería obrar con perfecta rectitud y que la sentencia definitiva fuese conforme á estricta justicia. Y hagamos notar aquí cuán limpia debía estar la conciencia de Felipe II en lo relativo á la muerte de Escobedo, pues si alguna complicidad tuviera en dicho crimen, buena oportunidad habría tenido de librarse de las acusaciones de Pérez, con sólo acceder á los apremiantes ruegos de sus amigos, en vez de aferrarse en la prosecución del proceso.

Fue asimismo en los analizados farragos donde el doctor Domínic supo la enemistad que á Pérez profesaban ¡cosa bien singular! todos cuantos intervinieron en su causa, como el juez Vázquez de Arce y su acompañante Juan Gómez. La verdad de semejante inquina sólo la atestigua Pérez, cuya palabra—pues él era la parte interesada y se proponía aparecer como inocente—debe tenerse por muy sospechosa, y, sin embargo, eso no obsta para que se le crea sin vacilar! Fue allí, finalmente, donde el doctor Domínic aprendió todas las peripecias del celebrísimo drama, con cuantos episodios novelescos lo adornan, sin excluir las disputas entre la potestad eclesiástica y la civil, y en que brilla el talento del autor en la obligada diatriba contra la Inquisición, repitiéndose á este respecto las soserías de siempre y, en el afán de vindicar á Pérez, santificando sus malas ideas y pésima conducta. ¿Cuándo se resolverán los adversarios del Catolicismo y sus instituciones á estudiarlos por propia cuenta, dejando á un lado á los oráculos de la impiedad á quien tan servilmente siguen?

Seríamos interminables si hubiéramos de ir desmenuzando una á una las aseveraciones del doctor Domínic en su *Estudio Histórico*, y por esto sólo nos referiremos aquí particularmente á los documentos que ahí se insertan y que pueden ser considerados como el eje principal de los cargos contra Felipe II y las enseñanzas católicas en aquella época. Tales documentos son: una carta del Padre Chavez, confesor del Rey, á Antonio Pérez, donde le aconsejaba descubriese la verdad de lo ocurrido en el asesinato de Escobedo, y una esquila del Rey al Juez Vázquez de Arce, por medio de la cual ordenaba á Antonio Pérez manifestase los motivos que habían existido para disponer aquella muerte.

PRO. N. E. NAVARRO.

CRONICAS LIGERAS

ELECCIONES

Desde que se dijo elecciones ha huido la tranquilidad de muchos hogares; y hay multitud de familias que no se ocupan sino de los futuros directores de la cosa pública. Todos los días me pregunta la esposa de Piñonete quién será el Presidente de la República.

—El demonio que lo averigüe, señora, suelo contestarle.

—Y ¿cree usted que á Piñonete le quitarán el archivo?

—Según.....Eso depende.....

—Ay, amigo! No gana una para sustos. Yo por eso vivo diciéndole á mi marido: —"Piñonete, avísate; haste de unos realitos para asegurar la tranquilidad de la familia."

—¿Y él qué dice?

—El siempre con ese carácter que Dios le ha dado.....Figúrese usted que el otro día le ofrecieron quinientos pesos para que dejara sustraer un expediente del archivo, y no aceptó.

—¡Qué bárbaro!

—Eso digo yo. Como si con honradez fuéramos á mandar al Mercado.

—Exacto, señora, exacto.

—Quién sabe como nos va á ir con este cambio de Gobierno.

—Y ahora que hemos estirado el período presidencial hasta cuatro años, sin contar la tendencia á irrespetar la ley, el que se *pele* tendrá para rato.

—Dios nos vea con ojos de piedad.

—Amen.

Con muy distinta disposición de ánimo esperan muchos electores el resultado del proceso.

Hay quienes se saben de memoria las frases con que van á cumplimentar á su candidato el día que tome posesión.

—Vamos viento en popa, me decía uno de éstos no hace mucho.

—¿Ajá?

—Ayer recibimos un pronunciamiento firmado por lo más notable de Carayaca. Y una comunicación de nuestro candidato, en la cual nos dice que no tiene á todos en el corazón, que no desmayemos en nuestra propaganda, y que él no aspira sino es á hacer el bien del país.

—A mí me parece que ese es el hombre que conviene; francamente.

—¿Por qué no se viene usted con nosotros?

—Le diré á usted.....yo.....es decir..... Ya hablaremos después.

Tengo un amigo, mozo avisado, que posee el más abundante repertorio de cábalas eleccionarias.

—Huye de las candidaturas con mucha música, me ha dicho. La música suele ser funesta.

—¿Lo crees tú?

—Lo sé por experiencia. Recuerdo que fui vecino de un candidato cuyos partidarios parecía que se habían propuesto conmover al país por medio de serenatas.

Que llegó el doctor, serenata; que se fue el doctor, serenata; que dijo algo el doctor, serenata.

En el zaguán se tocaba la pieza que es de rigor para que se sorprenda el favorecido; salía éste con el gorro en la mano deshaciéndose en cortesías hasta que se llenaba de sectarios el corredor. Luégo se abrían las válvulas de la elocuencia eleccionaria, y destapábanse litro tras litro de entusiasmo líquido "tres estrellas." Esto, todas las noches.

—¿Hasta que el hombre fue á la Presidencia?

—No; hasta que lo metieron á la cárcel.

—¡Demonio!

—Como lo oyes. Ve ahora á fiarte de músicas prematuras.

JABINO.

PAGINAS PARA LAS DAMAS

(COLABORACIÓN ESPECIAL DE «EL COJO ILUSTRADO»)

Rumbos de la moda—Las damas europeas—El carnaval y los disfraces—Madrid triste—Una hija de reyes—En Cimiez—La condesa de Bureta—Rumores palatinos—"La nueva Eva"—El movimiento feminista en Francia—Por la mujer y contra la mujer.

Madrid: 7 de febrero de 1897.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Caracas.

Breves momentos de tregua, amadísimas lectoras, ofreceré dentro de pocos días el Carnaval, á las habituales ocupaciones de la moda, tregua que seguramente será aprovechada por la amable diosa del buen gusto, para completar el plan de las risueñas novedades primaverales. Queda descartada desde luégo, por ahora en Europa, la descomposición de los talles cortos, que se adivinaba en lontananza. Nadie quiere admitirlos, pues las damas se hallan sobradamente convencidas de que la esbeltez, aumentada cualquiera que sea la edad, por hechuras á propósito, nunca se pone tanto en evidencia, como merced á los talles largos y á las faldas muy estrechas y ceñidas en las caderas. Y hasta un punto tal se acentúan estas corrientes, que tampoco la elegancia europea se muestra propicia á adornar con volantes los bajos de los vestidos. En efecto, los adornos dispuestos en esta forma aumentan el volumen de la figura, y sería una lás-

tima que hacia esa evolución se inclinara la moda, en desacuerdo completo con el arte.

Los disfraces que parecen indicados para disfrutar de más favor, durante el próximo Carnaval, acusan sobre manera la variedad característica del gusto moderno. A la Mitología se recurrirá poco, sin duda por hallarse el tema un tanto gastado, pero el poético reino de Flora, así como los trajes de época, gozarán de resuelta predilección en las esferas más elegantes. Tendremos disfraces de *Hada de las rosas*, de *Ceres*, algunos de *Margarita*, muchas de *Pompador* y *María Antonieta*, sin olvidar los simbólicos de *Noche*, *Aurora* y *Estaciones*, buscando en la interpretación de todos ellos la novedad consistente en que los atributos del emblema destaquen en la cabeza, contentándose los trajes con reproducir los colores sin ser preciso sujetarlos al convencionalismo de la hechura. El progreso fin de siglo en todo se demuestra, lo mismo en los trajes serios que en los destinados á la bulliciosa temporada del Carnaval, fecunda en toda suerte de locuras.

Madrid, sin embargo, no acusa por esta vez grandes deseos de divertirse; ni un solo baile aristocrático de trajes se anuncia, y respecto á las diversiones carnavalescas de carácter popular, quedarán, es seguro, reducidas á cero, por las tristes circunstancias que atraviesa España. Aunque otra cosa digan aquellos que se gozan abriendo hondos abismos entre la gran familia humana, la aristocracia se compenetra también de los dolores del pueblo, y el magnate á quien sus riquezas y comodidades ponen á cubierto de las duras necesidades del pobre, se siente vulnerado también con el peso de esas dos guerras, que arrebatan y agostan en flor la juventud vigorosa de nuestro pueblo. Así que la tristeza es general, y nadie, ni ricos ni pobres, acertamos á sacudir sus lobregueces.

Una dama augusta acaba de bajar á la tumba, dejando entre nosotros el suave perfume de sus modestas virtudes. Nos referimos á la infanta María Luisa Fernanda, duquesa viuda de Montpensier y hermana de la reina Isabel. De carácter dulce y tranquilo, partidaria resuelta de los goces del hogar, quizá porque le tocara en turno nacer cerca de un trono, al que azotaron de continuo las tempestades de la Revolución, esa hija de Fernando VII, jamás se viera contaminada por las ansias locas, que la ambición engendra; prefirió siempre á los peligrosos resplandores de la realeza, los goces tranquilos de la obscuridad, eligiendo la hermosa Sevilla por morada predilecta, donde rodeada de amor, respeto y simpatía, han transcurrido los mejores años de su vida, sustrayéndose de continuo, por el prestigio de sus virtudes, á los azarosos vaivenes que informaron los días de cuantos individuos constituyeran su regia estirpe. Nunca con más razón, que al tratarse de la infanta Luisa Fernanda, pudo compararse á una mujer virtuosa y buena, sin el menor asomo de ambición, á la humilde y bella violeta, que vive feliz en la soledad de los prados.

Muy pronto, la anciana reina de Inglaterra y emperatriz de la India, celebrará el 50 aniversario de su advenimiento al trono, fecha que la augusta señora considera la de sus bodas de oro con su amado pueblo, pero antes pasará los días más hermosos de la primavera en Cimiez, linda ciudad edificada á una milla de Niza, donde en el mejor hotel se preparan actualmente cincuenta habitaciones para la soberana y su séquito. Las varias estancias que ocupará la reina tienen el encargo de amueblarlas los más hábiles fabricantes ingleses que se proponen realizar verdaderas maravillas de comodidad y buen gusto. En el jardín del hotel se amontonan primores nunca vistos; las especies más raras y más bellas del mundo de los perfumes y de los colores, teniendo presente en primer lugar, la afición, el apasionamiento de la anciana reina por las flores, y además la benignidad incomparable de aquel clima.

Según son de virtuosas las reinas, así se complacen en llamar á su lado también, á aquellas damas de reputación intachable, que constituyen el noble orgullo de su raza. Decimos esto, precisamente recordando que acaba de ser nombrada dama particular de la reina regente de España, una Palafox y Guzmán, de la casa de Ofiate, que lleva el título de condesa de Bureta, por haber sido su marido nieto de aquella célebre condesa de Bureta, que se portó como una heroína cuando los franceses sitiaron á la inmortal Zaragoza á principios del siglo. La nueva dama de honor, es señora cuyas virtudes corren parejas con su alta ilustración, y del fondo de la capital aragonesa ha venido á sacarla la regia distinción, á fin de que en la corte y al lado de la reina brillen sus no comunes méritos, haciendo honor por lo mismo la elección á la favorecida, tanto como á la esclare-

cida soberana, que ha evidenciado al elegirla, que conoce y aprecia lo bueno y sano de nuestra noble raza.

No son pocos los periódicos extranjeros que se entretienen en hacer conjeturas, respecto al casamiento, que consideran probable, de la princesa de Asturias. Temprano nos parece para tratar de esa materia; la hermana mayor del Rey de España es muy joven todavía, aun no ha sido presentada en la corte, ni viste de largo. Su augusta madre, que naturalmente ha de tener la iniciativa en tan delicado asunto, no piensa en él, de momento, sin duda creyendo con perfecto acuerdo, que apenas la regia niña llega á los linderos de la juventud y del amor, siempre fecundos en sinsabores para la mujer, cualquiera que sea la esfera social donde la coloca el antojadizo destino.

No queremos hablar á nuestras queridas lectoras venezolanas, del libro que acaba de dar á la estampa el escritor francés Mr. Blois, con el título de *La nueva Eva*. Baste decir que pretende resolver el problema femenino, emancipando á los cuarenta años á la mujer, tanto de la tutela del marido como de los deberes relacionados con los hijos. Discuten nuestros vecinos, los franceses, el libro y la tesis que sostiene, con el apasionamiento que les es natural, pero la opinión sensata no admite, ni puede admitir aquellas terminaciones absurdas, que más parecen ir en contra que en favor del sano progreso de la mujer.

No cabe desconocerlo; cada día se acentúa más en Francia el movimiento feminista, rasgo determinante de los deseos de lucha y de transformación que atosigan á nuestro siglo. No faltan entusiastas apóstoles de la independencia femenina, y acaso de momento, los vanos resplandores de sus utopías logren deslumbrar á las impresionables muchedumbres, pero desengañémonos, todo adelante en la mujer, que determine la ruina del hogar y el fraccionamiento de la familia, ni puede aceptarse ni nos llevaría á un progreso verdadero. Como en la naturaleza, hay en la humanidad leyes fundamentales que no pueden destruirse, sin que á su destrucción siga el desquiciamiento de cuanto hay de verdaderamente noble y grande en la tierra.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

ACADEMIA FRANCESA



l discurso de recepción de M. Gaston Paris en la Academia Francesa, á continuación inserto, versa sobre la vida y obra de M. Pasteur. Es una bella é interesante monografía de este ilustre sabio, justamente considerado como el representante más conspicuo del genio francés.

Esta pieza literaria ha merecido los aplausos de la ilustre Corporación, por la claridad de la forma, la fuerza y elegancia del estilo, y el irreprochable método observado en el estudio de la colosal labor de aquel genio. Y el discurso de contestación de M. Joseph Bertrand, Presidente de la Academia, partiendo de especulaciones puramente literarias, más se ocupa de hacer el panegírico del candidato entrante, que de refrendar, con apreciaciones adecuadas al asunto, el homenaje tributado por su antecesor á la memoria del ilustre sabio.

Varios órganos de la prensa literaria de Francia reprochan al representante de aquel Cuerpo que el honor nacional no le inspirase en aquella ocasión ideas más elevadas y apreciaciones más justas sobre la vida de M. Pasteur, una de las glorias más puras de la Francia.

La Academia Francesa no tiene por único objeto consagrar la tradición hereditaria y la evolución creciente del genio francés en el idioma y en la literatura. Ella reconoce y acoge en su seno á todos los hombres que encarnando bajo

cualquier forma una gran potencia intelectual, se constituyen en representantes del genio francés.

Tal es el caso para Luis Pasteur, cuyo nombre, hasta la posteridad más remota, simbolizará siempre las cualidades más fecundas y las virtudes más nobles del pueblo francés; y el brillo de esas glorias recae sobre vosotros, ilustre Corporación, tres veces secular, que tenéis el noble privilegio de dar á nuestras glorias el sello supremo de la aceptación nacional. . . . Devotamente consagrado á su familia, apasionado por su patria, Pasteur conservó siempre respeto filial por la religión que le había enseñado su madre. Este gran innovador en el dominio de la ciencia, era hombre de tradición en el dominio del sentimiento; rasgo que concuerda muy bien con otros distintivos de su carácter que habréis podido apreciar: la austeridad de su vida por completo dedicada al trabajo, su incomparable ternura por los suyos, y más que todo, esa mezcla sorprendente de sensibilidad infantil y de virilidad robusta.

Como los héroes antiguos, este batallador infatigable vivía en el seno de la naturaleza; y como aquéllos, se deshacía en lágrimas, ora ante el espectáculo de los dolores humanos, ora al recuerdo de sus primeros años, cuando pensaba en sus amigos muertos, ora al recibir en su septuagésimo aniversario los homenajes que tributaban á su genio delegados entusiastas del mundo entero.

Tanto quizás por su carácter como por sus descubrimientos y beneficios fue que Pasteur llegó á ser tan querido como admirado, tan popular como célebre.

Entre los hombres de su siglo fue el único que vio elevada su gloria por encima de nuestras discusiones. Su retrato, en medio de una de las más grandes solemnidades en que haya tomado parte el espíritu del pueblo, entró á Nuestra Señora escoltado, así por las bendiciones de los humildes, como por el homenaje de los grandes, así por las lágrimas del pueblo como por el sentimiento de los sabios, así por la oración de los creyentes como por la meditación de los que buscan y de los que esperan.

La vida de Pasteur ha sido trazada por manos delicadas y piadosas; toda Francia conoce esa sencilla historia, resumida en estas palabras: voluntad, valor, trabajo, genio y bondad.

No citaré sino un solo rasgo de su vida porque es el ejemplo de una gran victoria del espíritu sobre la materia, y porque es bajo este aspecto, bajo la bóveda de sus triunfos que deben apreciarse los trofeos de sus victorias. En el año 1868, después de haber prodigado sus fuerzas en una laboriosa tarea de experiencias y polémicas, fue atacado de hemiplejía, y creyéndose perdido, después de haber dictado á su esposa, confidente de sus pensamientos, ayuda y sostén de sus esfuerzos, una última comunicación á la Academia de Ciencias, esperó la muerte con resignación, pero no sin tristeza, exclamando: "Lamento mi muerte, porque deseaba serle más útil á mi país."

Si la muerte lo perdonó entonces no llegó sin embargo á reponerse de este ataque, el cual se repitió, haciéndole llevar toda su vida un andar penoso y claudicante: de su formidable diálogo con el misterio, salió como Israel.

A fuerza de voluntad mantuvo á raya este mal que le amenazaba siempre y que acabó por destruirlo; y sin embargo, después de esta prueba su genio se hizo más activo y más brillante, realizando entonces la parte más considerable y más fecunda de su obra en condiciones tales que á otro cualquiera habría imposibilitado de todo trabajo.

Es, pues, de este genio y de su obra que trato de formular algunas ideas.

Es imposible traducir en literatura, si así puede decirse, la originalidad de un genio como el de Pasteur, porque ella se basa sobre todo en las ideas, pero no en ideas filosóficas ó literarias. El mismo lo dijo: "las ciencias experimentales no hacen intervenir en sus concepciones la consideración de la esencia de las cosas, del origen del mundo y su destino. Ella no tuvo necesidad de esto, porque sabe que nada podría deber á ninguna especulación metafísica."

Las ideas de Pasteur eran, pues, puramente científicas, tales como están expresadas en el trabajo mismo que ellas han producido.

Sucedo con las ideas científicas lo que con las artísticas; la interpretación que se les da por medio del lenguaje no hace más que suscitar el deseo de conocerlas directamente. Preguntado un músico sobre lo que había pensado al escribir su romanza sin palabras, contestó: "Pensé escribir mi romanza sin palabras." Así Pasteur no pensó en otra cosa sino en sus grandes descubrimientos.

Lo único susceptible de investigación es la parte personal de su genio, lo que por consecuencia pertenece tanto al hombre como al sabio.

Este genio estaba formado de audacia y de prudencia, de imaginación y de reflexión, de intuición y de crítica. Su audacia extrema se manifestó desde la elección de los asuntos cuya solución emprendió. Uno de sus camaradas de juventud, que desde temprano advinó las dotes extraordinarias de este trabajador silencioso y pertinaz, decía: él no conoce los límites de la ciencia; prefiere los problemas insolubles.

En efecto, desde el principio, lo cautivaron aquellos que los más grandes sabios habían solamente indicado renunciando á resolverlos; y su audacia no era menor cuando se aventuraba en la concepción de soluciones posibles, las cuales no dudaba en proclamar con una seguridad que á las veces rayaba en desafío, toda vez que se creía seguro de haber encontrado la verdadera.

Amaba la lucha, primero por temperamento, luego porque ella excitaba y fecundaba su espíritu haciéndole descubrir aplicaciones nuevas y perfeccionamientos á su método, y en fin, porque el ruido que ella producía llamaba la atención sobre su método y contribuía á propagarlo.

Y fue así, con sus afirmaciones atrevidas y sus reclamos á la contradicción que turbaba y sorprendía á menudo á sus admiradores y amigos. Pero su audacia estaba fundada en su prudencia; seguro de las armas que durante largo tiempo venía afilando, cuando se empeñaba en la lucha sabía de antemano que el triunfo no podía escapársele.

La potencia de la imaginación es la que forma los grandes hombres, en cualquiera de las faces de la actividad humana, y Pasteur fue, antes que todo, un hombre de imaginación.

El sabio, como el artista, tienen necesidad de imaginación; pero la que corresponde al primero es de un orden muy diferente. Ha de concebir combinaciones de relación y no de forma, de ideas y no de sentimientos, y ambas proporcionan los mismos goces, las mismas dudas y á menudo las mismas angustias por la dificultad de realizar las fantasías que forja el espíritu.

La imaginación de Pasteur estaba siempre en perpetua ebullición, atormentándose como una pasión; á veces, en medio á la comida de familia, se levantaba bruscamente y partía, sin que los suyos, habituados ya á estos arranques, le dirigieran la palabra. Cuando vivía en la Escuela normal los que estaban dormidos se despertaban en medio de la noche al ruido que sus pasos, fuertes y precipitados á la vez, hacían al bajar la escalera; era que una idea imperiosa, súbitamente concebida, le impedía resistir al deseo de verificarla inmediatamente en su laboratorio, tiranizado por la sugestión que no le dejaba reposo.

Los grandes descubrimientos de Pasteur son como las flores y los frutos de innumerables hipótesis, concebidas con entusiasmo, verificadas en seguida con infatigable paciencia ó abandonadas por otras cuando no podían conciliarse con los hechos.

Esta imaginación tan laboriosa habría podido ser un peligro para él, arrastrándolo á especulaciones atrevidas si él no hubiera sometido siempre sus ideas á la crítica rigurosa que sabía aplicar tan bien á las ideas ajenas. En las ciencias que él ha cultivado la crítica es la experimentación; así, pues, Pasteur fue el genio mismo de la experimentación.

Se ha elogiado con razón el método que él ha aplicado, método en tal manera perfecto que elimina casi todas las fuentes de error. Pero el método mejor no pasa de ser una luz que aclara el camino, y que no conduce al término sino á aquél que ha recorrido su camino. Para ser gran experimentador no basta partir de hipótesis que estén de acuerdo con la naturaleza de las cosas; se necesita extensión de vista, intensidad de atención, perseverancia sin desfallecimientos, obstinación invencible, ductilidad que se preste á todas las contradicciones, firmeza y al mismo tiempo movilidad en las ideas, dones estos reservados á muy pocos hombres. Es necesario tender á la verdad lazos siempre nuevos, cautivarla en redes tan sutiles y resistentes como las mallas invisibles con que Vulcano sorprendió á Aphrodita; espiarla sin descanso, descubrirla en sus disfraces, reconocerla en sus apariciones á menudo fugaces, saber interpretar los signos equívocos de su presencia, estar siempre alerta contra las conclusiones prematuras y las apariencias engañosas. Se necesita más imaginación aún que para concebir las hipótesis; son necesarias á veces las inspiraciones súbitas; y la vida científica de Pasteur abunda en inspiraciones de este género cuyo relato hace reír á veces como el famoso cuento del huevo de Colón.

En el curso de sus experiencias sobre el carbón se pregunta él, ¿por qué los pollos resistentes siempre las inoculaciones carbonosas más virulentas, las que matan rápidamente animales veinte veces mayores?

De repente tuvo la idea de que la temperatura elevada del cuerpo de los pájaros podía ser un obstáculo á la multiplicación de los parásitos infecciosos. Inmediatamente, delante de sus preparadores, que lo miraban con sorpresa, tomó un pollo, lo inoculó como vanamente lo había hecho con tantos otros, le hizo meter las patas en agua fría hasta bajar la temperatura cuatro ó cinco grados. Algunas horas después, murió el pollo infectado por las bacterias, y la teoría parasitaria contó desde entonces una brillante victoria más. Una vez encontrada la solución parece de una simplicidad infantil; pero solamente los genios tienen estas simplicidades.

La humanidad pide á la ciencia la satisfacción de dos necesidades, sentidas sobre todo la una por la clase elevada, la otra por la masa; y ella clasifica los sabios según lo que hayan hecho para responder á la una y á la otra. Ella quiere conocer más y más y comprender mejor el universo de que forma parte; quiere gozar sobre el planeta que habita, de la mayor cantidad de vida, de bienestar y de seguridad posibles. De los dos caminos que sigue la ciencia, cuál es el más alto, aquél en que es más glorioso para el hombre progresar y conquistar? Permittedme expresar un sentimiento que no desconocería el gran hombre cuyo genio y cuya alma trato de interpretar aquí. En las preocupaciones de aquél que se ha consagrado á la investigación de la verdad, la utilidad, en el sentido ordinario de la palabra, no ocupan sino un lugar accesorio. La obra de ciencia como la obra de arte llevan en sí mismas su objetivo; su más superior utilidad está en su perfección, que, encantando el espíritu, crea el entusiasmo y provoca la emulación. Lo que constituye la suprema grandeza, la mayor nobleza del hombre, es el culto desinteresado de las cosas divinas. Como el místico de Joinville que quería quemar el paraíso y anegar el infierno para que la esperanza de la recompensa y del castigo no se mezclen con el puro amor de Dios, el artista y el sabio, dignos de este nombre, no buscan en sus esfuerzos otro provecho para sí y para los otros que ese esfuerzo mismo y es entregándose á él que ellos elevan por encima de la humanidad misma nuestra pobre especie. Seguramente que es una felicidad que de las teorías surjan aplicaciones prácticas, que demuestren á todos la magnitud de las experiencias científicas, permitiendo así que se aumente y consolide en el mundo el reino del espíritu. Es muy justo que Pasteur haya cosechado el reconocimiento de los hombres de quienes fue bienhechor; pero si se le hubiesen exigido los mejores títulos que pudieran haberlo hecho figurar entre "las razas inmortales nacidas de la raza humana," él habría colocado, sin duda alguna, en primer término sus descubrimientos y apreciaciones sobre las leyes generales del Universo.

Por un raro privilegio él fue grande en ambos sentidos. Sus descubrimientos teóricos han renovado partes muy esenciales de la ciencia, y sus descubrimientos prácticos han aumentado las riquezas, disminuido los sufrimientos, prolongado la vida á millares de seres humanos, y aun á millones si se tienen en cuenta los beneficios venideros. Y lo que hace á los unos y á los otros más dignos todavía de admiración es que ellos no cesan ni cesarán jamás de ser fecundos y de producir descubrimientos nuevos, encerrados en germen en los principios que él ha formulado; hasta el punto de que uno de nuestros más eminentes colegas ha podido decir en la forma brillante en que él sabe expresar altas ideas: "Pasteur ha obrado como el Creador, suscitando por un acto previo, las leyes de donde debía surgir el desarrollo progresivo del universo." El tuvo la ventura de ver sus ideas produciendo frutos, sus principios desarrollar consecuencias con una rapidez sorprendente, de manera que durante su vida él gozó de una gloria que ningún otro sabio ha conocido; su nombre fue aclamado y bendecido bajo todos los climas y en todos los idiomas, y el duelo de sus funerales lo llevó el género humano.

No esperéis de mí, señores, la exposición de la obra de Pasteur en sus detalles. Uno de sus colaboradores, el que más extensamente ha secundado esta obra y que hoy dirige la continuación de ella, la ha relatado en un libro magistral. Allí se sigue con un interés siempre creciente, desde el primer encuentro de Edipo con la esfinge, la paciente astucia y los golpes atrevidos con los cuales supo arrancar el secreto de tantos enigmas.

Es admirable la lógica profunda que, de la cristalografía á la medicina una entre sí todas las fases de esta inmensa obra, tan varia en sus aplicaciones, tan esencialmente una en su dirección y en su método. Me limitaré, pues, á indicar los puntos principales y á señalar la intención general.

Los primeros trabajos de Pasteur habrían bastado para la gloria de un sabio. En ellos descubrió la disimetría molecular, es decir uno de los secretos

más ocultos, menos sospechados y más importantes de la naturaleza; este descubrimiento fue el punto de partida de uno nuevo de la química, la estereoquímica que hemos visto desarrollarse y producir resultados sorprendentes. Pero lo que verdaderamente ha llenado la vida de nuestro ilustre compañero, lo que ha hecho su nombre célebre entre todos, es la conquista, por decirlo así, de un nuevo reino de la naturaleza, la de los seres invisibles y en todas partes presentes, animales y sobre todo vegetales, que tejen y destejan sin descanso la gran trama de la vida planetaria, los microbios, como desde hace veinte años se les llama. Esta denominación inapropiada, no es de Pasteur; pero como ha pasado á todos los idiomas es necesario admitirla en el Diccionario. Los microbios eran conocidos antes de Pasteur; pero apenas se había sospechado el papel inmenso que ellos desempeñan en la naturaleza.

El universo de estos seres microscópicos, dotados de una vida puramente elemental, no era considerado, hace cuarenta años, sino como un objeto de curiosidad; en tanto que hoy día lo consideramos como el substractum del mundo animado, como un océano sin fondo de donde salen y penetran todos los fenómenos de la vida. Es á los microbios que se deben las fermentaciones y putrefacciones que transforman la materia orgánica; ellos son los que fecundan la tierra y cubren de vegetación su superficie; los que penetran en los tejidos produciendo las enfermedades infecciosas; los que pueblan el aire y pululan en las aguas, saturan el suelo y habitan los animales y las plantas; los que nos rodean y amenazan sin cesar por todas partes. Más aún, ellos forman parte de nosotros mismos; ellos forman quizás nuestro propio sér. La ciencia moderna considera la vida de los seres superiores como la resultante de millares de estas vidas elementales. Sus colonias más y más numerosas forman, desde el informe protozoario hasta el rosál, el cedro, el águila, la ballena, el hombre, inmensa y complicada red en cuyas mallas circulan sin cesar, y siempre renovados desde que surgió en nosotros la misteriosa aparición de la vida. Hé aquí, pues, lo que la microbiología ha revelado á la humanidad estupefacta.

Pasteur comenzó demostrando que estos organismos, tan primitivos en apariencia, no se generaban sin germen preexistente, destruyendo así pare siempre, al menos en lo que tenía de temeraria, la creencia de la generación espontánea. Robó en seguida que ellos son los únicos agentes de la descomposición de la materia organizada; y esclareciendo esta verdad capital con experiencias cada vez más decisivas, triunfó al fin de todas las temibles y encarnizadas resistencias que en Francia y en el extranjero se le opusieron.

Pasando á las aplicaciones prácticas de estos descubrimientos, hizo notar que ciertos microbios trabajaban en nuestro provecho elaborando diversas sustancias alimenticias, que otros nos eran perjudiciales porque alteraban estas mismas sustancias, y demostró que se pueden activar los unos, eliminar los otros, salvando así nuestras industrias agrícolas de pérdidas inmensas y hasta entonces inevitables. Pasteur al abrir las puertas de ese mundo invisible ha permitido á la ciencia penetrar hasta sus profundidades, donde se elaboran en silencio, en una incalculable ebullición de vida enigmática, los destinos del mundo visible; bienhechora Cirse ella desata ó enfrena á su elección esas formas ínfimas y omnipotentes que, sin saberlo, obedecen á sus imperiosos mandatos. La estrecha semejanza entre las fermentaciones y las enfermedades, presentada primero en los animales, le hizo dirigir sus observaciones en este sentido; y descubrió en un parásito microscópico la causa de la epidemia que arruinaba la cría de los gusanos de seda, indicando á la vez la manera de hacerla cesar no poniendo en condiciones de reproducción sino á los huevos completamente sanos; de esta manera esclareció con nuevas luces la gran cuestión de la herencia, una de los problemas capitales que más preocupan al filósofo, al médico y al sociólogo. En seguida demostró, que varias enfermedades contagiosas de los animales domésticos eran debidas á la invasión de estos imperceptibles enemigos, de los cuales se necesitan millares para cubrir la punta de una aguja, y que en algunas se reproducen por millones de millones. Fue entonces, guiado por el descubrimiento empírico que hizo inmortal el nombre de Jenner, cuando concibió la idea de combatir esta invasión inoculando preventivamente á los animales, el virus mismo que los mata, pero que atenuado los salva: puso así en práctica, pero con mayor éxito, lo que anteriormente habían intentado los emperadores romanos, cuando introdujeron en el imperio, para combatir á los Bárbaros que los amenazaban, colonias de estos mismos Bárbaros, hechos enemigos auxiliares. Cuando coronó su famosa experiencia de Pouilly-le-Fort, el entusiasmo con que fue acogido este triunfo fue tanto mayor cuanto

más persistente había sido la duda; y en Francia y en todas partes se instituyeron "Laboratorios Pasteur" para preparar y distribuir la vacuna; y la mortalidad de los animales por el carbón descendió de treinta y cuarenta á menos de uno por ciento. Si todos los países del globo, con los mismos títulos que Francia, hubieran ofrecido á Pasteur una recompensa nacional, todos juntos no representarían sino una pequeña parte de los inagotables beneficios que él les hiciera.

Sus teorías sobre la putrefacción, aplicadas á las heridas, habían transformado ya entre las manos de Lister, la cirugía, permitiéndole realizar los admirables progresos que conocemos. No le debe menos la obstetricia. Si nuestras maternidades no son ya focos de infecciones mortíferas, si millares de madres, antes fatalmente condenadas, viven hoy para sus hijos, es á los descubrimientos de Pasteur que se debe este milagro. Qué son, al lado de esas victorias sobre la hidra infecta y sin cesar renaciente, los trabajos del fabuloso domador, la muerte de la hidra de Lerna, el monstruo de las siete cabezas, la ciega del lago Estinfalo y la purificación de los establos de Augias?

Pero el vencedor de los monstruos invisibles no se detuvo allí. Deseoso de combatir frente á frente las enfermedades humanas, emprendió el estudio de una de las más terribles, la rabia, contra la cual no se conoce ningún remedio y cuyo solo nombre llena de espanto á todos los hombres.

Después de cinco años de obstinadas investigaciones, prolongadas é inciertas, porque el microbio de la rabia, si existe, no se ha dejado descubrir, logró obtener un virus atenuado que inmunisaba los animales contra el virus más violento. Pero el mal era muy raro, el tratamiento muy penoso, y la vacunación preventiva no sentaba bien á los hombres. Nació entonces en el espíritu de Pasteur una idea que sólo él tenía la audacia de concebir y la obstinación de realizar. El virus atenuado, inoculado después de la mordedura, no podría obrar más rápidamente que el virus funesto, anticipándose á los estragos que él ejerce en los centros nerviosos? Sus experiencias practicadas en el perro confirmaron plenamente sus audaces previsiones. ¡Pero cuántas emociones agitaron el corazón tan irresponsable del gran iniciador cuando se resolvió á aplicar á seres humanos el tratamiento que había aplicado con éxito á los animales!

¡Con cuánto temor se atrevió á inocular á infelices niños el espantoso mal de cuyo contagio podía dudarse, á pesar de las horribles mordeduras de que ya eran víctimas! El mismo lo dijo con su acostumbrada reserva, y se nos ha referido con emoción comunicativa, sus vacilaciones, sus dudas, sus alternativas de temor y de júbilo, sus noches de insomnio, sus días de ansiosa observación, y finalmente su confianza cada día más firme y sólida por nuevos éxitos alcanzados.

Esta obra colosal que ha transformado la industria de la seda, de la cerveza y del vino, la cría de animales, la cirugía, la obstetricia y varios ramos más de la medicina, y cuyas consecuencias están en camino de modificar la agricultura, la ha realizado Pasteur sin ser veterinario ni médico, sin ser capaz de hacer una incisión, sin tener el menor conocimiento técnico y sin saber distinguir un sembrado de coles de uno de nabos.

Fue únicamente por la fecundidad de su imaginación, por la potencia de su razonamiento, por su invención experimental, que él ha obrado tan prodigiosamente sobre las formas de la actividad humana en las cuales no tomaba parte alguna. Fuerza admirable y casi divina del pensamiento que demuestra cuán poco fundado es el desdén que los hombres de acción prodigan á veces á los hombres de ciencia. Desde el fondo de su laboratorio Pasteur ejerció sobre la vida de la humanidad una acción más potente que la de los más afortunados conquistadores y la del más hábil de los hombres de Estado. Los problemas puramente teóricos, fútiles á los ojos de los que se dicen prácticos, y que se agitan en su cerebro, en tanto que vigilaba sus tubos ó observaba al microscopio, llevaban en sí mismos la solución de problemas mucho más grandes y mucho más durables que esos efímeros que absorben la atención de los que se creen directores del mundo.

Es la idea la que dirige el mundo, es el espíritu el que anima la inercia de la masa, y el pensador sabrá tarde ó temprano vencerla, dominarla y conducirla.

Tal es, señores, la enseñanza que da la ciencia á los que la sirven con pureza de corazón, y á los que la comprenden como ella debe ser comprendida. Estas enseñanzas se desprenden con incomparable potencia de la vida y de la obra de vuestro glorioso compañero; y si su gran ejemplo contribuye, como no es de dudarse, á

propagar entre nosotros el culto de la ciencia y de la verdad, él habrá servido también en este respecto, tanto como por sus inmortales descubrimientos, á esta patria que tanto amó.

Contestación de M. Joseph Bertrand:

Señor: Si usando del derecho que me confiere el puésto que ocupo, me permitiera levantar la sesión, el auditorio que acaba de oírse conservaría un recuerdo placentero del brillante homenaje tributado á Pasteur. Sin embargo, esto se me reprocharía, porque la Academia Francesa tiene sus tradiciones; ella ha merecido las generosas frases que acabamos de oír, y ella impone á su Director el deber de contestar. Os debo, pues, un discurso, uno de esos discursos que Alejandro Dumas, ese crítico picante y suave á la vez, llamaba en lenguaje teatral: precedente sin sucesivo

Para el representante de la Academia Francesa encargado de daros acogida no estaría fuera de lugar, dogmatizar sobre el origen del idioma, emitir opiniones sobre la corrupción de las sílabas, investigar las condiciones requeridas para la permanencia ó fijeza de los acentos, afirmar la procedencia de los dialectos de otra edad, explicar la influencia de una lengua viva y sencilla sobre los alegres y familiares coloquios de nuestros padres, definir el número, la cadencia y el ritmo de las frases, en lo que según Vaugelas consiste toda la perfección del estilo. Si soy demasiado ignorante, perdonadme señores, ya que tengo la franqueza de confesarlo; pero sobre esas elevadas cuestiones, grandes ó pequeñas, según el alcance de los espíritus, yo no entiendo nada. Esta no es una razón para guardar silencio, pero es al menos una excusa.

Vuestra iniciación fue brillante y así debía ser. Un padre eminente, cuyas huellas seguisteis, guió vuestros primeros pasos.

Nacido en una biblioteca, observándolo todo, interogándolo todo, como hacen los niños que todo lo preguntan, inspirásteis vuestros sueños infantiles en textos correctos y auténticos. Conocíais los nombres de los doce Pares de Carlomagno; os relataban las bellas historias y los ingeniosos estratagemas del encantador Merlín, cuyas sutiles invenciones, difíciles de creer para quienes no las han visto, amenizaban los festines del buen rey Artus al rededor de aquella mesa que se le dio forma redonda para que cada asiento fuera puésto de honor, y donde héroes sobrehumanos ferían sus aventuras, sus peligros, la bizarría de su valor y los azares de sus maravillosas empresas. Habéis compartido las angustias de la reina Pedoca y cabalgado en sueños sobre Alfano y Bayard, esos admirables caballos superiores á Bucéfalo como lo son las facciones del poeta á las mentiras de la historia. La disciplina de nuestros liceos sustituyó estos brillantes preludios de vuestro espíritu soñador y curioso. Vuestro nombre ha repercutido bajo las bóvedas de la Sorborna. Los vencidos en estas luchas preliminares tienen el derecho de apelar al porvenir, los vencedores, el de trabajar con confianza.

Atravesásteis las universidades de Bonn y de Gotinge, esos oasis del espíritu donde no se conocen programas. Grandes maestros, amigos vuestros, dirigieron vuestros pasos á nuestra Escuela titular, donde vuestra tesis fue justamente celebrada como primera prueba de un gran saber. Allí os distinguisteis con ingenio en la historia del idioma, en el uso común del dialecto popular y en el lenguaje escrito.

Vuestra historia poética de Carlomagno encantó á los literatos y á los sabios. En los fragmentos de la colosal epopeya de la Edad Media, la historia, ha dicho un gran poeta, no se escucha sino á las puertas de la leyenda. Así como transmuta un alquimista los metales, así Víctor Hugo sabía destilar, como elixir y quintesencia de las leyendas predilectas, inolvidables visiones. Los más bellos poemas de su Leyenda de los Siglos son la resurrección de viejos relatos, que vuestra conciencia de erudito sabía respetar por su ingenua precisión.

Si sucediese que en el siglo cuarenta, dentro de dos mil años, un paciente y sagaz observador, complaciéndose como vos en revolver el polvo de las bibliotecas, tuviese la fortuna de descubrir un poema en idioma antiguo comenzando por este verso:

Charlemagne, empeureur à la barbe fleurie,

y que estimulado por el hallazgo, buscase y encontrase entre otros restos de tiempos remotos, esta segunda versión:

Karl li Roy à la barbe griphaigne.

Los textos se concilian; pero el glorioso emperador, tanto en uno como en otro, ve sus fieles caballeros, los mejores de la tierra, columnas de su imperio, vencedores invictos en España, campeones heroicos de la fe, terror de los sarracenos, alejarse de las fortificaciones de Narbonne hasta las murallas inexpugnables, sin dignarse vencer ni demudar la espada. Ninguna promesa lo halaga, ninguna súplica los mueve, ninguna amenaza los intimida, y aunque no conocen el miedo están hastiados de peligros, de pillerías y de gloria y tienen hambre de reposo

. . . . Hablemos de Pasteur.

No quiero ni juzgar su obra, ni relatar su vida, ni pronunciar su elogio, sino decir su nombre solamente para hablar en seguida al acaso, sin ningún órden, sin ningún esfuerzo en el estilo. Todo recuerdo es una alabanza para él, como todo encuentro aumentaba la simpatía por su carácter y la admiración por su espíritu.

Ilustre ya, pero no célebre todavía, Pasteur fue encargado de presentar en Sens al pie de la estatua de Thenard los homenajes de la Escuela Normal. Cuando tomó la palabra, el pueblo, fatigado de elocuencia aplaudía sin escuchar, y Pasteur fue inscrito en la última categoría de los oradores.

Sin tomar de aquí motivo para referir, por la quincuagésima vez, anécdotas insignificantes ó dudosas leyendas, sin nombrar siquiera el agua oxigenada, Pasteur no quiso—¡admirable alabanza!—sino hacer referencia de la bondad y de la justicia de Thenard. Desde las primeras frases, su palabra viva penetró en todos los corazones, y algunos vieron que las lágrimas humedecieron sus ojos.

Ocasiones como estas eran raras, y Pasteur, para manifestar la brillantez de su espíritu esperó á que se le obligara á hacerlo. Un día, en la Academia de Ciencias dos contendores oponían á sus descubrimientos objeciones indignas de atención; y Pasteur, después de una respuesta fulminante, en la que apostrofó á ambos á la vez, dijo al úno: "sabéis lo que os falta? espíritu de observación!" y al otro: "y á vos el de raciocinio." La Academia protestó contra la dureza de la forma y Pasteur, contentándose, respondió: "El ardor de la discusión me ha arrebatado; y yo lamento mi violencia; ruego, pues, á mis compañeros que reciban mis excusas." Su sencillez y franqueza causó mayor admiración cuando agregó: "Reconozco mis errores y me apresuro á corregirlos; pero no me permitiréis invocar una circunstancia atenuante? Todo lo que he dicho es la verdad." Una risa general y benévola, en la que sus dos adversarios tomaron parte, amenizó esta sesión de la Academia.

La franqueza de Pasteur no conocía dobleces ni límites. Un día en que asistíamos á la primera lección de un joven profesor, al cual se había aplicado con justicia la máxima de: "Superioridad obliga," y cuando, á pesar de la emoción que lo embargaba, la cual defraudó nuestras esperanzas, me preparaba, como es de uso, á felicitarlo, no pude escaparme del reproche de Pasteur, que de mal gusto me acompañaba y que me dijo: "Cometéis un error al no decir la verdad á los jóvenes." Y volviéndose en seguida hacia aquél, del cual ninguno de los dos dudábamos que sería en el porvenir un compañero eminente, le dijo: "Vuestro trabajo es detestable, si los siguientes no son mejores nos haréis arrepentir de haberos puesto en evidencia."

Esta dureza es fácil de imitar; pero nos mostrará la ocasión de emplearla solamente para los espíritus fuertes y los corazones agradecidos

La vida de Pasteur, tan justamente coronada por el honor y por la gloria, fue conturbada al principio por contradicciones y dudas. Se rehusaba entrar por las nuevas vías que él había trazado, únos por espíritu de crítica, algunos por envidia y los más, por orgullo sofístico, que aunque partidarios sinceros del progreso, eran no obstante rebeldes á las innovaciones

. . . . Pero estas críticas inoportunas y estas predicciones que él no ignoraba, ni retardaron su marcha, ni disminuyeron su confianza, ni lo impulsaron á prematuras confidencias.

Un gran poeta—dícese que los poetas son profetas—comprendió esa gran vida, la más gloriosa del siglo, cuando hablando de los inventores obstinados,

Dont l'âme, boussole-obstinée,
Toujours cherche un pôle inconnu

exclamaba:

Ils partent, on plaint leur folie
L'onde les emporte, on oublie
Le voyage et le voyageur;
Tout à coup de la mer profonde
Ils ressortent avec un monde
Comme avec sa perle un plongeur.



Un legado

El día después de la muerte de M. Alfred Nobel, inventor de la dinamita, se había anunciado que el ingeniero sueco había legado á la Universidad de Estokolmo toda su fortuna evaluada á más de 50 millones. La noticia no es del todo exacta. El legado de M. Nobel, por otra parte considerable, se compone de una renta destinada á asegurar el servicio de cinco premios de 300.000 bolvares. Los tres primeros se otorgarán á los autores de los más importantes descubrimientos de física, química y fisiología.

El cuarto se adjudicará "al que en el dominio de las letras haya producido la más alta obra en el sentido ideal," y el quinto "al que haya obrado mejor por la fraternidad de los pueblos, por la suspensión ó la disminución de los ejércitos permanentes y por la constitución ó la propagación de los Congresos de paz."

Los dos primeros premios (física y química) se otorgarán por la Academia de Ciencias de Suecia; el de los trabajos fisiológicos ó médicos por el Instituto Carolin, de Estokolmo; el premio literario, por la Academia sueca, y el de la propagación de la paz, por una comisión de cinco miembros elegidos por el Storting (Diete) noruego.

Según la voluntad de M. Nobel, para la atribución de los premios, no debe dominar ninguna consideración de nacionalidad, "á fin de que el más digno reciba la recompensa sea ó no sea escandinavo."

Bicicletas Krupp

No teniendo, por el momento, grandes pedidos de artillería la famosa casa alemana, va á dedicarse á la fabricación de velocipedos, con los que pronto va á inundar el mundo. Dentro de muy poco va á lanzarse al mercado la friolera de un millón de bicicletas, al módico precio de 80 marcos cada una (unos 20 pesos próximamente).

La Rosa de Oro

Según la prensa de Roma, la Rosa de Oro correspondiente á este año la destina Su Santidad el Papa León XIII á la archiduquesa María Teresa de Austria, esposa del duque Felipe, Príncipe heredero del Reino de Wurtemberg, y de la rama católica.

La archiduquesa nació en Viena en 1845 y es hija del archiduque Alberto, duque de Teschen, y de Hildegarda, Princesa de Baviera.

La Rosa de Oro será consagrada por el Padre Santo en la misa que celebre el cuarto domingo de cuaresma.

Tubos de papel para el gas

Es necesario agregar á la larga lista de los objetos fabricados de papel, los tubos utilizados como conductos de gas. Estos parece que se han usado con éxito en Inglaterra, sobre todo como tubos subterráneos de grandes longitudes.

Se fabrican enrollando papel de celulosa al rededor de un cilindro de madera; cada rollo se sumerge en seguida en asfalto derretido. El tubo que resulta de esta operación queda, según dice su inventor, impermeable al aire y al agua y capaz de resistir á fuertes presiones.

De todos modos, es cierto que tales canalizaciones, hechas de una materia no conductora, deben proteger los hilos contra la temperatura exterior, y son insensibles á las corrientes eléctricas subterráneas, cuyos deplorables efectos empiezan á experimentarse en ciertas ciudades.

El realismo en el arte

En un teatro de Arad (Hungria) se representaba un drama, en que el personaje principal se suicidaba al final del tercer acto.

El gran actor austriaco Koloman Balla, que durante toda la representación había sido objeto de estruendosas ovaciones, interpretando de un modo maravilloso el papel del protagonista, al llegar el terrible momento del suicidio, empuñó un revólver de pesas y se saltó la tapa de los sesos, quedando muerto sobre las tablas á la vista del público.

En el teatro se produjo un pánico espantoso. Muchas señoras fueron acometidas de accidentes nerviosos y desmayos.

Nadie sabe á qué atribuir el trágico fin de Koloman Balla.

Sus amigos dicen que aquella tarde estuvo el gran actor más contento y animado que de costumbre y que les recomendó á todos que no faltasen por la noche al teatro, porque se iban á divertir mucho.

¿ Con qué velocidad se propaga una ola en el Océano ?

La velocidad varía con el mar y con el viento. Según las observaciones de M. Schott, ingeniero hidrógrafo inglés, respecto á los grandes océanos, la velocidad parece ser de 8 metros por segundo con viento suave en alta mar; con brisa más fuerte es de 10 á 12 metros, y con viento fuerte de 15 á 18 metros.

En fin, con tempestad, M. Schott ha observado una velocidad de 25 metros, lo que representa una rapidez de 86 kilómetros por hora, que se puede comparar con los más rápidos trenes.

Las olas se sucedían á intervalos de 15 segundos y su longitud alcanzaba 362 metros.

En un ciclón, la velocidad llegó hasta 96 kilómetros por hora. M. Schott dice que en el Océano Pacífico, después de un temblor se demostró la sorprendente velocidad de 577 kilómetros por hora.....esto merece confirmación. Pero las velocidades ordinarias de 10 á 15 metros por ola ó sea más ó menos 40 kilómetros, son ya buenas velocidades que bastan para explicar la enorme fuerza que poseen las olas y las considerables degradaciones que hacen sufrir á los acantilados y á las construcciones marítimas. Nosotros conocemos borrascas que han trasladado de varios metros trozos de hormigones de 50 y hasta de 70 toneladas. Es una linda potencia mecánica, 70,000 hilogramos trasladados por una ola á cuatro ó cinco metros de distancia!

El viaducto más elevado

Se está construyendo en Prusia, para los ferrocarriles del Estado, un viaducto que será el más elevado hasta hoy, cerca de la pequeña ciudad de Mungsten, para pasar el valle de la Wupper.

Este viaducto tendrá 107 metros á contar desde lo más profundo del valle; el famoso viaducto del Duero sólo tiene 62 metros de elevación.

En Mungsten el arco central tiene 170 metros, mientras que el del viaducto del Duero no tiene sino 160.

En la construcción del nuevo puente se gastarán 4,000 toneladas de hierro, y no costará el viaducto menos de 3.125.000 bolívares.

Animales que ayunan

Es bien sabido que el hombre puede aprender á ayunar, y aun hay muchos que ayunan sin haberlo aprendido. Se han visto muchos casos de presos y de personas abandonadas que vivieron cerca de cuarenta días sin comer. Ese es el límite extremo en el hombre fisiológicamente intacto.

Acerca de los animales ayunadores se tenían menos conocimientos. Hé aquí dos hechos que demuestran que, entre los animales de sangre caliente, hay ciertas aves que también resisten una larga inanición. Se cita el caso de un pavo, un simple pavo, que vivió sin alimento durante veintidós días. Otro pavo gordísimo quedó encerrado por casualidad en la caja de una máquina, y, olvidado completamente, tuvo que ayunar por veinte y ocho días, y hasta dejar de beber. ¡Sin comer ni beber por cerca de un mes! Pues ya se ve que ese ayuno no siempre causa la muerte: el volátil fue encontrado en su prisión muy enflaquecido, es cierto, puesto que había gastado sus tejidos, pero todavía completamente vivo.

Y lo mismo que Succí y el doctor Tanner, el pavo se mostró juicioso é inteligente; lejos de arrojarse sobre el alimento que le llevaron para calmarle el hambre, se contentó con tomar unos tragos de agua; comió después un poquito, y á los muchos días fue que volvió á su régimen acostumbrado. No habría hecho otra cosa un fisiologista de raza. Los animales tienen á veces ciencia infusa.

El álbum de la Patti

Un americano muy rico acaba de ofrecer una suma considerable á Mme. Adelina Patti para que le ceda el álbum de autógrafos donde se encuentran reunidas las firmas de todos los grandes cantantes y compositores célebres que la ilustre artista ha conocido durante su carrera.

Este álbum revestido de una suntuosa encuadernación, tiene una cerradura secreta; y la diva lleva constantemente consigo la llave de oro. La mayor parte de los artistas líricos de esta segunda mitad del siglo han consignado el testimonio de su admiración por la Patti; señalemos principalmente á Mario, Naudin, García, Tamberlick, Niémann, Capoul, Faure, la Grisi, l'Alboni, Christine Nilsson. Entre los más entusiastas admiradores de Adelina Patti, se encuentran los nombres de los compositores Rossini, Meyerbeer, Hector Berlioz, Auber, Poniatowski, Gounod, Ambroise Thomas, Georges Bizet. Verdi ha consignado su juicio del

modo siguiente: "Primero Adelina, después Adelina y siempre Adelina."

Adelina Patti está, con razón, orgullosa de este precioso álbum, que han podido ver en una vidriera dorada todos los que han visitado á Craig-y-Nos.

Es pues poco probable que la ilustre cantante consienta en separarse de estas páginas que le recuerdan los brillantes progresos de su carrera artística.

Los animales no olvidan

Los animales tienen memoria y no se olvidan de las caricias y de los golpes. El caballo se venga muy á menudo de los malos tratamientos que le hacen sufrir. Son muy pocos los animales que no se defienden contra los ataques y que no ensayan convertirse en agresores.

Las abejas persiguen durante muchos kilómetros á los que vienen á turbar la quietud de la colmena; en los países cálidos las serpientes persiguen á los que las han atacado, y la víbora no siempre huye del que ha querido aplastarla. El siguiente ejemplo demuestra muy bien que el animal trata de vengarse y no teme entenderse con el más fuerte.

Un joven, casi un niño, del campo, partió en una carretica á ver á un amigo. En medio del camino vio una víbora muellemente echada sobre sus hijuelos. El no se detuvo y una de las ruedas del vehículo mató á tres viboreznos. La madre, súbitamente furiosa, silbó, se empujó sobre su cola y saltó hacia el niño. Este, asustado, arrojó su burro, y no se dejó alcanzar por la víbora. Durante más de 300 metros la persecución continuó encarnizada. Sin embargo la carreta llegó á su sitio, y su conductor le advirtió inmediatamente al colono lo que pasaba; éste se armó con una horca y volvió en el momento en que la víbora alcanzando la carreta se enroscaba alrededor de la rueda para alcanzar al niño. Afortunadamente, éste, aterrORIZADO, apuró el burro y la rueda al girar mató á la serpiente. Así pues, una víbora al conocer el mal que se le ha hecho, no teme perseguir durante medio kilómetro al hombre que le ha matado sus hijuelos.

Singular caso de letargia

Hace poco se celebraron en Varsovia las exequias de la condesa Helena de Patocka, que al parecer había muerto repentinamente.

Algunos días después, se difundió en la ciudad la noticia de que la condesa no había muerto y que había sido enterrada en estado de catalepsia.

Inquieta la justicia, hizo proceder á la exhumación del cuerpo, en el cual no se notó ninguna señal de descomposición. La condesa parecía dormida, no tenía aspecto de muerta, aunque las diversas partes de su cuerpo estuviesen completamente insensibles á las punzadas de un afiler. Fue trasportada inmediatamente á la casa de su familia, y varias celebridades médicas de Varsovia y de San Petersburgo fueron llamadas para examinar este singular caso de letargia.

Belleza de los inventos contemporáneos

(POR JOSEPH BERTRAND)

Si la antigüedad conocía el arte de sacar partido de las fuerzas humanas ó de los motores animados, ignoraba por completo el arte delicado de hacer servir á las necesidades de la civilización: la luz, el calor y la electricidad, fuerzas desconocidas por tanto tiempo, cuyo poder explotamos hoy, olvidando su ideal belleza reverenciada por los hombres de las primeras edades.

En nuestra época positivista, ay! Apolo, hijo de Júpiter y dios de la poesía y de las artes, cuyo carro, perdido por la Aurora, recorría la bóveda del cielo, para desaparecer inflamado en el seno de las olas, no conduce hoy el carro sublime de las Musas; tiene que dar vida y movimiento al taller del fotógrafo ó á las prensas de Gutenberg, y pronto le veremos también obligado á servirnos de secretario universal. Cuando Prometeo, hijo de Juno, robó el fuego del cielo para que animase su modesto hogar, no pudo prever que ese fuego, al engendrar el vapor, había de ser, bajo la mano de un humilde fogonero, el agente activo, bullicioso y formidable, dominador de los mares, que suprime las distancias y entrega la tierra prometida á todas las energías de la actividad humana. La electricidad, cuyos relámpagos, rayos y tempestades, sólo habían revelado su poder, estallando bajo la mano del Señor de la bóveda estrellada, llega hoy hasta la tierra para doblegarse á nuestra voluntad. Con forma inquietante y mágica, funde, volatiliza ó descompone las materias refractarias, ilumina faros y calles, mueve las máquinas, hace volver en los cadáveres las acciones extinguidas de la vida, y lleva á gran distancia el pensamiento y hasta la palabra, más rápida en su vuelo que la mensajera de los dioses.

¿ Se ha encontrado la lengua universal que hablaban los hombres antes de la destrucción de la torre de Babel ?

Mr. Emile Soldi ha ensayado probarlo á los miembros del Club de la Drôme.

En una conferencia acompañada de proyecciones luminosas, ha demostrado que en todos los países, en las épocas más diversas, los pueblos han ejecutado dibujos de ornamentos idénticos. Los mismos motivos se encuentran en las arquitecturas, en las esculturas, en las pinturas de los tiempos prehistóricos, del apogeo de Roma, de la Edad Media, del Renacimiento y de los tiempos modernos.

Si se colocan juntos, un tapiz de Oriente tejido hace cuatrocientos años y una obra de arte encontrada en Méjico, se notará que los dibujos particulares son los mismos.

Esto prueba, según Mr. Soldi, que el dibujo fue la primera escritura del hombre, y que esta escritura primitiva, abandonada como medio para escribir, ha sido conservada inconscientemente como un arte por los artistas de todos los países.

Parece que el dibujo ha sido la pantomima de la escritura.

En Marsella, los marinos de todos los países aplauden los gestos de las pantomimas. Ellos las comprenden.

Los dibujos los comprenden también todos los hombres.

Se trata, pues, de formar un diccionario del dibujo y la lengua universal existirá. Mr. Soldi cree que existió antiguamente. El dice que no ha inventado nada sino que ha encontrado.

Y ha encontrado también que los dibujos de ornamentos narran la creación del hombre, exaltan la Divinidad, glorifican la Naturaleza.

Todo esto es sumamente curioso y merece ser anotado.

Un nuevo Mesías en el Brasil

El Estado de Bahía, en Méjico, está profundamente turbado por las hazañas de una tropa de tres á cuatro mil fanáticos, de los cuales un gran número son mujeres y niños, y tienen por jefe á un tal Antonio Conselheiro, natural de Ceará, que se hace pasar por Cristo, lo que aceptan perfectamente los negros ignorantes que lo rodean. Está ayudado por doce tenientes, que llama sus doce apóstoles; uno de ellos, João Abbade, está encargado de la parte militar, pues este Mesías predica la guerra santa por la religión y la monarquía, y declara que desea ir hasta Río de Janeiro.

Durante largo tiempo la propaganda de Conselheiro se limitó á algunos conciliábulos inofensivos: pero últimamente ha tomado tal carácter de violencia que el gobierno de Bahía ha tenido que enviar contra él fuerzas de policía, que han tenido ya varios encuentros con los agitadores. Estos tienen tan grande fe en las predicaciones de su jefe "el Buen Jesús," que se arrojan sin temor sobre los soldados, casi sin otras armas que cruces é imágenes santas, persuadidos de que si mueren, resucitan al cabo de quince días, y que por otra parte, el cielo les espera.

Más de ciento cincuenta fanáticos han muerto en diferentes encuentros, pero también han hecho sufrir á la policía importantes pérdidas. A ésta le han enviado refuerzos, con un cañón Krupp, para echar á una multitud de fanáticos que se han refugiado en las gargantas de las montañas en Caundos. Si los partidarios de Conselheiro son atraídos hacia él por el entusiasmo, él los sabe retener por el terror; ha, ce poco, uno de ellos quiso retirarse y fue asesinado con toda su familia.

Grandes compañías de navegación de vapor

La Agencia Veritas atribuye á las grandes compañías de navegación el siguiente material:

	Número de vapores	Toneladas
British India Steam Navigation	102	265,995
Peninsular and Oriental.....	58	258,937
Messageries maritimes	62	223,469
Lloyd de la Alemania del Norte.....	67	218,116
Hambourg-American.....	52	170,725
Comp. Générale Transatlantique	65	170,296
Lloyd autrichien.....	76	146,559
Compañía Trasatlántica.....	36	115,352
Navigazione Generale Italiana.....	100	172,769

MISCELANEA

No más jorobados

La comunicación extraordinaria presentada en estos últimos días á la Academia de Medicina por el doctor Calot viene á demostrar una vez más, en oposición á lo expuesto por el doctor Brunetière, que la ciencia está muy lejos de quedar derrotada en este siglo de progreso. Ya se ha dado la palabra á los mudos; hoy se enderezan los jorobados; y, aunque con cierta vaguedad, se ha llegado á hablar en estos últimos tiempos de devolver la vista á los ciegos.

Lo cierto es que las generaciones que sucedan á la actual no tendrán ya el espectáculo de esos desgraciados seres deformes y ridículos que tienen que sobrellevar su dolencia hasta la muerte. El doctor Calot endereza los jorobados; ha obrado hasta ahora el prodigio en treinta y siete personas, con la particularidad, todavía más maravillosa que el mismo descubrimiento, de que todas sus operaciones han tenido buen resultado. Digamos de una vez que sólo se han tratado casos de niños jorobados.

Para dar una idea exacta de su procedimiento, el doctor Calot presentó á sus maestros los retratos de los niños jorobados y una fotografía instantánea tomada durante la operación.



Abrióse en seguida una puerta y los académicos vieron desfilar, derechos como husos, los doce muchachos cuyos retratos habían visto.

Antes de describir la operación digamos dos palabras acerca del doctor Calot, desconocido hasta ayer, y que será mañana una celebridad.

Es un hombre de algunos cuarenta años, de fisonomía franca y despejada; con la mirada muy dulce y de presencia modesta y en extremo simpática. Ejerce las funciones de médico en el Hospital Rothschild de Berk-sur-Mer, establecimiento destinado para niños raquíticos, tuberculosos, etc., muchos de los cuales tienen el mal de Pott.

Conmovido por la desgraciada situación de los niños, reflexionó mucho tiempo en la imposibilidad de corregir aquel defecto; calculó los peligros que la corrección verdadera, inmediata y en apariencia brutal podía ocasionar á la vida del niño ó al funcionamiento de la médula espinal; y durante mucho tiempo se aplicó á buscar un medio que sostuviese matemáticamente la corrección hecha y estableciese los recursos que poseía la naturaleza para reparar los desórdenes producidos en el raquis, bien por la enfermedad ó por las maniobras quirúrgicas de la composición.

¿Cuál es la causa de los jorobos? Que la columna vertebral se ha encorvado. ¿Qué es lo que debe hacerse? Levantar la columna vertebral, enderezarla y mantenerla derecha por medio de un aparato hasta que la naturaleza haya compuesto las soldaduras. Esta operación se hace bajo la influencia del cloroformo. Se acuesta al niño boca abajo; dos ayudantes, uno á la cabeza y otro á los pies estiran al niño; otros dos lo sostienen bajo la región

umbilical y bajo el esternón. El doctor ejerce con las manos una presión extremadamente vigorosa sobre la corcova, procediendo siempre con método hasta que las vértebras que están fuera de su lugar hayan llegado al nivel y hasta más abajo de las vértebras vecinas.

A veces se observan movimientos bajo la mano y se oyen también crujidos de huesos que demuestran el desarreglo de los segmentos raquídeos y el deslizamiento de las vértebras unas sobre otras. Para la corrección completa se necesitan de uno á dos minutos.

En treinta y siete casos el doctor no ha tenido que lamentar ningún accidente y él mismo se ha sorprendido de la facilidad con que se hace la composición.

Lo difícil era sostener la espina dorsal en su posición normal. Cualquier movimiento falso podía traer una ruptura de la médula y ocasionar la muerte inmediata, por lo que el doctor ha inventado un aparato para colocar al paciente.

Hé aquí la descripción del aparato: un vendaje circular enyesado se aplica sobre una capa de algodón; en el lugar de la joroba se colocan grandes capas cruzadas de algodón que permitan apretar fuertemente el vendaje sin causar al niño ningún entorpecimiento en las funciones de las vísceras torácicas y abdominales.

De diez á quince minutos bastan para la construcción del aparato. A los quince minutos el emplasto está sólido y el niño puede despertarse: está terminada la operación.

El aparato enyesado permanecerá en su lugar por espacio de tres ó cuatro meses. Cuando se quita, la espalda está á derecha. Se reemplaza el aparato con otro semejante que se deja por el mismo tiempo. Después del segundo ó tercer aparato puede caminar el niño con un corsé especial y entra en el período de la convalecencia. Para la corrección completa de su deformidad se necesitan diez meses.

Tal es el tratamiento que hace seguir á los jorobados el Dr. Calot, sin un solo accidente desagradable, como digimos más arriba.

Entiéndase bien que sólo se trata de los niños que tienen la joroba en formación. Con los adultos no se ha hecho ningún experimento. Es mucho ya poder afirmar hoy que se puede impedir el crecimiento de los jorobas.

La Academia de medicina ha felicitado por su comunicación al Dr. Calot; y ha encargado á dos de sus miembros, los doctores Monod, director de la Asistencia pública, y Reclus, que presenten un informe sobre esa interesante materia. Desde luego se asegura que el descubrimiento del Dr. Calot se pondrá al alcance de todos los médicos.

Acción de los colores sobre las plantas

Con el propósito de examinar las diversas acciones de los rayos solares sobre la vegetación, Mr. Flammarion ha hecho construir cuatro invernaderos de cristal cubiertos de vidrio por todos lados; el uno de vidrio blanco ordinario; el segundo, de vidrios rojos; el tercero de vidrios verdes, y el cuarto de vidrios azules oscuros.

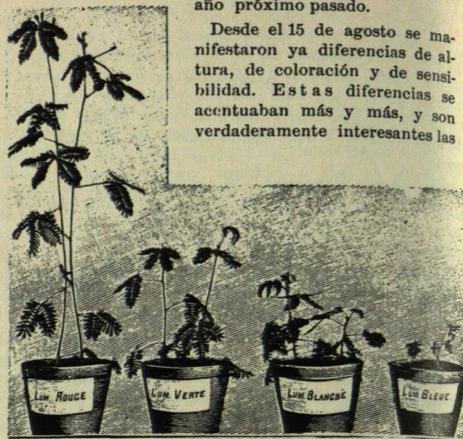
Estos vidrios monocromáticos fueron cuidadosamente examinados con el espectroscopio. Los cuatro invernaderos fueron colocados unos al lado de otros, en las mismas condiciones meteorológicas, en buena exposición solar y aereados para dar uniformidad al calor que reciben.

Se estudió en seguida la acción de los rayos solares así divididos, sobre cierto número de plantas. El resultado ha sido que no producen los rayos atravesados de distintos prismas efectos análogos.

Por ejemplo, el mismo día y en idéntico terreno, han sido sembradas muchas sensitivas. Nacieron, y al poco tiempo tenían unas y otras, de dos á tres centímetros de altura. De éstas se escogieron ocho idénticas, midiendo cada una veinte y siete milímetros, y fueron sembradas dos á dos en potes y colocados éstos en cada uno de los cuatro invernaderos de que acabamos de hablar.

Esto se hacía el 4 de julio del año próximo pasado.

Desde el 15 de agosto se manifestaron ya diferencias de altura, de coloración y de sensibilidad. Estas diferencias se acentuaban más y más, y son verdaderamente interesantes las



fotografías de estas plantas colocadas unas al lado de las otras. La placa fotográfica es imparcial y reproduce fielmente sin que ejerza influencia por ningún prejuicio.

Hé aquí los resultados obtenidos:

	Rojo	Verde	Blanco	Azul
6 de setiembre	0m 220	0m 090	0m 045	0m 027
27 " "	0m 345	0m 150	0m 080	0m 027
22 de octubre	0m 420	0m 152	0m 100	0m 027

(Esta última fotografía es la que reproducimos).

Así pues, mientras que las sensitivas plantadas en el invernadero azul no han tenido ningún crecimiento, las que fueron plantadas en el invernadero rojo han tenido un desarrollo extraordinario y han adquirido una talla quince veces mayor que las primeras.

El color rojo ha producido el efecto de un cebadero, en el cual la planta se ha nutrido admirablemente alcanzando un gran desarrollo.

Exploración antártica

El 15 de julio próximo saldrá una expedición dirigida por M. de Gerlache, teniente de la marina belga, con el objeto de explorar las regiones antárticas.

El buque destinado para el viaje es el *Bélgica*, vapor construido especialmente para la resistencia á la presión de los hielos, y provisto de un laboratorio. El *Bélgica* llevará víveres para tres años.

La fauna africana

Acaban de tomar las autoridades alemanas del África oriental una serie de medidas dignas de aplauso, con el objeto de preservar los elefantes, las girafas, los avestruces y otros miembros interesantes de la fauna africana, de la destrucción total que los amenaza.

Todo cazador, en las posesiones alemanas del África oriental, deberá estar provisto de una licencia anual, de precio bastante alto. Se les prohíbe, además, que maten animales jóvenes, como también las hembras, en cuanto sea posible reconocerlos.

En algunos distritos está prohibida la caza de antílopes, girafas y avestruces, á menos que se consiga un permiso especial.

Por último, los cazadores que no sean del país deberán pagar un impuesto por cada elefante que maten.

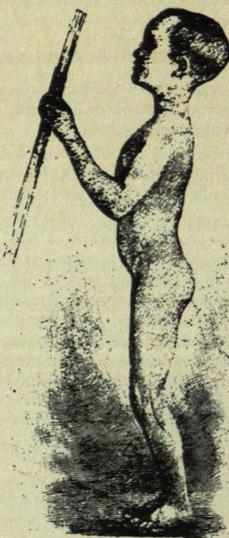
Veneno y contraveneno de las serpientes

Débase á un joven científico, M. Phisalix, el descubrimiento hecho hace poco tiempo de que existen en la sangre de las serpientes ciertas sustancias que constituyen un contraveneno. Y es debido precisamente á tales sustancias que la culebra es insensible al veneno de la víbora, y que la víbora resiste á la acción de su propio veneno.

Prosiguiendo sus investigaciones en la mateaia, acaba de encontrar M. Phisalix el órgano que secreta el contraveneno; son las glándulas labiales superiores, situadas en la víbora y la culebra, como en otras muchas serpientes, sobre el borde inferior de las glándulas que contienen el veneno. Es este el caso de decir que junto al mal está el remedio.

El líquido secretado por estas glándulas constituye una vacuna de las más enérgicas contra las mordeduras de serpientes, y M. Phisalix ha comprobado que los conejos de India quedaban admirablemente vacunados tres semanas después de la inyección del contra-veneno.

Hé aquí un descubrimiento que, unido á la seroterapia de las mordeduras venenosas, tendrá sin duda por resultado disminuir el justo terror inspirado por las serpientes.



Las catacumbas mejicanas de Guanajuato

Existen todavía en varias comarcas costumbres singulares y extrañas que no pueden menos que sorprender á los extranjeros que visitan estos países. Tales son en particular las costumbres relativas á las inhumaciones que se practican en ciertos lugares de Méjico, notablemente en la ciudad de Guanajuato.

Inversamente á lo que pasa en todos los pueblos europeos y también en los del Nuevo Mundo; el difunto no tiene derecho en el cementerio de esa ciudad sino á un reposo temporal, que no excede de cinco años.

La familia, al expirar este plazo que por lo común se acuerda indistintamente á todos, ricos y pobres, puede adquirir una nueva concesión por el mismo lapso de tiempo.



Solamente las personas acomodadas, pagando una suma considerable, tienen la fortuna de obtener para los suyos, al terminar el período impuesto, una sepultura perpetua.

Así el cementerio de Guanajuato no se parece en nada á los vastos campos de reposo que las grandes ciudades y hasta las más humildes aldeas consagran al culto de sus muertos.

Fuera de la ciudad, á campo raso, el viajero distingue, no sin sorpresa, varias construcciones cuyo objeto y uso no comprende á primera vista. Largas construcciones macizas, coronadas por una bóveda, se extienden paralelamente las unas á las otras. Ninguna entrada exteriormente visible interrumpe la uniformidad del edificio, cuya blancura deslumbra á los rayos reverberantes de un sol abrasador; de trecho en trecho se ven algunas cruces en la parte superior de los muros. Al aproximarse, el aspecto general cambia por completo y el viajero reconoce entonces que lo que de lejos había tomado por una construcción compacta constituye al contrario una especie de túnel, al interior del cual puede llegarse por una puerta baja y estrecha practicada en una de las extremidades de este subterráneo á flor de tierra.

El espesor total de estas catacumbas es de ocho metros y se componen de dos muros de tres metros reunidos por una bóveda y dejando entre sus caras interiores paralelas una luz de dos metros de ancho. A derecha é izquierda de esta galería se ve una cantidad innumerable de nichos horizontales, superpuestos los unos á los otros, de seis á ocho pies de profundidad y cuyas aberturas rectangulares tienen ochenta centímetros por lado.

Cada una de estas cavidades practicadas en la pared de los muros representa una tumba en la cual se coloca el cuerpo; luego se cierra herméticamente el orificio con una piedra colocada cuidadosamente. Una inscripción colocada exteriormente indica el nombre, la edad y las cualidades del difunto.

Durante un período consecutivo de cinco años puede el difunto reposar en paz y recibir frecuentes visitas de sus parientes y amigos, pues la entrada permanece abierta desde la mañana hasta la caída de la tarde. Pero si al expirar el plazo fijado por el reglamento la familia no interviene y deja de pagar un nuevo impuesto de ciento veinticinco francos, es de ley que el muerto abandone su asilo temporal para ceder el puesto á otro; el cual á su turno se encontrará en el mismo caso si después de un período equivalente no abona el impuesto obligatorio.

Según el Reverendo Cartwright, misionero episcopal metodista en Guanajuato, los cadáveres colocados en estas tumbas en lugar de entrar en descomposición se momifican rápidamente. El misionero americano atribuye la transformación que se opera á la acción constante del sol ardiente, que calentando las paredes de los muros transforma en otros tantos hornos ó estufas de desecación los nichos donde reposan los muertos.

Creerfase á primera vista que los despojos mortales de estos desgraciados expulsados de allí se depositarían en tierra santa; y sin embargo no sucede así. Los sepultureros, extraída la momia de la tumba, la apoyan de pie, sin respeto alguno á la categoría del difunto, contra las paredes interiores; teniendo cuidado de colgarle sobre el pecho un pequeño cartel con el nombre del difunto.

El grabado que acompaña este relato y que no es otra cosa que la reproducción de una fotografía tomada en una de las catacumbas, por medio de la luz oxhídrica, por el Reverendo Cartwright, presenta al lector la posición en que están colocadas las momias.

Parece que las familias tienen derecho de hacer con estos restos humanos lo que á bien tengan, pudiendo transportarlos enteros ó en fragmentos y aun dejarlos expuestos en el sitio mismo en que han sido colocados; lo cual no impide que los que así abandonan sus deudos vayan de tiempo en tiempo á visitarlos religiosamente.

La desecación de los cadáveres, según lo que afirma el Reverendo misionero, llega á tal extremo que actualmente se encuentran momias intactas después de una duración de más de veinte años.

Sucede con frecuencia que los parientes sintiendo el remordimiento de ver á uno de los suyos expuesto así á las miradas de todos, contribuyen entre sí para asentar al difunto el derecho de un nuevo asilo temporal.

El honorable misionero refiere á este respecto una anécdota muy característica:

Existía y existe todavía en Guanajuato una señora perteneciente á la alta sociedad, que había enviado y que algunos años más tarde había vuelto á casarse. Antojósele un día ir á visitar, en compañía de su segundo esposo, la tumba de aquél á quien había dado un sucesor; pero había olvidado sin duda que el número 19 hacía más de cinco años que había muerto y que había sido enterrado.

Fácilmente se comprende cuál sería su turbación y espanto cuando apercibió, exhibiendo una horrible sonrisa, la momia de su primer marido. Un ataque de nervios horrible le sobrevino en consecuencia, el cual no terminó sino con la promesa formal y reiterada del número 20, de hacer desaparecer para siempre en una nueva tumba á su infortunado predecesor. Esta operación se hizo en el acto, pero la señora se prometió, no obstante, no renovar su imprudente incursión por el reino de los muertos.

Con razón dijimos al principio de este artículo lo numerosas que son las costumbres extrañas que existen todavía en ciertos pueblos, aun entre los más civilizados. Ha sido necesaria la relación del mismo americano para hacernos conocer las catacumbas de Guanajuato y los raros usos que presiden en esta pequeña ciudad, la ordenanza y duración de las inhumaciones.

Antes que él, gran número de viajeros nos habían puesto al corriente de los hábitos y de la vida mejicana; pero ninguno de ellos había hecho mención de la singular necrópolis que, en ese país, reemplaza los asilos de reposo para los muertos.

La caza del nandú en Patagonia

M. G. E. Walsh ha descrito recientemente la caza del avestruz americano ó mandú, en las vastas llanuras de Patagonia: esta caza se hace con sabuesos y de un modo muy interesante. Los indios lanzan su jauría en persecución del ave, que se escapa con la mayor velocidad, seguido también por los cazadores montados en los caballos más rápidos que han podido conseguir. Van siempre sin esperanza de alcanzar el animal, pues es imposible que lleguen á excederle en velocidad; pero sí se aprovechan de una costumbre invariable en él: cuando siente que los perros han salido en su persecución á todo correr, hace un brusco rodeo, da un salto de lado, y se lanza de nuevo en una línea que forma ángulo pronunciado con su primera dirección. La jauría que, naturalmente, no puede prever esa huida tan brusca, continúa por cierto tiempo con el impulso adquirido, y cuando puede por fin detenerse para volver sobre sus pasos, ya el ave ha alcanzado una gran distancia. Desmoralizados casi todos los perros por esa astucia, abandonan la caza, sin querer emprender otra vez la persecución; sólo los más viejos parecen confiados, pues saben que su amo está allí para terminar la obra empezada por ellos; los cazadores, en efecto, están ojo avisor, y como quedan relativamente cerca de la jauría, cuando el animal da el rodeo que lo separa de los perros, se acerca á los cazadores, los cuales lanzan entonces sobre él el famoso lazo, tan conocido en el día hasta en la América central. Las bolas, dos pedrillas redondas que se sujetan en los extremos del capestro, silban en el aire, y todo va á enredarse en las piernas del nandú que es arrojado al suelo, con gran sorpresa suya. No había previsto la intervención que así burlababa su habilidad para evitar el alcance de los perros.

Crecimiento de la barba

Un médico inglés ha tenido la curiosidad de calcular el largo á que podrá llegar la barba de las personas que nunca se la cortan.

Ha observado que el crecimiento de la barba era por término medio de 3 milímetros á la semana.

Según eso la barba crece 16 centímetros por año, así es que el hombre de noventa años que se haya afeitado siempre, se habrá quitado de la cara un adorno de 8 á 9 metros de largo.

NUESTROS GRABADOS

José Andrade

En la sección respectiva se reseñan los hechos culminantes de este distinguido compatriota que en su carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela en los Estados Unidos ha intervenido en los asuntos que ultimán satisfactoriamente nuestra ruidosa litis con la Gran Bretaña.

Dr. Manuel M. Ponte

Desempeña actualmente el cargo de Secretario de la Legación Venezolana en Washington.—Suscribe los apuntes que acompañan su retrato el joven escultor señor Pedro Fortoult Hurtado.

Enrique W. Fernández

Traemos á estas páginas el retrato del joven poeta colombiano, cumpliendo el ofrecimiento que hicimos á nuestros lectores cuando nos ocupamos del tomo de poesías que aquel nos enviara con fina dedicatoria desde Londres.

Dr. Odoardo León Ponte

Es abogado de la República; ha representado al Estado Lara, de donde es nativo, en el Congreso Nacional; y hoy dirige *El Pregonero*, empresa periodística de que es propietario.

Fe

El celebrado cuadro de Chumann la humaniza. Da á su rostro la serenidad de nuestras abogadas en la Suprema Altura; á sus pupilas el fuego sagrado que prende en el alma la escala por donde la esperanza sube hasta Dios, centro de amor y de consuelo; y cife á su frente la corona de olivas que lleva Beatriz cuando habla á Virgilio y conduce á Dante al Paraíso.

La Caridad

La alegoría es bella y traduce con sugestiva fidelidad el altruista sentimiento que dignifica á los corazones que lo abrigan y practican. Esta pintura pertenece al siglo décimo sexto y fue de las que aumentó la celebridad de Carracci.

A pesar de la crítica severa de los pintores de su patria, el jefe de la Academia de Bolonia obtuvo en su época la reputación que merecía. Consagró 8 años á pintar la admirable galería Farnesio; pero resentido de la mezquina recompensa que había obtenido—500 escudos de oro y una pensión de 10 escudos por mes—cayó en una negra melancolía y murió en Roma siendo aun joven.

Caracas

La Plaza de la Candelaria es una de las más hermosas de la capital. Le sirven de marco buenos edificios particulares, tiene al frente el templo de su mismo nombre, sombréanla altos y frondosos árboles, y en su centro se levanta la estatua del Libertador de los Esclavos.—Dos vistas publicamos hoy que representan la Plaza y un panorama de la ciudad tomada del mismo sitio.

Río Guaire

El poético río que cife con cintura de plata la parte sur de Caracas, ofrece hermosas y variadas perspectivas en la dilatada extensión que recorre. Una de esas perspectivas ocupa la página 247 del número de hoy.

Ciudad Bolívar

La Logia se llama el lavadero público de Ciudad Bolívar. Ocupa un sitio pintoresco y por estar cercano á la población sirve de paseo y es frecuentemente visitado.

Barquisimeto

A las vistas que de esta ciudad hemos venido insertando, agregamos hoy la de la Plaza de la Concepción, que es una de las obras que más embellece á la capital larense.

Mérida

Damos sitio en nuestras páginas á la vista que representa un grupo de alumnas del Colegio Nacional de señoritas de la ciudad capital de Los Andes, instituto que goza de reputación en la República.

San Cristóbal

De la ciudad andina, capital de la Sección Táchira, insertamos las vistas que representan las poéticas Playas del Torbes y la Quinta Wolfram, de construcción moderna y elegante.

Choroni

En la presente edición ofrecemos dos bellos paisajes del río que lleva el nombre de aquella rica comarca. Sus aguas transparentes arrullaron los sueños de Maifún y el dulce poeta lo cantó en versos tan llenos de amor é inspiración, que aun siguen siendo repetidos por todos los amantes de la poesía tierna y delicada.

SUELTOS EDITORIALES

El Tiempo.—El número 1.182, correspondiente al 3 del actual, marca para nuestro estimado colega *El Tiempo* la fecha de su entrada al quinto año de su existencia. Con tal motivo tiende una mirada retrospectiva al pasado, enumera los asuntos trascendentales que en los últimos doce meses ha tratado con su acostumbrada serenidad de criterio, celoso siempre de todo sano principio, como rebelde á toda tendencia damnable, y ratifica finalmente las bases del programa que ha informado su conducta en la prensa nacional, y que sintetiza con estas palabras: "armonía para todos en el seno del eclecticismo y de la libertad."

Cuando un órgano del pensamiento se mantiene en la órbita de la más culta independencia para exponer y considerar los asuntos públicos, y tiende, política y socialmente, á la armonía de todos los buenos elementos para que concurran á hacer más fácil y eficaz la obra del progreso común, tiene necesariamente que obtener la aceptación general, y cada jornada cumplida puede celebrarla como un nuevo triunfo, porque tal suceso revela que cuenta con el apoyo suficiente para seguir su misión civilizadora y dar ensanches materiales á la empresa.

EL COJO ILUSTRADO, que siempre ha sabido apreciar los elogios con que á menudo lo distingue *El Tiempo*, envía al colega sus más sinceros parabienes.

Duelo.—La sociedad de Caracas rinde tributo de dolor á la memoria de la señora Brígida Páez de Matos.

La respetable matrona entregó su alma al Creador con la resignación que atesoran los corazones educados en las prácticas cristianas; bajó á la tumba á la edad en que su palabra tenía la consistencia moral de un dogma; su carácter, la sencillez insinuante y la firmeza inquebrantable de las costumbres antiguas; y su cabeza, blanqueada por la nieve de los años, la serenidad radiosa que inspira sentimientos de respeto y veneración.

Vida llena de merecimientos fue la de aquella honorable madre de familia. Por eso en su lecho de dolor la acompañaron las relaciones de afecto y simpatías que supo captarse con sus virtudes y espíritu cultivado; y en el triste acto de conducir sus despojos mortales á la última morada, seguían el féretro en procesión solemne y numerosa.

Duerma el sueño de los elegidos del cielo la que fue lazo de amor entre los suyos y ejemplo de cultura social en el seno de los que la trataban; y reciban sus deudos la sentida expresión de nuestra pena, particularmente su hijo, nuestro amigo el señor Manuel A. Matos.

Guillermo Espino

Después de haber terminado la impresión del número anterior de esta revista, nos remitió nuestro estimado amigo el señor S. N. Llamozas, las líneas que insertamos á continuación:

Su tumba

Á GUILLERMO ESPINO, HIJO

Parece que la muerte no ha derramado sus tinieblas alrededor de esa tumba cubierta de adelfas, y donde se inclina lacrimosa la musa de la elegía.

El nombre de GUILLERMO ESPINO, allí inscrito, evoca una larga vida de acciones laudables, de virtudes austeras, de afectos generosos; y en toda época será voz de aliento para los que desmayen en el sendero del bien.

Espíritu templado al calor de la madre naturaleza, tuvo el vigor y lozanía de sus árboles seculares y sólo se rindió después de dilatada cosecha de benéficos frutos.

El deber, el amor y la caridad sublimaron el culto de su alma, no siendo su muerte sino el ocaso de una gloriosa despedida.

Legó á la tierra sus mortales despojos; pero en torno de su tumba resplandece inolvidable su memoria. Allí se descubrirá el caminante y elevará conmovido una plegaria.

s. n. LLAMOZAS.

Caracas: marzo de 1897.

"El Noticiero."—Este apreciable colega, decano de los diarios de información de la capital, ha entrado en el séptimo año de su existencia periódica; y por tal suceso, que es motivo de justo regocijo para su Director, le presentamos nuestras más cumplidas felicitaciones.

"Un galerón."

En el número 125 de EL COJO ILUSTRADO publicamos una acuarela con que nos favoreció el señor Aureliano Fernández Sosy, quien nos informó que era obra de su padre el señor Carmelo Fernández. El señor Ernesto Parodi, en carta que nos ha dirigido, asegura que la obra fue ejecutada por su padre el señor Juan Parodi. Con este motivo el señor Fernández Sosy hace la rectificación debida, en carta que publicamos en la siguiente página.

Sociedad Protectora de la "Instrucción Popular."—Esta Sociedad cuyo objeto es la adquisición de fondos para proveer de libros, papel, etc., á los niños pobres, acaba de efectuar el nombramiento de la Junta Directiva que ha de actuar en el nuevo período.

Los nombrados son los siguientes señores: Presidente, Br. Ricardo Carrillo; Secretario, José E. Machado; Tesorero, Br. Juan Flores C.; Secretario de Actas, Juan B. Alvarez. Vocales: Dr. Jesús M. Sifontes, Guillermo Hernández, Dr. Pedro I. Romero, Angel María Flores C.

Descamos á los nuevos funcionarios el más completo éxito en sus laudables propósitos.

Las Tres Américas.—En el N.º 48, página 1242, dice nuestro estimado amigo el señor Bolet Peraza, acerca del número de gala de EL COJO ILUSTRADO, lo siguiente:

"El número de este distinguido colega, correspondiente al día 1.º de Enero de 1897 es un "Número de Gala, dedicado á las damas de Venezuela;" y ya puede suponerse cuán lujoso y espléndido será ese obsequio, tratándose del bello y amado objeto á quien está destinado, por una empresa que se ha hecho la primera en su género en América, por su esplendor artístico y su magnificencia en obras intelectuales.

Ciento y setenta y dos retratos de otras tantas señoras y señoritas venezolanas, en páginas ornamentadas con exquisitos dibujos florales, embellecen la edición de dicho número; á la cual han contribuido también, para honra y loa de nuestras incomparables mujeres, la prosa y el verso de autores y poetas connotados.

Lo único que hay que deplorar en ese encantador despliegue de los tesoros de gracia, hermosura y belleza venezolanas, es que cada retrato no lleva al pie el nombre de su original. La modestia de nuestras compatriotas, vencida en parte, hasta arrancarles el permiso para la publicidad de su retrato, se ha reservado el derecho de torturar á quien contemple sus hechizos, ignorando quiénes son los objetos de su admiración; y aunque el colega nos da al final, y en la sección de crónica, una lista de las damas retratadas, hácelo en estudiado desorden, como para despistar toda curiosa investigación.

Y puesto que nuestras adorables compatriotas nos dan tortura con ese delicado pero infundado escrúpulo, vamos á manifestarles el que á nosotros nos asalta en lo más vivo del patriotismo. La publicación de esos hermosos retratos nos parece una imprudencia. Recuérdese que la divulgación que una vez hicimos de la prodigiosa riqueza de nuestra Guayana, provocó la codicia de Albion, y nos ha costado medio siglo de disputas y de continuo peligro para nuestra soberanía é integridad territorial. Ahora que ponemos en evidencia esos tesoros de hermosura, más valiosos y preciados, más caros á nuestro corazón y á nuestro orgullo que las riquezas de todo El dorado fabuloso, quiera Dios no se medite por ahí alguna otra usurpación extranjera para arrebatárnoslos.

Mas no hay temor; que si por defender el oro y la tierra nativos, hubiéramos los venezolanos hecho guerra épica, guerra santa sería la que hiciése-

Véase lo que dice una de nuestras eminencias médicas:

Indudables y conocidos como son los buenos efectos del aceite de bacalao y de los hipofosfitos, combatido el vicio escrofuloso, el raquitismo, la tuberculosis, etc., y producido siempre la reconstitución del individuo, sólo faltaba una preparación de sabor agradable, y condiciones digestivas que fuera accesible hasta á los estómagos más delicados.—Éstas excelentes cualidades las posee la *Emulsión de Scott*, que por ello ha adquirido justa fama y general aceptación.—Se complace en manifestar que en mi larga práctica son muchos y notorios los casos en que con su uso he obtenido muy felices resultados.—Dr. M. DURÁN.—Médico Cirujano de la Universidad de Caracas; Decano del Cuerpo Médico en Santo Domingo; Antiguo Rector de las Cátedras de Medicina y Cirujía, &c., &c., &c., Santo Domingo, R. D."



El Dr. M. Durán.

Así se expresan los principales Médicos del mundo. Y no podía ménos, pues en la Emulsión de Scott el aceite de hígado de bacalao está desprovisto por completo de su detestable sabor y olor y hecho fácil de digerir y de asimilar de modo que los organismos más delicados lo absorben, cuando no pueden tolerar los alimentos ordinarios. Los hipofosfitos son grandes tónicos para el cerebro los nervios y los huesos y por esa razón es sorprendente la rapidez con que los enfermos adquieren fuerzas, carnes, y salud completa, tomando la

Emulsión de Scott

de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos que desde luego no tiene rival para curar el Raquitismo en los Niños, la Tisis, la Anemia, la Escrófula, y toda forma de Extenuación y Debilidad, Tosas, &c.

Exíjase la legítima. Se vende en las Boticas y Droguerías.

Scott y Bowne, Químicos, Nueva York.

mos para conservar esa riqueza viva, esa obra divina en la cual puso el Creador munificente la gracia del alma, y nuestro ardiente sol su belleza luminosa.

Reciba el ilustrado colega caraqueño, nuestras enhorabuena fervorosas por ese esplendoroso homenaje rendido á las damas de Venezuela."

Pésame.—Hállase de duelo uno de los hogares más respetables de esta sociedad, por la muerte de la señorita Juana Mendoza, nieta del eminente patricio doctor Cristóbal Mendoza.

Enviamos nuestra expresión de condolencia á las familias Mendoza, Casanova, Soublette, Mendez Mendoza, Llamozas y Guzmán.

El Sufragio.—Es el título de un nuevo diario político de Caracas, de que es Director y Redactor el señor M. Pimentel Coronel. Le saludamos atentamente y le enviamos el canje.

Guía de Caracas.—Con fina dedicatoria de su autor, el señor Arturo Rivera, hemos recibido un ejemplar de esta obra escrita en inglés y editada lujosamente en los Estados Unidos. Contiene magníficos fotografías, abunda en datos generales sobre el país, y por el idioma en que está escrita nos dará á conocer mejor en la Gran República, precisamente en los momentos que más se estrechan las relaciones de amistad y de comercio entre Venezuela y aquella importante Nación.

El trabajo del señor Rivera es recomendable por su utilidad y por el método de información empleada en el libro. Al comercio é industria nacionales le abre campo para que sean conocidos y apreciados en el extranjero.

Le damos las más cumplidas gracias por el ejemplar que nos ha dedicado y por la mención honorífica que hace de nuestra Empresa.

Pésame.—En la última quincena del mes próximo pasado falleció en esta ciudad el respetable caballero señor Dr. Francisco Dubreuil, quien tuvo á Venezuela por segunda patria y le consagró sus conocimientos científicos fundando el establecimiento de *Baños Hidroterápicos* que hoy tiene Caracas.

Era generalmente estimado por sus maneras cultas, sus costumbres severas y el cariño é interés que siempre demostró por nuestro país. Vivió largos años entre nosotros, y ya en la tarde de la vida, como si quisiese dar un testimonio más elevado de su afecto á la ciudad que lo había acogido dignamente, unió su suerte á la de una dama distinguida de nuestra sociedad.

Presentamos á los deudos y amigos del finado, nuestro más sentido pésame.

Libros y folletos.—Agradecemos el envío de los siguientes, recibidos en la presente quincena:

—*Mensaje*, presentado por el Gral. Joaquín Crespo, Presidente Constitucional de la República, al Congreso Nacional en su reunión ordinaria del presente año;

—*Revista de Instrucción Pública* de la República de Bolivia;

—*La Exploración del Río Beni*, (Bolivia), revista histórica por el Dr. Edwin R. Heath;

—*El General Cipriano Castro* y la paz de Venezuela, — resumen de la vida política del General andino y su conducta durante los años de 93 á 96, ilustrada con cartas cruzadas entre aquel y el señor Gral. Crespo;

—*Pérez*.—Estudio Histórico Político, por Nicomedes Zuloaga.

—*Informe anual* de la Junta Central de Aclimatación y Perfeccionamiento Industrial presentado al Ministerio de Fomento en el año de 1896.

HOJAS DEL CALENDARIO



Jueves

25

FEBRERO

En acatamiento al precepto constitucional presenté hoy su Mensaje á las Cámaras el Presidente de la República.

Al decir de aquel importante documento, vasta ha sido la labor administrativa de este año, porque se han solucionado satisfactoriamente varias cuestiones de vital importancia para el país.

*

Ha llegado á Caracas un numeroso grupo de excursionistas americanos, casi todos personas de significación.

A Dios gracias, parece ser que no viene entre ellos ningún literato; nadie capaz de describirnos, interpolando en la descripción "perfiles" de nuestros gobernantes, los cuales "perfiles," publicados allende los mares, adquieren un valor descomunal, en relación con lo que cobran los biógrafos domiciliados en el Distrito Federal.

Verdad que no son peregrinos de la libertad, sino excursionistas acomodados.

Han visto todo lo que hay que ver aquí, menos el Salón Elíptico, página ilustrada de nuestra historia, porque no pudieron dar con la llave.

Saludamos á los distinguidos huéspedes, y deseamos que recojan las más gratas impresiones.

*

Ha aparecido ya la Otra metamorfosis del piniano de este año.

Entregado el dulce y celestial vate en cuerpo y alma á la sombrerería de donde deriva la arepa diaria, no le es dado trastear la lira sino muy de tarde en tarde. Pero en el Carnaval es seguro.

Todos los años, con exactitud matemática, produce un canto que él mismo distribuye, como pan eucarístico.

*

El último día de Carnaval toca á su fin. Ya bajan del Avila las sombras de la noche; se extingue la grito de los granujas famélicos, las damas en grupos numerosos, abandonan las casas de la calle de Candelaria que habían invadido

para gozar mejor del festival, y los legítimos inquilinos de las susodichas casas respiran satisfechos, como quien se redime de un impuesto oneroso.

—Gracias á Dios que se acabó esto, decía esta tarde á su cónyuge cierto vecino de la calle real.

—Hombre; ¿por qué te alegras?—inquirió ella.

—Por la sencilla razón de que desde la mañana de la carrera inaugural hemos tenido doce bocas más, pertenecientes á otras tantas amiguitas tuyas.

—Pero ellas no han venido con intención de sernos onerosas.

—Ya lo creo que no. Pero las coge aquí la hora del manducabis, y como sería descortés no invitarlas, se las invita; y una vez que tenemos gente supernumeraria hay que salirse del programa cotidiano, adicionándolo con unas latas. Ya comidas las niñas, ¿cómo van á irse sin esperar los disfraces? Llegan los disfraces y, es claro, se baila. Y después que se baila, lo natural es que yo, que soy el jefe de la casa, salga por ahí repartiéndome con celdas hasta el amanecer: á llevar á las Fulanitas, y de paso á las Menganitas, y á las Perencejitas. Y con que el padre de cada una de ellas me diga: "Gracias, don Pancho; ¿por qué se molestó usted?" estamos saldos. Al día siguiente: "bis." ¿Te parece que no debo alegrarme de que esto termine?

No sabemos qué argumento la señora; pero creemos que el marido estaba en lo cierto.

¿Por qué dirán que el Carnaval es fiesta de locos?

Nunca hemos visto tanta gente cuerda como en estos días de la llamada locura carnavalesca.

Multitud de paseantes juiciosos y circunspectos han recorrido las calles, limitándose á mirar de lejos á las damas, á saludarlas, y á recibir el canje. (Téngase presente que habla un cronista.)

¿Puede darse mayor cordura?

Fiestas, propiamente dichas, no ha habido, sino los bailes de los Clubs Venezuela, Unión y Alemán, tres centros que honran la sociedad de Caracas.

*

El Gobierno ha discernido á Pedro Emilio Coll, amigo nuestro y colaborador distinguido de esta Revista, la honra de nombrarle Cónsul de Venezuela en Southampton.

Parece que hay en el Gobierno la tendencia á utilizar en el extranjero los servicios de esa pléyade de jóvenes que llevan luz en el cerebro y nobles anhelos en el corazón.

Coll, como Gil Fortoult, como Eloy González, y otros, honrará el nombre venezolano en el Viejo Mundo.

*

La semana ha sido propicia á la política epistolar que hoy se cultiva. En ella han brillado estos últimos días Magistrados, aspirantes á Magistrados, y ciudadanos que á nada aspiran.

Pero la carta más manoseada y leída ha sido la de don Policarpo García, verdadera notabilidad del género.

*

Los espectáculos de recreo dominicales van de capa caída.

El Jockey Club tiritó de frío, la Empresa del Circo Metropolitano agoniza, y las Tandás necesitan de toda la ciencia del infatigable Leicibabaza para mantenerse en pie.

Es que ya á este público no se le puede llamar ilustrado en son de broma. Ya silba en el Municipal lo silbable, rompe sillan en el Circo, y se amotina en el Hipódromo, siempre que no encuentra ajustado á la justicia hípica el veredicto del Juez. Con la misma lucidez juzga á un tenor que á un espada, y si á esto se agrega el convencimiento adquirido de que al público le es provechoso ser más respetable que indulgente, se explica la decadencia de los espectáculos actuales.

Hoy por hoy, conspiran también contra los mencionados espectáculos la política y la cuarema. Mientras la una atrae público barbudo á las Juntas eleccionarias, la otra lleva á los templos buena parte de las flores del pensil caraqueño.

Buscan éstas en el cumplimiento de los deberes religiosos gracia para la otra vida, en tanto que los del sexo feo se acomodan para otra Administración.

CLOTO.

EL IDEAL para las señoras es tener una bella encarnación y esa tez mate y aristocrática, signos de la belleza. Ni arrugas, ni granos, ni pecas, la epidermis sana y limpia, tales son los resultados obtenidos con el empleo combinado de la **CREMA SIMON**, de los **Polvos** y del **Jabón Simon**.

Exigir la verdadera marca.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, Paris y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

Caracas: 10 de marzo de 1897.

Señor Redactor de EL COJO ILUSTRADO.

Presente.

Estimado señor:

Hace como año y medio, poco más ó menos, me dirigí al amigo señor Ernesto Parodi solicitando de él, ó de su respetable familia, algunas obras de acuarela de las que mi finado padre señor Carmelo Fernández, dibujó y regaló al señor don Juan Parodi, su distinguido padre; los cuales cultivaron en vida la más cordial amistad. Me ofreció facilitarme algunas, y en efecto puso bondadosamente en mis manos una titulada "Un galerón" que vio la luz pública en su ilustrado periódico del día 1º del presente mes.

Pero resulta hoy que el señor Ernesto Parodi, reclama diciendo que, la lámina, es obra de su señor padre aun cuando no lleva la firma al pie; inadvertencia esta del señor Parodi, que me ha hecho incurrir en error involuntario, que espero de usted, señor Redactor, se sirva hacer conocer por medio de su ilustrado periódico.

Anticipa á usted las gracias su atto. s. s. y amigo

AURELIANO A. FERNÁNDEZ Y SOSI.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en EL COJO ILUSTRADO, hemos suplicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuanto á ella se envía. Unos, son malos y largos; otros tratan asuntos políticos y contienen juicios aventurados ó duros sobre personajes de la historia contemporánea; otros, en fin, materia baladí, que interesa sólo á sus autores.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo: QUE NO SE NOS ENVÍEN VERSOS, ARTÍCULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente pasarlos á la cesta de papeles, sin previa lectura.

Jueves

4

MARZO

Viernes

5

MARZO

Domingo

7

MARZO

Sábado

27

FEBRERO

Martes

2

MARZO

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer

•••

Para Resfriados, Toses, Bronquitis. Mal de Garganta, Romadizo y Tisis Incipiente no hay remedio que se aproxime al **Pectoral de Cereza del Dr. Ayer**. Calma la inflamación de la garganta, destruye las mucosidades irritantes, suaviza la tos y predispone al descanso. Como medicina casera para casos fortuitos y para el alivio y curación del garrotillo, tos ferina, mal de garganta y todos los desarreglos pulmonales á que están expuestos los jóvenes, es de un valor terapéutico inapreciable.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer

PREPARADO POR

Dr. J. C. Ayer y Ca.
LOWELL, MASS., U. S. A.

Medallas de Oro en las Principales Exposiciones Universales

¡Póngase en guardia contra las imitaciones baratas. El nombre de **Ayer's Cherry Pectoral** aparece en la envoltura y de realce en el cristal de cada frasco.



LOS POLVOS DE TALCO-BORATADO-AZUFRADOS DEL DR. ROSA

Son los mejores para el Tocador y para los Niños.

PORQUE

Son un TÓNICO para el cutis.
Son MEDICINALS.
El Borato es SALUDABLE.
El Azufre es PURIFICADOR.
Curan todas las ERUPCIONES.
Curan todos los GRANOS.
Son recomendados por todas las
EMINENCIAS MÉDICAS.

Deliciosa amente perfumados. Los ma: blanco de todos los Polvos.
Nuestro libro "LO QUE LAS ESTRELLAS NOS DICEN" porte pagado.
Preparados por el Eminent Parisien, Dr. Rosa, en su laboratorio americano de Montclair, N. J., E.E. UU.

15 l.

LA TRASATLÁNTICA

Capital responsable Bs 37,500,000.

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

CESAR MÜLLER

Agente General en Venezuela



Inglésas en El Cojo

CIGARROS FINOS

JABON HAMAMELIS SULFUROSO
del Dr. Rosa conserva las MANOS SUAVES y BLANCAS y en el baño lo usan las reinas.
Vigoriza el Cabello y evita su caída.

Fabricado por
Dr. Rosa, Ca.
Montclair, N. J., E. E. UU.

8 l.

ED. MEYER'S SON
Comisionista, Importador y Exportador
Fabricante de picadura de tabaco para cigarrillos
Agente de varias fábricas de diferentes clases de maquinaria y de la Bicicleta "Emperor" la más fuerte, elegante y barata conocida

159 FRONT ST. NEW-YORK U. E.

VOCES Y LOCUCIONES

DE DIVERSOS IDIOMAS EUROPEOS
CUYO USO SE HA GENERALIZADO EN TODOS LOS PUEBLOS CULTOS
POR

BALDOMERO RIVODÓ

A la venta á 6 rs. el ejemplar en la Librería Española y La Empresa El Cojo.

FABRICA DE CHOCOLATES SUPERIORES Y CACAO EN POLVO SOLUBLE

PROPIEDADES DEL CACAO

EN POLVO SOLUBLE

El cacao en polvo soluble, marca *LA INDIA*, es un producto normal, sacado (extraído) de una mezcla de los mejores cacaos de Venezuela, tan acreditados en el mundo entero, y elaborado cuidadosamente por medio de procedimientos científicos. En Europa y en los Estados Unidos goza este producto desde hace veinte años, de fama y consumo universal y donde casi sustituye el uso del Café y del Té, por sus propiedades nutritivas, corroborantes y digestivas, siendo un alimento inapreciable, especialmente para los niños, para las personas anémicas, débiles de estómago é inapetentes, que no soportan ni digieren la grasa que contienen los chocolates.

El Cacao en Polvo Soluble marca *LA INDIA*, no debiera faltar á ninguna familia.

CACAO SOLUBLE



CARACAS - VENEZUELA

MODO DE PREPARARLO

DOSIS PARA UNA TAZA

Mézclase bien dos cucharaditas de cacao soluble con igual cantidad de azúcar en polvo, agréguese un poco de leche ó agua caliente, y revuélvase bien hasta conseguir una pasta de chocolate muy espesa, y en seguida puede usted llenar la taza con leche ó agua (mejor es leche) para obtener una bebida theobromina superior al chocolate (hecho á la minuta) por ser ésta más digestiva é higiénica para las personas débiles de estómago.

Una latica de una libra de Cacao en Polvo Soluble, marca *LA INDIA*, vale 8 reales, y equivale á 5 libras de chocolate.

Avenida Sur, N. 2 y 4.—Fábrica: Calle de la Estación

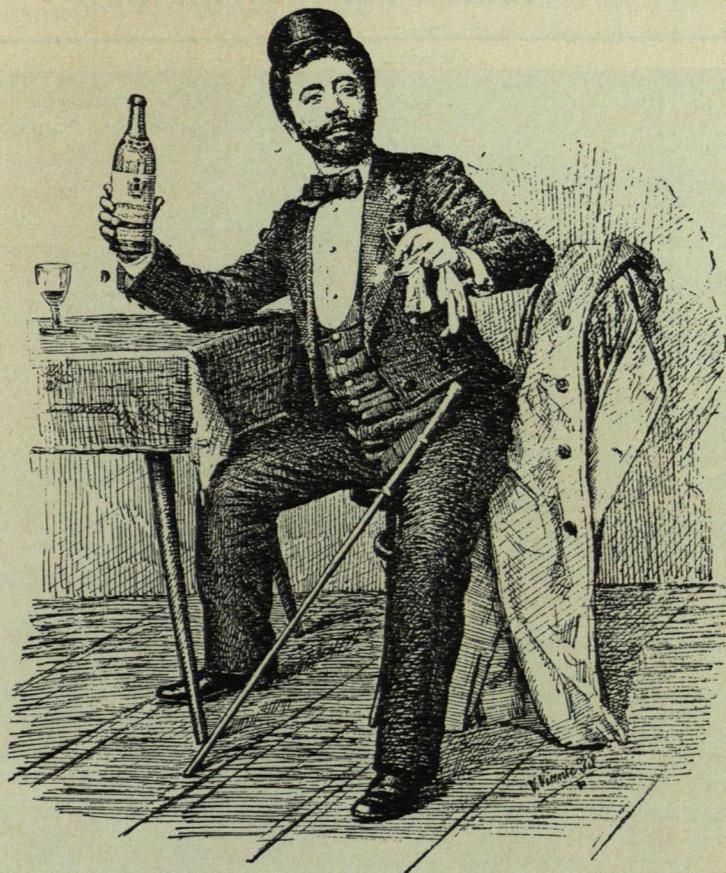
Productos premiados en las principales exposiciones de Europa y de las Américas con 12 medallas de Mérito de Oro y de Plata

ANEMIA

HIERRO QUEVENNE

DEBILIDAD

Único aprobado por la Academia de Medicina de París, contra **OLOROSIS, FIEBRES, FALTA de FUERZAS** Exista el Verdadero.—46, R. BEAUX-ARTS, PARIS.



BRANDY "DERVOS" ★★★ EL MEJOR QUE SE TOMA EN VENEZUELA

Único importador, L. de MONTEMAYOR. — Caracas

Sólo garantizo como legítimo el que lleve la firma de mi casa

POESIAS

DE

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

DE VENTA EN

La Librería Francesa, Librería Española y en La Empresa El Cojo

5 BOLIVARES EL EJEMPLAR



AU PRINTEMPS

CASA DE MODA DE PRIMER ORDEN

Especialidad en la confección de Trajes y Sombreros

GRAN DETAL DE MERCANCIAS

SUR 2, NUM. 35. — PAJARITOS A LA PALMA

TELEFONO NUEVO 52—VIEJO 298

C. Blanco Joud & Ca.



Wilson, Son & Ca.

Wholesale & Retail Drygoods and Commission merchants
PUERTO ESPAÑA-TRINIDAD



“LA BONANZA” SMITH BROS & Co.

Calle de Los Ingleses

Puerto España-Trinidad

{ Quincallería y artículos de fantasía
 Perfumería de todos los fabricantes
 Cristalería, porcelana, lámparas, cubiertos, alfombras
 Cortinas y objetos de lujo para regalos

APUNTES

acerca de los principales artistas de la Compañía de Opera Italiana, que funciona en el Teatro Municipal de Caracas

ANGELINA TURCONI-BRUNI

No necesita nuestro público noticias de esta artista, que le es tan conocida, y que en distintas ocasiones la ha aplaudido con calor.

La señora Turconi posee una singular maestría y una agilidad de garganta pasmosa. Ha hecho una larga carrera de triunfos y tiene una hoja de servicios en el arte que bien puede valerle el título de maestra.

En la temporada del 91 al 92, en el coliseo de Veroes, la señora Turconi obtuvo los mayores éxitos, y no fue pasión sino fanatismo el que supo despertar en el público, que premió su maravilloso arte concediéndole una medalla al mérito.

ZAIRA MONTALCINO

Nació esta hermosa artista en la pintoresca ciudad de Bologna é hizo sus primeros estudios en la Magdalena de Livorno.

Adquiridos apenas los conocimientos rudimentarios del arte de la Patti y la Nilson, fue distinguida en varios conciertos de caridad por sus bellas facultades y claro talento. El ya célebre compositor Pedro Mascagni fue el primero en animarla á proseguir en el camino del arte y dócil á este ilustre consejo entró á estudiar en el Conservatorio de Pesaro bajo la experta dirección del maestro Felice Coen.

Debutó con la protagonista de *Lucrecia Borgia* en Savona y después fue disputada por los teatros de Dalmazia y Lodi, en los que fue contratada para cantar *Cavalleria* y *Africana* exclusivamente. Luégo pasó á Chile en donde trabajó con gran éxito durante cinco meses en los teatros de Santiago y Valparaíso. Después vuelta á Italia hizo un *giro* de catorce meses por casi todos los teatros del país; y de allí pasó á América en donde sucesivamente hizo las temporadas de Quesaltenango, Guatemala, Bogotá, Medellín, y alcanzando en todos ellos grandes éxitos con las óperas *Carmen*, *Mignon*, *Cavalleria*, *Pagliacci*, *Aida*, *Saffó*, *Ugonotti*, *Gioconda* y *Manón*.

Ultimamente Caracas ha aplaudido con entusiasmo á la bella artista, no sólo como gran cantante sino como artista dramática de excepcional talento.

ANNITA BUDRIESI

Mezzo-soprano dramático de la compañía ha ocupado el primer puesto en las simpatías del público después de María De Nunzio.

Esta bella artista que apenas cuenta 23 años pues

nació en la ciudad de Turín el año de 1873, hizo sus estudios en el Conservatorio de Milán bajo la dirección del maestro Ronzi y de la célebre Isabella Galetti. Al salir del Conservatorio debutó con la maravillosa obra de Bellini, interpretando á *Adalgisa* con gran éxito en la ciudad de Pola el 26 de octubre de 1892.

Luégo ha recorrido en triunfo los teatros de Padua, Mecina, Bérghamo, Livornia, el Dalverme de Milán y el Lírico de la misma ciudad, de Parma, Corfú y Fiume, terminando con una larga *gira* artística por todos los teatros de Sicilia, en la que llevó á la escena la inteligente artista treinta y cinco óperas entre las que se cuentan *Carmen*, *Mignon*, *Lohengrin*, *Cavalleria*, *Ruy Blas*, *Gioconda*, *Don Carlos*, *Profeta*, *Don Sebastián*, *Africana*, *Saffó*, *Trovador*, *Baile de Máscaras*, *Favorita*, *Lucrecia* y finalmente en Bérghamo puso en escena la *Mazurca* del maestro Florida, dirigida por el autor y obteniendo de él las más calurosas felicitaciones y certificado de estar en esta parte á la altura de la célebre Prandi.

La larga indisposición que ha sufrido en esta ciudad nos ha privado del placer de oír más á menudo su bella voz, pero el público ha sabido colocarla en el puesto que merece declarándola su predilecta.

AUGUSTO AZZALI

Es el Director de orquesta del Municipal y posee profundos conocimientos en el divino arte. La prensa de Italia ha hecho grandes elogios del joven maestro. Después de vencer inconvenientes en la orquesta del Municipal, llegó á darle un brillo y colorido á todas las partituras que monta que pocas veces han alcanzado, y sabido es que la batuta de nuestro teatro ha estado en las expertas manos de Brancas, de Pomé y de Urrutia.

El maestro Azzali ha compuesto dos óperas, y una de ellas, *Lidiack*, que ha puesto bajo los auspicios del General Crespo, será en breve montada por la vez primera en nuestra escena.

EUGENIO GALLI

Este buen tenor tiene en Italia uno de los nombres más prestigiosos y goza de generales simpatías en todos los públicos que le han oído. Larga es su carrera artística y muchos los triunfos que ha alcanzado en ella.

Díganlo si nó los grandes éxitos alcanzados por él en nuestro coliseo con las óperas *Hernani*, *Trovador*, *Baile de Máscaras*, *Aida*, *Pagliacci* y sobre todo el *Otelo* que es su obra favorita.

GIUSEPPI PACINI

Este artista nació en Florencia en 1866 é hizo sus estudios en el Conservatorio de la misma ciudad bajo la dirección del ilustre maestro Francisco Cortesi. Debutó en su ciudad natal el año de 87 durante la celebración del carnaval, con la ópera *I due Foscari*, obteniendo éxito completo por su voz fresca, igual en toda la extensión del registro, y de una morbidez seductora. Cantó después sucesivamente en Perugia, Cagliari, Manila, Habana, Chile (2 años), Palermo, Buenos Aires y Montevideo, en compañía del tenor De Lucia y la Duc, montando un repertorio extensísimo en donde figuran todas las óperas del género italiano.

El maestro Mascagni enamorado de la voz de Pacini quiso que él cantara sus obras *Rakliff* y *Silvano* por dos años consecutivos en la Scala de Milán y el San Carlos de Nápoles.

Hoy por una de esas felices casualidades que se deben á determinadas circunstancias, Caracas ha tenido la satisfacción de deleitarse oyendo y aplaudien do á este buen artista.

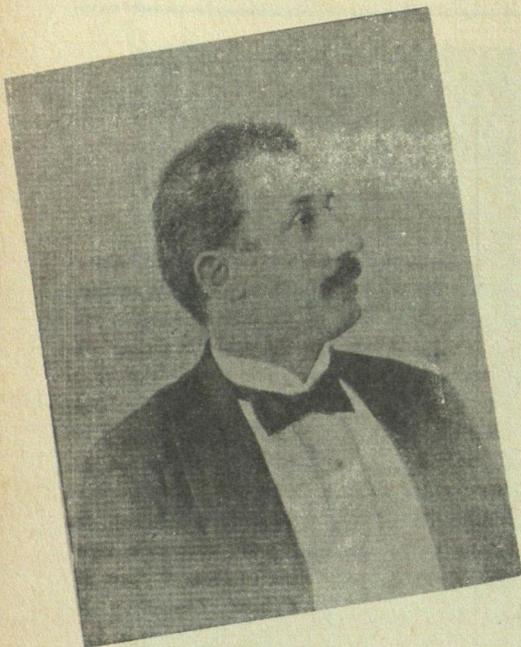
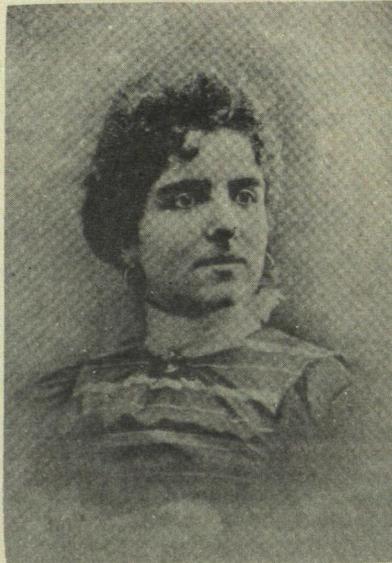
ARMANDO F. MONTELATICI-CRETI

BAJO

Este joven artista que alterna con Tanzini en la actual temporada del Municipal, hizo sus primeros estudios bajo la dirección del maestro Agostino Sauvage y del célebre bajo Giovanni Mirabella. Hace cuatro años que debutó con buen éxito en el Regio de Florencia con la ópera *Favorita*. Luégo pasó á los teatros de Como, Lucca, Novara, Savona, etc. En Austria cantó en Roveredo, Ala, Sebeneco y Zara; después cantó en Hamburgo y en Cento y durante la temporada de esta última ciudad fue contratado para nuestro teatro. Su repertorio es extenso y descuellan en *Promessi Sposi*, *Favorita*, *Norma*, *Hernani*, *Ugonotti*, *Gioconda* y *Fra Diavolo* y estrenó con aplauso el bajo de la ópera *Roumchal* en el Lírico de Vercelli. Además de sus buenas facultades de cantante, es artista de corazón y bastante discreto.

HUGO-NOTTI.





ARTISTAS DE LA COMPAÑIA DE OPERA ITALIANA

Sra. Turconi-Bruni, Tiple; Srita. Budriesi, Contralto; Sra. Montalcino, Tiple; Sr. Azzali, Director de orquesta; Sr. Galli, Tenor; Sr. Pacini, Barftono; Sr. Creti, Bajo